



CINCELADO

por la mano del
MAESTRO

Aprenda de Pedro cómo Dios moldea nuestro carácter a Su semejanza

Erwin Lutzer

DIOS NO HA TERMINADO CONTIGO...

¿Te has preguntado si **todas las asperezas** de tu carácter y de tu fe serán limadas algún día?

¿Sientes que a veces Dios debe estar frustrado por tu lentitud para aprender las lecciones espirituales? **No desesperes**, en este retrato contemporáneo de Pedro, encontrarás que el mismo Cristo que transformó al apóstol, puede realizar un milagro similar en tu corazón.

A medida que **revivas las experiencias** que Cristo usó para moldear y transformar ese rudo pescador en un gigante de Dios, aprenderás:

- Cómo Cristo nos motiva a cambiar el carácter
- Cómo Cristo nos ubica intencionalmente en situaciones estrechas para desarrollar nuestra fe.
- Cómo de los errores y pecados pasados podemos aprender importantes lecciones.
- Que la soberanía de Cristo se extiende por encima de todo detalle en la vida de un creyente.

La serie **VIDA EN PERSPECTIVA de Erwin Lutzer**, nos ayuda a ver las tribulaciones y desafíos terrenales desde el punto de vista divino por medio de las experiencias de algunas de los más amados personajes bíblicos como el Rey David, Pedro y Moisés entre otros. Esta obra hace parte de esa excelente serie. El Dr. Lutzer está convencido de que nuestros problemas serán menores cuando nuestra concepción de Dios sea mayor.

Erwin Lutzer es el pastor principal de la Iglesia Moody en la ciudad de Chicago, IL en USA. Graduado del Seminario Teológico de Dallas y de la Universidad de Loyola. Ha servido en las facultades de los Institutos Bíblicos Briercrest y Moody. Otros libros escritos por el son: *Cómo Decir No a un Hábito Testarudo*, *Estrategia Evangelística de Satanás para esta Nueva Era*, *Viviendo con tus Pasiones*, *Manteniendo tu Sueño Vivo* y *Creciendo a Través del Conflicto*.

CLC
EDITORIAL
CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA

ISBN 978-958-6217-44-4



9 789588 121744

CINCELADO
por la mano del
MAESTRO

CINCELADO

por la mano del

MAESTRO

Erwin Lutzer

CLC

EDITORIAL
CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA

**CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA
en otros países de habla hispana**

- Colombia **Centro de Literatura Cristiana**
ventasint@clccolombia.com,
editorial@clccolombia.com
Bogotá, D C
- Chile **Cruzada de Literatura Cristiana**
santiago@clchile.com
Santiago de Chile
- Ecuador **Centro de Literatura Cristiana**
ventasbodega@clcecuador.com
Quito
- España **Centro de Literatura Cristiana**
madrid@clclibros.org
Madrid
- Panamá **Centro de Literatura Cristiana**
clcmchen@cwpanama.net
Panamá
- Uruguay **Centro de Literatura Cristiana**
libros@clcuruguay.com
Montevideo
- U S A **C.L.C. Ministries International**
churd@clcpublications.com
Fort Washington, PA
- Venezuela **Centro de Literatura Cristiana**
distribucion@clcvenezuela.com
Valencia

EDITORIAL CLC

Diagonal 61D Bis No 24-50
Bogotá, D C , Colombia
www.clccolombia.com

ISBN 978-958-8217 44-4

Cincelado por la mano del maestro por Erwin Lutzer

Copyright © 1996, todos los derechos reservados por Centro de Literatura Cristiana

Publicado originalmente en inglés, con el título **Chiseled by the master's hand** by Erwin Lutzer Copyright © 1993 by Victor Books / SP Publications, Inc
Editado en español con permiso de Victor Books / SP Publications, Inc

Prohibida la reproducción total o parcial por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso de la casa editora

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina Valera, 1960 © por las Sociedades Bíblicas Unidas

Edición y Diseño Técnico Editorial CLC

Impreso en Colombia — Printed in Colombia

Somos miembros de la Red Letraviva: www.letraviva.com

Tabla de Contenido

Introducción	11
1 Conociendo al Maestro	13
2 Sorprendido por un milagro	29
3 Mientras caminaba sobre el agua, se hundió	45
4 Ningún otro sitio a donde ir	61
5 Tú eres el Cristo	77
6 El alto costo de evitar la cruz	91
7 Uno con el soberano Maestro	103
8 El toque humilde del Maestro	115
9 Del remordimiento a la restauración	127
10 Asido y fortalecido por el Maestro	143
11 El rastro de su sombra	155
12 Sostenido en la mano del Maestro	167
Epílogo La herencia de una vida	179

Este libro ha sido escrito con la intención de que el lector disfrute y aproveche su lectura, pero también para el estudio en grupo

Dedicatoria

Dedicado a Nick Girka
quien es joven en la fe,
sensible de espíritu, y está
siendo cincelado diariamente
por la mano del Maestro

Introducción

Se dice que en cierta ocasión, mientras Miguel Ángel estaba caminando cerca de un pedazo de mármol que había sido desechado, exclamó: “¡Yo veo un ángel ahí!” Su ingenio podía ver el potencial que otros habían descartado, y por supuesto, si alguna vez surgió un ángel de ese pedazo de mármol, dependió del plan y la iniciativa personal del escultor.

Cristo puede ver muchas posibilidades en nosotros. El vio en Zaqueo, el cobrador de impuestos deshonesto, a un recaudador honesto. El pudo ver en una mujer inmoral, a una adoradora que deleitaría el corazón de Dios. El pudo ver en Pablo, el perseguidor, a Pablo, el predicador del cristianismo; y en Pedro, el hombre de barro, a un hombre de piedra.

En estas páginas veremos cómo Cristo transformó a Pedro, el pescador, en un apóstol. Pedro, con aquella personalidad compulsiva, sería moldeado hasta que poseyera una identidad firme y a la vez dócil. Sus temores tuvieron que abrirle camino a la fe, y su inestabilidad debía tornarse en un fundamento firme. La duna (montón de arena) necesitaba ser transformada en una roca.

A medida que de manera breve observemos las experiencias de Pedro, nos sentiremos reprendidos, motivados, desafiados y, sobre todo, fortalecidos en nuestro propio caminar con Cristo. Como si estuviéramos mirando en un espejo, no veremos más a Pedro, sino a nosotros mismos, ya que el Escultor divino, quien pacientemente moldeó a este pescador, continúa realizando su trabajo en nuestros corazones. No importa qué tan lejos hayamos llegado, El continuará moldeando nuestras rudas asperezas hasta que le veamos cara a cara.

Gracias a Dios, el Artista que moldeó a Pedro es también nuestro Escultor.

1

Conociendo al Maestro

(Lee Juan 1:35-42)

A un escultor se le preguntó: “¿Cómo tallas un elefante?” El respondió: “¡Simplemente tomo un bloque de mármol y cincelo todo lo que no es elefante!”

Cuando Dios nos escoge, moldea y corta todo lo que está interfiriendo en el camino de nuestro servicio para El. Su enfoque no está en lo que hacemos, sino en lo que *somos* en lo recóndito del alma. Moldear nuestro carácter es siempre su prioridad. Las personas, circunstancias y luchas invisibles para otros, dentro del corazón, se convierten en el cincel con el cual nos forma según su deseo. Dios *quita todo lo que no sea semejante a Cristo*.

El proceso no termina en esta vida, pero gracias a Dios, no tenemos que ser perfectos antes de que podamos conocerle íntimamente y ser usados para su gloria. La historia nos dice que Dios utiliza gente imperfecta; El bendice con benevolencia a quienes hubiéramos descartado desde hace mucho tiempo, y nunca termina con la materia prima que está en sus amorosas manos.

Nuestra reacción ante su cincel, sin embargo, determina el grado de utilidad, es decir, qué tanto bien haremos que perdure por la eternidad.

Consideremos a Pedro, el famoso apóstol, el hombre en cuyo honor se edificó la elaborada basílica de Roma. Mientras él crecía, siendo un joven en Betsaida, nadie hubiera pronosticado que estaba destinado para la grandeza. Pasó sus primeros días pescando en el mar de Galilea; cuando mucho tenía una educación rudimentaria, y con seguridad hubiera estado dispuesto a vivir en el anonimato. Quizá llegó a familiarizarse con el idioma y la cultura griega, debido a la influencia foránea en el pueblo judío. Pero aun después de tres años con Cristo, se le juzga como un hombre iletrado y del vulgo (Hch. 4:13). Sin embargo, a pesar de esto, piense en todo lo que Pedro logró!

Casi toda la información que tenemos acerca de la familia de Pedro nos dice que él tenía un hermano, Andrés, y que el nombre de su padre era Jonás. Estos hombres eran compañeros de pesca con otros dos hermanos, Jacobo y Juan, cuyo padre era Zebedeo. El negocio era tan próspero que necesitaron contratar más personal para que les ayudara en el oficio. Con el paso del tiempo, y de una forma increíble, estos cuatro jóvenes fueron escogidos para ser los discípulos de Cristo.

Aunque nació en Betsaida, Pedro se había trasladado a Capernaúm, y estaba casado cuando se encontró con Cristo. Su suegra fue sanada de una fiebre, al comienzo de su amistad con Jesús, según Marcos 1:29-31. Veinte años más tarde, Pablo menciona que con frecuencia, Pedro llevaba a su esposa consigo en los viajes misioneros (1 Co. 9:5). Sólo podemos especular acerca de la presión que debe haber traído sobre su matrimonio la decisión de seguir a Cristo.

Al mencionar el nombre de *Pedro*, se obtienen múltiples y variadas respuestas. Algunos lo recuerdan por

sus comentarios vacilantes e impredecibles en esas fluidas discusiones con Cristo. Otros piensan en su notable profundidad con respecto a la persona de Cristo; o en contraste, cuando temeroso lo niega en presencia de una joven sierva. Nuevamente le recordamos por su valor cuando confrontó a la multitud en el día de Pentecostés. Aquellos que han sido particularmente bendecidos por sus escritos (1ª y 2ª de Pedro) piensan en él como el teólogo que conocía a Dios y dio instrucciones explícitas sobre cómo los cristianos debían comportarse en un mundo hostil. Ninguna otra personalidad, en la Escritura, muestra tanta fe y duda, valor y temor, amor e impulsividad a la vez. Ningún otro discípulo revela su corazón tan frecuente y honestamente. Pedro es, en las palabras de Clarence McCartney: "La persona más vívida e intensamente retratada en la Escritura".

Pedro provee un ejemplo excelente sobre cómo Dios moldea una vida, iniciando con la materia prima y progresando hacia un producto más terminado. Las técnicas de capacitación utilizadas por el Señor, incluyen la motivación, la repreensión, la instrucción pública, pero también la reflexión privada. Había gozo y tristeza, éxito y fracaso. Cristo interactuó con Pedro más frecuentemente que con cualquier otro de sus apóstoles. La conversión en sí es instantánea, pero el refinamiento del carácter de Pedro continuó a través de toda su vida. *Esto no era nada menos que la obra esculpida del alma.*

Algunos quieren hacernos creer que la naturaleza humana sólo puede ser modificada, no transformada. Ellos piensan que los mentirosos rara vez se tornan honestos, en muy pocas oportunidades los adúlteros se vuelven fieles y casi nunca los adictos pueden ser libres de su adicción. Aunque estos hábitos cambien, la disposición del corazón permanece esencialmente igual.

Cristo enseñó, y la gente honesta estará de acuerdo, que todos somos fatalmente defectuosos. *Porque de*

dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mr. 7:21-23).

En su famosa novela, Séneca grita desesperado: “¡Oh, si una mano descendiera del cielo y me librara de constante obsesión por pecar!”. La vida de Pedro es un poderoso testimonio sobre la buena nueva de que una mano *se ha extendido* desde el cielo para darnos apoyo sobrenatural. No estamos limitados a los esfuerzos propios para llevar a cabo la transformación fundamental de nuestro carácter. Dios ha visitado el planeta, y debido a su gracia podemos ser diferentes.

Pedro conoció a Cristo durante el poderoso, pero controvertido ministerio de Juan el Bautista, quien le ordenaba a la gente que se arrepintiera porque el Mesías pronto sería revelado. Este profeta radical atrajo de tal manera la atención, que garantizó una visita de los representantes de la institución religiosa, los cuales se preguntaban quién era él realmente (Jn. 1:19-28).

El ministerio de Juan recibió un impulso debido a que las personas anhelaban que un redentor viniera y les guiara hacia la victoria, en contra de Rorna. La nación estaba bajo la ocupación romana, y la gente respondía con todo el resentimiento que un dominio tal enciende. Estas legiones romanas eran visibles en las ciudades y aldeas, y hasta los impuestos debían ser pagados a estos extranjeros que sólo buscaban el beneficio personal. Los judíos se animaban con la creencia de que el Mesías vendría y aplastaría a las autoridades romanas, además de implantar un estado completamente judío. Este orgullo nacionalista inflaba la categoría de quienes escuchaban el mensaje de Juan. No es de sorprendernos que algunos de los pescadores de Galilea

realizaran un viaje de 80 millas, hasta donde Juan estaba bautizando, para satisfacer su curiosidad

Jesús mismo visitó a Juan quien era su primo en la carne. Cuando Juan lo vio viniendo hacia él, cerca del Jordán, exclamó: *He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1:29). Entonces Juan le contó a sus discípulos cómo él había tenido el privilegio de bautizar a Cristo, y acerca de cómo Dios mismo había dado testimonio de que *éste era el Hijo de Dios*.

Dos de los discípulos de Juan escucharon su discurso, y quedaron tan impresionados que lo dejaron para seguir a Cristo, hasta su lugar de residencia. *Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras?* (Jn 1:38). Jesús siempre estaba listo para invertir tiempo en sus seguidores, así que les extendió la invitación: *Venid y ved* (Jn 1:39). Caminaron con Él hasta donde vivía y, según la costumbre romana, le visitaron desde las 10 de la mañana hasta que el sol se ocultó.

Nos debería maravillar la disponibilidad que Cristo tenía para toda clase de personas. Él estaba dispuesto a compartir con aquellos que tomaban tiempo para investigar sus afirmaciones, y tenía el tiempo y la disposición para responder inquietudes, como también para mostrar bondad. Aquí estaba un hombre que comprendía tanto las motivaciones del corazón, como su potencial para grandes bendiciones o desastres.

Estos dos discípulos, Andrés y muy probablemente Juan (el hermano de Santiago, hijo de Zebedeo, que llegaría a ser conocido como el “discípulo amado”) estaban cada vez más impresionados. Durante aquellas horas estuvieron absolutamente convencidos de que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido de Israel. Increíble como parecía, ¡éste era Aquél a quien habían estado esperando!

Andrés se fue de la reunión e inmediatamente buscó a su propio hermano Pedro, para contarle la noticia: ...*Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)* (Jn. 1:41). La palabra griega puede ser traducida *eureka*, un término atribuido a Arquímedes cuando descubrió un método para determinar la pureza del oro. Estos dos discípulos, sin embargo, habían encontrado algo de mucho más valor. ¡Habían hallado una perla de valor infinito, al Mesías, al Señor, al Rey!

Andrés no era un erudito, pero sabía que si su hermano conocía a Jesús personalmente, llegaría a la misma conclusión. Entonces, con un corazón lleno de calor y afecto, Andrés trajo a Pedro hasta donde estaba Jesús. ¡Descubrió que apenas tenía que presentarlos el uno al otro!

Andrés sobresale produciendo un fuerte contraste con su famoso y ostentoso hermano. De él no se dice que haya predicado algún sermón, ni hecho una promesa apresurada, o preguntas impertinentes. Pero estaba activo detrás de la escena trayendo la gente a Cristo, y ciertamente sólo este hecho es suficiente para asegurarle a Andrés, un lugar en la historia. Aquellos que son fieles trayendo un siervo sobresaliente a Cristo, comparten la recompensa de quien le sirve de manera poderosa.

Pocas personas han oído mencionar a Edward Kimball. Sin embargo, él fue el maestro de la escuela dominical que guió a D. L. Moody, a Cristo. Nadie conoce el nombre del predicador laico e iletrado que enseñó en una capilla primitiva británica, sobre el texto: *Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra...* (Is. 45:22). Pero a través de ese canal imperfecto, el famoso Charles Haddon Spurgeon se convirtió.

Andrés nos enseña que cuando hacemos el bien que está a nuestro alcance, logramos más para Cristo que si realizáramos algún servicio evidente ante los ojos humanos, pero que pierde la aprobación de Dios, quien

siempre inicia su trabajo especial en secreto y es sólo más adelante, cuando el plan se hace claro para su pueblo. Es un gran privilegio ser la piedra por donde escalan quienes están destinados a vivir una confrontación decisiva y más personal con Cristo.

Andrés llevó su hermano a Cristo, pero, aparentemente no tuvo la oportunidad de hacer una presentación formal. En el momento cuando se conocieron, Cristo contempló a Pedro con una mirada que conllevaba la promesa de esperanza y poder: ...*Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro) (Jn. 1:42)*. Cefas es el nombre en arameo para Pedro, que significa roca. Cristo no sólo sabía quién era Pedro, sino también lo que llegaría a ser.

¡Tú eres! Es el diagnóstico.

¡Tú serás! Es la promesa.

Pedro, con su conocimiento del Antiguo Testamento, bien pudo haber pensado en Abram, a quien Dios le cambió el nombre por Abraham (padre de una multitud), y Jacob, cuyo nombre fue reemplazado por el de Israel (Dios lucha). Dios nunca le cambia el nombre a un hombre, sin cambiar también su carácter y posición.

Saber el nombre de Simón era conocer su carácter presente y su vida. Otorgarle un nuevo nombre demostraba que se convertiría en una persona diferente. Sólo Cristo, quien tenía tanto el conocimiento como el poder para moldear a este hombre según las intenciones de Dios, podía hacer una predicción de esa índole.

Tal conocimiento y poder pueden ser aterradores como también confortantes. Si Jesús nos conoce completamente y aún nos ama lo suficiente como para remodelar nuestras vidas, podemos recobrar el ánimo. Aunque su cincel herirá, al final de cuentas nos beneficiará, además del verdadero honor que significa ser moldeado por la mano del Maestro.

Pedro aprendió, como todos debemos hacerlo, que estar en la presencia de Cristo produce desesperación, pero al mismo tiempo esperanza. Aquellos que le rechacen desearán no haber nacido, y quienes se sometan a El se tornarán en una obra maestra que perdurará, dándole para siempre el crédito al divino Escultor.

Cristo sabe quiénes somos ¡Tú eres Simón!

Ocasionalmente, Dios selecciona a sus líderes de entre quienes han nacido en una cuna noble, a los inteligentes, o a los talentosos, pero generalmente usa el barro común y corriente, las piedras ordinarias. El hogar sencillo de este pescador, sería la cantera de la cual esta piedra sería excavada. Si hubiéramos realizado un estudio sobre el humilde origen de Pedro, nunca hubiéramos imaginado que finalmente se convertiría en la materia prima para un santo.

Cristo conocía el verdadero carácter de Simón, sus fortalezas y debilidades, sus aspiraciones, inseguridades y desánimos, también la vocación y sus pensamientos íntimos. El sabía cómo Simón respondería a todos los giros y obstáculos que encontraría en su camino. ¡El conocimiento de Cristo era tan exhaustivo, que bien podía haber escrito toda una biblioteca con varios tomos acerca de aquel cuyo nombre era Simón, hijo de Jonás!

Los consejeros nos dicen que con frecuencia sus clientes no son completamente honestos. A todos nos gusta presentarnos de la mejor manera posible. ¿Quién de nosotros le revelaría los pensamientos secretos a otros? No obstante, sin decir ni una sola palabra, sin la más remota posibilidad de usar caretas para quedar bien, y sin ocultar nuestras limitaciones ni tentaciones, *¡Cristo sabe!*

Nuestras vidas y pensamientos son libros abiertos para Jesús: *Y no hay cosa creada que no sea manifiesta*

en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta (He. 4:13). El conoce nuestros nombres y mucho más.

También conocía el linaje de Pedro: *Tú eres Simón, hijo de Jonás*. Algunas personas piensan que nacieron en una familia equivocada; otros, no conocen a sus padres por causa de la muerte, o la adopción. Debido a que las familias están muy divididas en nuestra nación, quienes luchan con la incertidumbre de sus raíces familiares, frecuentemente están desesperados por llegar a sentirse emocionalmente satisfechos. Sin embargo, *¡Cristo sabe!*

En enero 5 de 1527, Félix Manz fue traído de la prisión Wellenberg en Zurich, Suiza, al río Limmat para ser ahogado por su fe en Cristo. Su crimen fue rechazar el bautizo de infantes, y haberse rebautizado siendo adulto, después de confesar públicamente su fe en Cristo. A medida que lo empujaban al agua, la voz de su madre se escuchaba por encima de las olas urgiéndole a que se mantuviera firme en su fe.

Este famoso mártir era hijo ilegítimo de un sacerdote que practicaba la inmoralidad sexual, un pecado que era tan común en aquellos días, como lo es hoy. Esta es una prueba, si pruebas se requieren, de que Dios puede usar poderosamente a quienes son concebidos fuera del vínculo matrimonial. Cristo no está limitado por nuestra historia familiar. El Cristo que conocía el linaje de Pedro, también conoce todo lo que avergüenza a nuestra familia.

Recobra el ánimo, tú que estás avergonzado de la historia familiar. Estás parado en la presencia de Cristo, quien te ama y tiene un plan para tu vida sin que importen tus raíces familiares. Su cuidado providencial no está limitado por tu linaje. El está preparado para

moldear amorosamente a los hijos de alguien sin importancia aparente, si se someten a su infalible mano.

Cristo no sólo conoce lo que es verdadero en nosotros, sino también lo que habría sido verdadero si nuestras circunstancias hubieran sido diferentes. La historia de Pedro sería muy distinta, si su nacimiento hubiera ocurrido en una familia y pueblo diferentes. Cristo sabía lo que Pedro hubiera sido en todas estas situaciones.

¿Has sido malentendido? ¿Tus enemigos han difundido mentiras de ti, con la intención explícita de arruinar tu buen nombre? Cristo conoce todo a fondo, con precisión y sin ningún prejuicio; aun tu debilidad, pero te ama y sabe que te puede cambiar.

Cuando Cristo murió en la cruz, estábamos en su mente. De hecho, nos conocía desde la eternidad, y no está a punto de olvidarnos ahora.

Permíteme repetir: *¡Cristo sabe quienes somos!*

Cristo conoce lo que podemos llegar a ser

La historia cuenta de un pintor que vio a un mendigo cuya ropa estaba harapienta, su cabello desordenado y su rostro sucio. El artista decidió pintar al hombre como luciría si hubiera tenido la dignidad de un trabajo y un hogar. Cuando le pidió al mendigo que viera el cuadro, éste no se reconoció: “¿Ese soy yo?” Le preguntó. “Sí”, le dijo el artista. “Eso es lo que yo veo en usted”. Por primera vez, en muchos años, aquel hombre envejecido recibió esperanza, y prometió: “¡Por la gracia de Dios yo llegaré a ser esa clase de hombre que usted ve en mí!”

Cristo, el artista omnipotente, vio no al Pedro que era, sino al que sería. *Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro) (Jn. 1:42)*. Como mencioné anteriormente, el nombre Cefas, en arameo, corresponde al nombre Pedro, que significa

“roca”. La roca se forma con la arena que está bajo mucha presión y calor. El carácter inestable de Pedro sería transformado por uno estable. *Simón* era el nombre dado por sus padres; *roca* era el nombre dado por Cristo.

¿Qué afirma el nombre *roca*? Primero, pensamos en *fortaleza*. Una roca significa estabilidad, poder depender de ella y de su permanencia. El hombre que edifica su casa sobre la roca puede sobrellevar las tormentas de la vida. Aunque todo sea arrasado, la roca permanece firme. Las inseguridades y temores de Simón serían transformados en un monumento a la infalible gracia de Dios.

Segundo, una roca simboliza *permanencia*. Una roca se mantiene firme aunque todo lo demás sea derribado. Cuando una represa se revienta, irrumpiendo con torrentes de agua en el sector, toda la arena que se encuentra a lo largo del río se dispersa, pero las piedras enormes permanecen. Así será al final del tiempo; todo lo que hayamos hecho, y que no estaba sujeto a Dios y a sus propósitos eternos, será arrasado con la avalancha del juicio divino. Las rocas permanecerán.

¿Cuándo es mencionado Pedro por última vez en el Nuevo Testamento? Tal vez seamos tentados a decir que en el libro de los Hechos, o en sus epístolas, pero su nombre está escrito en la Nueva Jerusalén, y estará allí para siempre como testimonio de su fidelidad. Leemos: *Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero* (Ap. 21:14). ¡El nombre de Pedro, permanece grabado en uno de los pilares de la ciudad santa!

Pedro y su contribución a la obra de Cristo, sobrevivirán a la destrucción de la tierra y al incendio que desintegrará todos sus elementos. Esta roca perdurará mucho después de que las llamas del juicio hayan hecho su daño. Ahí está él, un pescador, pero también *un pilar*

en la ciudad eterna de Dios. No podemos estar seguros de que Pedro se convirtió durante su primer encuentro con Cristo. Sin embargo, se fue de esa entrevista inicial muy motivado, como también desesperado. Debe haberse preguntado, si Cristo realmente comprendía quién era él; un pescador rudo, frágil y lleno de deseos carnales. ¿Cómo podría llegar alguna vez a ser conocido como “el hombre de roca?” Sin embargo, su cariño había sido ganado, y su alma estaba conmovida con una pasión inquietante. Ahora que él había conocido a Cristo, nunca sería el mismo. Aunque tenía un pasado ordinario, tendría un futuro extraordinario.

Las palabras de Cristo proveían la esperanza y la motivación que Pedro necesitaba para pensar más allá de las presiones inmediatas de ganarse la vida. En momentos de soledad, malosentendidos y fracasos, él reflexionaría acerca de esas palabras proféticas de Cristo con las cuales se afirmaba que se tornaría en un hombre estable y fuerte. Sin importar el pasado ni el presente, se le había prometido una recompensa futura.

El Tallador había iniciado su trabajo partiendo a golpes una piedra fuerte de la cantera, y de ahora en adelante el proceso avanzaría a un ritmo razonable. Mirando los bordes del pedazo oscuro de piedra, aún sin labrar, el Maestro vio un santo. El cincel haría su trabajo.

Cristo nos puede transformar

¿Por qué Jesús podía confiar tanto en que Pedro se convertiría en un gran hombre? El estaba prometiendo el cambio, no sólo porque conocía el porvenir, sino porque tenía el poder para moldear el futuro. Su promesa no se basaba en un capricho, sino en los recursos que El conocía. *Cristo puede garantizar el futuro porque éste está en sus manos.*

Simón, yo creo, era primogénito, el líder entre sus

hermanos. En el Nuevo Testamento, él formuló más preguntas que todos los otros discípulos; fue el único que intentó caminar sobre el agua; el que hizo la gran confesión en cuanto a quién era Cristo, y también, el que prometió que nunca lo negaría. Frecuentemente, los primogénitos cuentan con ese tipo de cualidades que caracterizan a los líderes, pero que necesitan ser afinadas y dirigidas.

Las diferencias de temperamentos, halladas con frecuencia entre hermanos y hermanas, deberían ser motivo de regocijo, no de comparaciones poco halagadoras. El Escultor divino no manufactura santos como aquel que se dedica a elaborar estatuas en una fábrica. El se deleita tomando la variada materia prima, y creando lo inesperado. Las diversas personalidades, dones, deseos y aptitudes de todo el pueblo de Dios, permanecen intactos, pero son traídos bajo su dirección. Entonces, como las diferentes partes de un cuerpo, cada uno contribuye al fortalecimiento y coordinación del todo.

Ya que ahora Cristo nos está moldeando tal como lo hizo con Pedro, necesitamos tomar un momento para aprender algunas lecciones acerca de cómo el Maestro Escultor realiza su trabajo. Aquí hay algunas observaciones básicas.

Primero, nos golpea el hecho de que las acciones humanas y la providencia divina se dirigen al mismo punto para lograr la voluntad de Dios. Andrés, sin duda, pensó que la decisión de traer a Pedro, a Cristo, era sólo suya; se trata de la respuesta natural de quien deseaba que su hermano compartiera las buenas noticias. Sin embargo, años más tarde, Jesús explicó que quienes llegaron a El habían sido atraídos por el Espíritu Santo. *Las acciones visibles de los hombres son, con frecuencia, las acciones invisibles de Dios.* Cristo escoge las piedras que desea moldear (Jn. 15:16).

Segundo, Cristo inicia la transformación mediante el

perdón de nuestros pecados y el cambio de nuestra disposición. Juan el Bautista dijo de El: *...He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn. 1:29). Ahí estaba un hombre que podía tratar con éxito el problema fundamental más significativo de la existencia humana. Cristo iniciaría removiendo el pecado de Pedro para que este humilde pescador pudiera establecer una relación directa con Dios.

En el Antiguo Testamento, el pecado era cubierto, pero nunca eliminado del todo. Día tras día y año tras año los sacrificios debían ser ofrecidos con el conocimiento distintivo de que las ofensas de mañana necesitarían otro sacrificio. Y aun así, los sacrificios cubrían sólo los pecados de Israel. *¡Este sacrificio, quitaría los pecados del mundo!*

Tercero, Cristo puede cambiar la naturaleza humana. Un cristiano no es simplemente un pecador menos sus pecados, sino una nueva creación. Hay una transformación de corazón que es el principio de un nuevo nivel de existencia humana. Esto no implica una vida instantánea de vigor espiritual; simplemente significa que el potencial está allí para una transformación radical.

Jesús empleó la ilustración del nacimiento humano: *...De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios* (Jn. 3:3). Cuando un bebé normal nace, tiene intactas todas las partes de su anatomía. Los dedos de los pies y de las manos, los ojos y los oídos, todos están allí, así que el niño crece o no, de acuerdo a la nutrición y el cuidado que reciba. Cuando nacemos de nuevo, la obra está completa, pero sin el desarrollo total. Aún tenemos que crecer.

A Pedro se le prometió que llegaría a ser una roca, y 30 años más tarde escribió que todos nosotros somos las piedras del templo vivo que Dios está edificando: *...vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer*

sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1 P. 2:5). El mismo Señor que tomó el cincel para producir un nuevo Pedro, también lo usará para moldearnos.

Sólo con el paso del tiempo, y de manera gradual, Pedro se dio cuenta de lo mucho que en realidad necesitaba ser cambiado. La brecha entre lo que él era, y lo que llegaría a ser, era más ancha de lo que era consciente. Aprendió que *debía estar dispuesto a admitir quién era, antes de que Cristo lo cambiara en lo que llegaría a ser.*

Antes de que observemos cómo Cristo moldeó la vida de Pedro, identifiquemos nuestro verdadero nombre, con la palabra que mejor describa dónde estamos espiritualmente en este momento. Entonces consideremos cómo Cristo puede darnos un nombre nuevo para su gloria.

¿Es nuestro nombre *ansiedad*? Cristo nos puede denominar *Paz*.

¿Es nuestro nombre *adicción*? Cristo nos puede denominar *Libertad*.

¿Es nuestro nombre *rechazo*? Cristo nos puede denominar *Aceptación*.

¿Es nuestro nombre *amargura*? Cristo nos puede denominar *Amor*.

¿Es nuestro nombre *temor*? Cristo nos puede denominar *Valor*.

¿Es nuestro nombre *culpabilidad*? Cristo nos puede denominar *Perdonado*.

No hay transformación sin dolor, y con cada pequeño cambio, morimos un poquito más a nosotros mismos. El Escultor divino nos hiere para podernos moldear, y nos rompe para podernos enderezar.

A medida que comienza el proceso de moldeado podemos decir como John Newton:

*No soy lo que debería ser,
no soy lo que quiero ser,
no soy lo que anhelo ser.
Pero gracias a Dios
no soy lo que fui.*

El primer paso es someternos al Hombre de corazón amoroso (Jesús), quien tiene un cincel en la mano. *Tú eres..., pero tú serás.*

2

Sorprendido por un milagro

(Lee Lucas 5:1-11)

El Escultor divino no trabaja con mármol, sino con seres humanos que están activamente involucrados en el proceso de moldeado. Dios inicia su trabajo serio, mostrándonos cuánto necesita ser realizado. Para ser efectivo, el cincel debe abrir el alma al conocimiento de sí mismo, porque tal como lo enfatizamos en el capítulo anterior, debemos saber quiénes *somos*, antes de que seamos transformados en lo que *llegaremos a ser*.

Cristo sabía que esculpir es un proceso individual; cada persona debe sentir los golpes, y responder a la herramienta que pule. Los hombres seleccionados por Cristo, lo representarían llevando a cabo su trabajo. Como los rabinos, El sabía que su ministerio más significativo no sería con las multitudes, sino con los individuos encendidos con su propio fuego. Estos hombres le seguirían, aprendiendo su doctrina y su práctico estilo de vida, además de que llevarían la antorcha a su generación, y con el tiempo al mundo entero.

Cristo, como Maestro creativo, empleaba las expe-

riencias comunes y corrientes de los discípulos para enseñar algunas lecciones poco frecuentes. Muchos de sus seguidores eran pescadores, una vocación que los preparó para el nuevo llamado. Después de que estos hombres conocieron a Cristo, a lo largo del río Jordán, regresaron a sus hogares esperando continuar en el negocio de la pesca. Su búsqueda del Mesías había terminado, pero su necesidad del pan diario, subsistía.

¡Qué cambio puede traer un día! Hacía unos pocos meses ellos habían ido a conocer al Mesías, pero ahora *El venía a encontrarlos*. Caminando a lo largo de la playa en Galilea, vio a los hermanos Andrés y Pedro tirando sus redes al mar, y entonces los llamó: *...Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres* (Mr. 1:17).

¡Qué idea tan novedosa! Nunca habían observado a nadie “pescando hombres”, así que estaban confundidos por sus palabras. Pero el Maestro pronto les enseñaría *una lección que clarificaría lo que era pescar hombres*. Y si Pedro y sus compañeros aprendían esta lección, sus vidas serían transformadas para siempre.

En Lucas 5:1-11 tenemos el recuento de un milagro que le aseguró a los discípulos el éxito de pescar hombres. Una mañana, cuando despertaban los pueblos y aldeas cerca a Galilea, un tumulto de gente rodeó a Cristo a medida que El caminaba por la playa. La multitud aumentaba, y El se encontraba casi a la orilla del agua. Providencialmente, Pedro y sus compañeros acababan de llegar a la orilla de la playa y guardaban sus redes, pero sus barcas estaban vacías. Así que Jesús subió al bote de Pedro y ordenó que avanzaran un poco hacia el mar. Luego se sentó, y comenzó a enseñar. Esta ubicación le permitió hablar a un mayor número de personas, al tiempo que era visto con más claridad.

¡Qué maravilla! Jesús pudo haber hallado otra forma de hablarle a la multitud para no tener que depender de

la bondad de Pedro; pero, aunque El tiene recursos infinitos, *inos permite ayudarle!* Cuando terminó su lección, Jesús le dijo a Pedro: *...Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar* (Lc. 5:4). La orden parecía insensata, porque existían varios motivos bien conocidos, por los cuales aquellos eran el tiempo y el lugar equivocados para pescar.

Aquí tenemos un ejemplo de primera mano acerca del proceso de cincelado que Cristo emplea. Aunque aquellos cuatro discípulos eran su blanco, el mayor dolor alcanzaría el alma de Pedro.

Pedro se maravilla

¡El solo hecho de estar dentro de un bote no es una condición suficiente para ser reconocido como un experto pescador! Pedro y sus compañeros tuvieron una noche difícil, pues aunque habían lanzado las redes muchas veces, no pescaron nada. Sin pronunciar una sola palabra, terminaron de limpiar sus redes y las estaban guardando. Por esa razón se sorprendieron cuando oyeron que Cristo dijo: *...Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar* .

Había algunas reglas muy conocidas acerca de la pesca en Galilea. Durante varios años Pedro y sus amigos observaron los hábitos de la pesca, las horas y los lugares más factibles para obtener un buen resultado. Si sus compañeros le hubieran aconsejado, habrían sido rechazados por Pedro, pero en ese momento era confrontado por la orden de un hombre al cual había llegado a respetar, y a quien consideraba el Mesías prometido. ¿Cómo debía responder a una solicitud, tan obviamente equivocada?

Pedro estaba exhausto a causa del fracaso de la noche anterior y deseaba afirmar que ya habían intentado lo mejor: *...Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra*

echaré la red (Lc. 5:5). Casi podemos escuchar un suspiro de desesperanza en el tono de su voz. Si ellos no habían pescado nada durante el tiempo favorable, ¿cómo se podía esperar que cogieran algo ahora? Si la orden era sabia o no, para su reconocimiento eterno, *Pedro obedeció*.

Existían dos razones por las cuales la orden de Cristo era aparentemente insensata. Primero: Era el *tiempo equivocado*. En Galilea, la noche, especialmente la madrugada, se constituía en el tiempo más apropiado para la pesca. Esto explica por qué habían estado pescando toda la noche. Aunque no habían cogido nada, la noche, más que el día, ofrecía la mejor oportunidad para pescar. Esta noche, en particular, los peces no tenían hambre, ni eran atraídos por el movimiento de las redes en el agua. Si ninguno había caído durante la noche, mucho menos en el calor del día.

Segundo: Era el *lugar equivocado*. Todo pescador sabía que el mejor sitio para pescar era a lo largo de la orilla, no en las aguas profundas. Así que ir mar adentro con un bote lleno de redes significaba hacer el ridículo ante aquellos que se paseaban por la playa. ¡Solamente un carpintero podía desconocer las reglas tradicionales de la pesca!

Insensato o no, Pedro no tenía escapatoria ante una orden tan clara. Si Cristo iba a ser su Maestro, su autoridad también se extendería al negocio de la pesca. No puede haber dos capitanes en el mismo barco, así que en obediencia, Pedro tiró las redes.

Luego leemos cuánto fueron sorprendidos: *Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían* (Lc. 5:6-7).

Pedro salió con un bote, pero regresó con dos, llenos

de peces! Junto con la orden de pescar, dada por Cristo, ¡venía un milagro! Aunque era el peor momento, y estaban en el lugar más inapropiado, las redes estaban llenas con una extraordinaria pesca.

Poco a poco la lección era más clara: *Si Pedro podía tener éxito pescando peces por orden de Cristo, tal vez tendría éxito pescando hombres.*

¿Cuáles son las dos excusas más comunes para no testificar acerca de Cristo? Que el *tiempo* nunca parece ser el más adecuado, y que el *lugar* es inapropiado. O tal vez pensamos que si tuviéramos la educación precisa, el libro indicado, y la técnica más apropiada, estaríamos calificados para compartir las Buenas Nuevas del Evangelio. Aunque todos estos elementos pueden ser importantes, Cristo nos recuerda que *la obediencia, dependiente de El, hace la diferencia.*

Todos los pescadores tienen épocas en las que no cogen nada. Algunos amigos míos manejan desde Chicago hasta Ontario, para pescar en un lago norteño. En algunas oportunidades regresan a casa con un barril lleno de peces, otras veces con muy pocos. Sin embargo, viajan con la mayor frecuencia posible, porque, “un verdadero pescador”, dicen ellos, “continúa pescando aun cuando tenga una serie de días malos”.

De igual forma sucede con los pescadores de hombres. Unas veces tienen éxito, otras no. Pero nuestras decepciones no nos deben desmotivar, porque somos socios en el negocio pesquero de Cristo. Pablo escribió que nosotros somos *colaboradores de Dios* (1 Co. 3:9). Nunca estamos ni en la estación ni en la circunstancia equivocadas, cuando somos obedientes a Cristo. Las aguas que no producen ningún resultado cuando nosotros controlamos la situación, pueden traer una red llena, cuando somos obedientes al Señor, el Dios del universo. A. T. Robertson dijo: “Desafiado por Jesús, Simón fue a pescar de nuevo en las mismas aguas donde acababa

de hacerlo toda la noche, sin ningún resultado" (*Epocas en la Vida de Pedro*, Grand Rapids: Baker, 1976, Pág. 23). Con frecuencia necesitamos pescar de nuevo donde hemos fracasado antes, y descender un poco más del punto a donde habíamos llegado. A veces debemos pescar en las mismas aguas, reafirmando que nuestro barco está bajo el completo control de nuestro nuevo Capitán.

No me refiero simplemente a que debemos testificar ("pescar hombres") indiscriminadamente. Hay un tiempo para estar silenciosos y otro para hablar; existen circunstancias durante las cuales le servimos mejor a Cristo con una vida ejemplar, que hablando. Pero muchos creyentes multiplican las excusas para no compartir su fe, cuando la verdadera razón es carencia de fe; un escepticismo profundamente arraigado acerca de la habilidad de Cristo para salvar a los pecadores. Todos debemos recordar que cuando lanzamos nuestra red, Cristo es capaz de llenarla.

Este milagro habría de ser una experiencia pedagógica. El Escultor divino estaba moldeando la vida de Pedro y las de sus compañeros. Si Simón iba a ser una roca, su obediencia debía ser probada, y el cincel puesto a funcionar en su alma.

El aprendizaje de Pedro

Cristo esperaba que los discípulos relacionaran su invitación a seguirle para "pescar hombres" con su habilidad ayudándoles a pescar peces. Cuando pescamos por nosotros mismos, obtenemos los resultados desiguales que son el producto de nuestros propios esfuerzos. Cuando pescamos bajo la orden de Cristo, el Señor es totalmente responsable por lo que encontremos en nuestras redes.

¿Por qué podemos pescar confiadamente hombres y mujeres?

Primero: Por el poder de Cristo. ¿De dónde vinieron esos peces? Nadaron en dirección hacia las redes donde estaba el Señor. Se sentían urgidos, mediante un impulso divino, a nadar en las aguas que naturalmente evitaban. Fuese este el tiempo, o el lugar adecuados, no hizo ninguna diferencia. Dios había hablado. *A los pescados se les ordenó venir, y vinieron.*

¡Podemos estar bien seguros de que la noche anterior los peces habían evitado las redes bajo la dirección de Cristo! El quería que los discípulos fracasaran pescando para hacerles entender que como Hijo de Dios estaba calificado para dirigir el curso de los hombres y de las bestias. Dios, al crear al hombre, dijo: *...y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra* (Gn. 1:26). La autoridad de Adán para controlar a los animales se perdió después de la caída, pero Cristo, el segundo Adán, ejerció aquella autoridad dirigiendo los peces en Galilea para que evitaran la red durante la noche y, contrario a su naturaleza, nadaran hacia las redes en las aguas profundas durante el día.

Alguien podría argumentar que esta analogía no se puede aplicar a la tarea de ganar hombres y mujeres para Cristo porque, después de todo, los seres humanos tienen libre albedrío. El argumento es que las personas no pueden recibir la orden de Cristo para ser salvas ya que la decisión es de ellos, no de Dios. Pero el mismo Cristo bajo cuya orden los peces vinieron hacia la red, con frecuencia proclamaba que El tenía autoridad sobre la gente también. El dijo cuando oró al Padre: *...como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste* (Jn. 17:2). Tres veces en un mismo discurso, Cristo dijo que ningún hombre llegaría a El a menos que fuera atraído por su Padre (Jn. 6:37, 44, 65). Ningún pez llega a la red celestial a menos que el Padre así lo desee.

No debemos deducir que los seres humanos son animales, o peones de ajedrez que no tienen ninguna responsabilidad por sus propias decisiones, pero sí debemos tener la certeza de que nadie elige llegar a Cristo a menos que sea urgido por Dios a través del impulso interno del Espíritu Santo. Sólo Dios puede vencer la resistencia natural que todos tenemos para llegar a Cristo, admitiendo nuestros pecados, y aferrándonos a su gracia.

Aunque nuestra red sea inmensa, nuestro conocimiento para lanzarla muy amplio y nuestras intenciones muy dignas, *ningún pez llegará a ella a menos que sea atraído por Dios*. Sin un milagro divino podríamos tratar de pescar almas toda la vida, sin capturar ni una. En verdad, de no haber sido por un milagro, nosotros mismos nunca habríamos sido “pescados”.

Nunca nos debemos desanimar cuando estamos lanzando la red. Aunque las estadísticas indiquen que la mayoría de cristianos fue dirigida a la conversión antes de los 21 años, no tenemos derecho de predecir a quién Dios salvará, o no. Con frecuencia, Dios ha escogido salvar a pecadores endurecidos; sí, viejos, rebeldes, y a veces confundidos y curtidos. *...por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos* (He. 7:25).

Podemos lanzar nuestras redes confiadamente a causa del poder de Cristo, pues a El le ha sido dada toda autoridad en el cielo y en la tierra. ¡Literalmente estamos en el negocio de la pesca con Dios!

Segundo: Podemos pescar con seguridad porque estamos *obedeciendo la orden de Cristo*. A pesar de sus dudas, Pedro dijo: *...más en tu palabra echaré la red* (Lc. 5:5). No sabemos si él realmente pensó que pescaría algo, u obedeció la palabra de Cristo esperando halar las redes sólo para que salieran vacías una vez más. Así

Pedro no hubiera cogido ni un solo pez, deberíamos felicitarle por el sólo hecho de que hizo lo que el Maestro le ordenó. Sin embargo, por su obediencia, la pesca fue tan grande que otros también fueron bendecidos con el milagro. Ahora que Pedro era socio con Cristo, otros se le unieron logrando la misma *condición*. Tuvo que hacerle señas a un segundo bote para que viniera porque las redes estaban comenzando a romperse!

Dios no nos necesita para hacer su trabajo en la tierra; El pudo haberle ordenado a los peces que brincaran al bote de Pedro sin usar una red, o que nadaran hacia la orilla para ser pescados por las multitudes hambrientas que caminaban por ahí. Bien podía El hablar, y los pecadores arrepentirse; o salvar a los elegidos como lo hizo con Saulo en el camino a Damasco. Nosotros podríamos ser sólo espectadores mientras Dios hace su trabajo en la tierra, pero El, por su gracia, ha ordenado que seamos sus colaboradores durante el tiempo que vivamos aquí. Tenemos el privilegio de tirar las redes, y de traer los pescados a la playa. El nos hace socios en su empresa de pesca porque desea enseñarnos más acerca de sí mismo. ¡De una forma increíble, nos ha escogido para llevar a cabo la tarea encomendada por El!

No debemos evadir la responsabilidad de pescar hombres porque no nos sentimos suficientemente espirituales, o porque no sabemos bastante, aunque estos factores son muy importantes. Debemos caminar más cerca de Dios, estudiando y aprendiendo cómo compartir la fe. Pero todas nuestras excusas se desvanecen en la presencia del Cristo Soberano. *Si Dios nos ha ordenado ser sus testigos, ¿no están los resultados en sus competentes manos?*

¿Y qué sucede si lanzamos nuestra red y no pescamos nada? Hagamos lo que hace todo pescador: Tirémosla de nuevo, y tal vez en las mismas aguas. Nuestro

éxito o fracaso no depende del número de pescados que saquemos, sino de nuestra obediencia a la orden de Cristo.

Pescar hombres no significa que le debemos testificar a cada persona que conozcamos, o imponerle las Buenas Nuevas a aquellos que son indiferentes a su bienestar espiritual. He aprendido que cuando estamos espiritualmente alerta, con frecuencia Dios prepara los corazones de la gente, y crea en ellos el hambre espiritual que precede a “la pesca”. El hace que los pescados naden en dirección a la red. En diversas oportunidades simplemente debemos orar y esperar hasta que el Pescador Celestial les traiga en nuestra dirección.

Los pescadores exitosos saben cómo usar sabiamente la carnada. Ellos conocen su equipo y estudian los hábitos de los peces, pero también saben que lo único que pueden hacer es lanzar la red, y que sólo el Señor puede llenarla conforme a su voluntad.

Pedro adora

Suponemos que Pedro estaba lleno de emoción ante el bote repleto de peces. Aquí había más dinero del que él y sus compañeros hubieran conseguido en una semana. Podemos imaginar que ya contemplaba cómo esas monedas adicionales podían ser invertidas. En un día exitoso, todo pescador se siente triunfante. Nada puede cambiar nuestro ánimo tan rápidamente como la noticia de una extraordinaria y ocasional ganancia económica. El cheque inesperado que llega en el correo, o la llamada telefónica que nos anuncia un incremento salarial, son experiencias que rápidamente, como el sol, alumbran en un corazón nublado.

Si Pedro hubiera sido un predicador de nuestro moderno evangelio “de salud y riquezas”, ¿se hubiera acercado a Cristo para invitarle a ser su socio en el negocio de la pesca! Imagínate lo ventajoso que hubiera

sido tener a Cristo como el socio principal del negocio. ¿Por qué no? Después de todo, ilos seguidores de Cristo debían prosperar en su negocio!

No así Pedro, quien reaccionó, no hacia el sorprendente éxito de la pesca de ese día, sino hacia la persona que produjo el milagro. *Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él... Pero Jesús le dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres (Lc. 5:8-10).*

Pedro, un hombre quebrantado, se aferró a su Maestro, al tiempo que le urgía para que se apartara. Era la respuesta natural de quien amaba a Cristo y odiaba su propia pecaminosidad. De una forma simultánea, su mente estaba llena de confesión y adoración. *El contraste entre un Dios santo y su propio "yo" impío, le hacía retroceder desesperado.*

Podemos mirar en muchos lugares para ubicar el secreto de la grandeza de Pedro, a la cual llegó, pero por ahora no necesitamos ir más lejos. Profundamente consciente de su pecaminosidad, e igualmente de la santa presencia de Cristo, Pedro ilustra la primera lección que nosotros necesitamos aprender en el servicio para Cristo: *La profundidad de nuestra adoración depende de cuán conscientes seamos de la profundidad de nuestra propia pecaminosidad.*

Ahí está el divino Escultor trabajando. El tomó el cincel y abrió el corazón de Pedro quien fue herido para que pudiera ser sanado, y lo quebrantó con el fin de que llegara a ser moldeado según su diseño como Maestro. Pedro no podía ver a otros si primero no se percibía a sí mismo; y no podía verse a sí mismo sin primero contemplar al Señor.

Antes de que Pedro pudiera trabajar para Dios, Dios

debía trabajar en él. Si iba a encender una llama en otros, primero debía ser encendido con el fuego divino. Como Isaías, el debía exclamar: ¡Ay de mí!, antes de que pudiera decir: *Heme aquí, envíame a mí*. Como Moisés en presencia de la zarza ardiendo, Pedro debía *adorar* antes de ir a *trabajar*.

John Bunyan dice, refiriéndose a su propia experiencia con Dios, “Yo era más repulsivo ante mis propios ojos que un sapo... pensaba que nadie, excepto el diablo mismo podría igualarme en maldad interna y en una mente contaminada. Fui para mi mismo una carga, como también un terror. ¡Cómo me hubiera gustado poder ser cualquier cosa, y no yo mismo! (Pedro, F. B. Meyer, Nueva York: Fleming H. Revell, 1920, Pág. 25).

Sin el conocimiento de nuestro propio corazón, no podremos quitar el cerrojo que está puesto en otros corazones. Cuando pasamos la noche en un hotel, tenemos sólo la llave de una habitación, pero el administrador cuenta con una llave maestra que le permite abrir cada habitación del edificio. Para los ministros de Cristo, tal llave maestra es el conocimiento de sí mismos. Sólo ese grado de conciencia nos permite abrir los corazones de otros y presentarles al Salvador, quien ya ha llenado las necesidades más profundas de nuestro propio corazón. F. B. Meyer dice que quienes han visto su propia pecaminosidad “están familiarizados con los huecos donde se esconden los peces, y los mejores métodos para alcanzarlos, además de que tienen una paciencia infinita, tal como el Señor la tuvo con ellos. Estos sobrellevan tiernamente a los extraviados y a quienes resisten su aproximación, porque ellos mismos han vivido con la enfermedad” (Pedro, Pág. 26).

Cuando Pedro empujó su barca al mar, esa mañana, se refirió a Cristo como *Maestro*; cuando regresó con los dos botes llenos de pescados se refirió a El como *Señor* (en griego, *Kirios*, que significa Señor o Dios). Como Job

e Isaías antes que él, Pedro estaba en la presencia del Todopoderoso, donde sentía tanto el desespero como también la esperanza. Benditos quienes creen que el arrepentimiento es un don precioso de Dios.

Cuando Martín Scorsese realizó su película blasfema, *La Última Tentación de Cristo*, escribió: “He tratado de crear un Jesús que en un sentido, es como cualquier otro tipo en la calle. En sus luchas por alcanzar a Dios y encontrarle, él refleja todos nuestros conflictos. Yo pensé que esto nos proporcionaría esperanza a todos”.

¡Qué engaño! Lejos de darnos esperanza, un Jesús que es semejante a nosotros nos dejaría en la desesperanza. El estado lamentable de desesperación en Pedro, era la señal de una verdadera esperanza. No necesitamos un Cristo que es como nosotros, sino al que es Señor, Rey, y quien puede ordenarle a los peces que salten a la red; un Cristo tan limpio de pecado, tan perfecto y tan divino, que puede acercarnos a Dios. En su presencia nos invade la sensación de nuestra inexcusable pecaminosidad y una maravillosa adoración.

Lutero decía que no podemos alcanzar el cielo, sin primero descender al infierno, ni ser los hijos de Dios, sin antes vernos como los hijos del diablo. Porque es en este grado de autorrevelación, decía él, que finalmente vemos a Dios. El poder de la santa presencia del santo Hijo de Dios, envió un rayo de luz al alma de Pedro, quien le había conocido. *El cincel había hecho mella en él.*

En una ocasión, cuando hacíamos un tour por el famoso Rijksmuseum en Amsterdam, nuestro guía nos dijo que el 10 por ciento de los cuadros de Rembrandt eran pinturas de sí mismo. Pero lejos de ser un ejercicio de auto engrandecimiento, Rembrandt era un cristiano humilde que se pintaba a sí mismo tal como era, sin ningún embellecimiento. Con frecuencia, los artistas se han preguntado por qué él no aprovechaba la ventaja

de sus manos dotadas para pintarse con un toque de halago, ya que su forma física era poco atractiva. Pero Rembrandt comentó “Si no puedo pintarme tal como soy, no podré pintar a otros tal como son”

Es necesario que nos veamos tal como somos, en la presencia de Dios, para que seamos capaces de ver a otros como realmente son. Allí de rodillas, lleno de rechazo por su propio pecado y con un gran deseo de santidad, Pedro aprendió la primera lección. Llegar a ser “pescador de hombres”. El crecimiento espiritual siempre involucra un conocimiento progresivo de nuestra pecaminosidad. En cierta ocasión alguien dijo “*En el cielo no se le dará la corona de mayor tamaño a la cabeza más grande*”. Las partes ocultas del alma que una vez pensamos eran seguras, inofensivas o inocentes, se tornan malvadas cuando son expuestas a la luz divina.

Tan pronto Pedro enfrentó su pecaminosidad, Cristo se encargó de quitarle el temor. Cuánto alivio sintió al escuchar la voz de su amado Maestro. *No temas, desde ahora serás pescador de hombres* (Lc 5:10). A. T. Robertson dice que esta expresión significa “Tú pescarás hombres vivos”. Aunque es mucho más difícil pescar hombres vivos con redes espirituales, que peces con redes comunes y corrientes, Pedro trabajaba para un hombre que tiene la capacidad de llevar los hombres a Dios. Esta era la seguridad que él necesitaba, la de saber que podía triunfar en el servicio para Cristo aunque su corazón estuviese mancillado por el pecado. Por supuesto, Cristo no abandonaría a Pedro, porque su pueblo es el objeto de su afecto.

En el día de Pentecostés Pedro tiró su red, y alcanzó a 3 000 hombres y mujeres. En la casa de Cornelio, su red escasamente había tocado “el agua” cuando comenzó a llenarse. Si en su primer encuentro con Cristo, recibió la promesa de lo que sería (*una roca*), aquí se le prometió lo que haría (*pescar hombres*). No tenemos la

certeza de que él se convirtiera a orillas del Jordán, pero sí de que era un hombre transformado.

Después de haber comprendido quién era Cristo, Pedro recibió la orden de seguirle: *Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron* (Lc. 5:11). Cristo no menospreció el trabajo de pescar, cuando le solicitó a sus discípulos que le siguieran, porque El había crecido en el hogar de un carpintero, aportándole su dignidad a las tareas manuales. Pedro y sus tres compañeros recibieron el llamado al ministerio especializado del apostolado, una tarea que debían realizar de tiempo completo, y durante la cual El les proveería el pan diario.

Si nosotros preguntáramos: “¿Cómo puedo llegar a ser un pescador de hombres?” Obtendríamos la misma respuesta: “Sígueme”. Mientras más cerca estemos de Jesús, más fácil será lanzar nuestras redes para luego halarlas llenas de hombres y mujeres hambrientos. Pedro fue traído a Cristo por medio de Andrés, y en su momento llevaría miles de personas a El. La emoción de pescar a lo largo de las playas de Galilea, pronto fue reemplazada por la exuberancia de pescar esos peces importantes que poblarían el mar celestial.

Cristo no se hizo socio del negocio pesquero de Pedro, *pero éste sí en el del Señor*. El hombre que le había ordenado a los peces que se dirigieran a las redes de Pedro, le ordenaría a los hombres y a las mujeres venir a Dios. Pedro, quien sabía cómo pescar, tendría el privilegio de enrolar a otros para que le ayudaran a llevar las redes llenas, a la orilla del mar.

Aquel día, Pedro se encontró con el Verdadero Pescador. Ahora pescaría hombres, así como él mismo había sido pescado por un Hombre de Galilea.

3

Mientras caminaba sobre el agua, se hundió

(Lee Mateo 14:22-36)

Durante nuestra visita a la ciudad de Leipzig, Alemania, el guía señaló un monumento de Goethe, el autor de "Fausto". La cabeza de la estatua está volteada hacia la universidad, mientras sus pies apuntan en dirección al bar cervecero Auerbach ¡Qué cuadro tan gráfico sobre cómo nuestras lealtades compiten!

Cada uno de nosotros lucha con una lealtad en conflicto; amamos a Cristo, pero nos distraemos por la seducción de nuestra naturaleza pecaminosa interna, y por la presión de las circunstancias externas. Estas voces que nos urgen, compiten para ganar nuestra alianza, y a veces sentimos que nuestra fe en Dios es poco poderosa para sobrellevar las tormentas. Un amigo mío, con una enfermedad rara, fue fiel a Cristo por muchos años, pero finalmente optó por lanzarse de cabeza a la rebelión del mundo, y antes de su muerte prematura, a causa del alcohol, dijo: "Sencillamente Dios me tentó más de lo que podía soportar".

¿Cómo podemos triunfar en nuestro caminar con Cristo? ¿Cómo podemos ir tras El sin ser distraídos por el mundo, la carne y el diablo? ¿Cómo podemos seguirle con todo el corazón, al tiempo que lo hacemos con la cabeza y con los pies? ¿Cómo manejamos los temores que nos pueden hundir?

En Mateo 14:22-36, Cristo le enseñó a Pedro cómo sobrevivir a una tormenta. Si iba a ser un hombre fiel a pesar de la poderosa e inminente oposición, tendría que aprender el secreto de pararse firme en contra de los vientos. Nuevamente el Maestro por excelencia, optó por emplear una experiencia común para enseñar una lección no común. Una tormenta en Galilea se tornaría en el prototipo de las tormentas de la vida.

Cristo acababa de alimentar a 5.000 hombres (el número total de la multitud pudo haber sido entre 10.000 y 15.000 personas, incluyendo las mujeres y los niños), con cinco panes y dos peces. Como era de esperarse, la multitud estaba impresionada. ¿No sería maravilloso coronar como rey a un hombre así? Moisés había alimentado a los israelitas con pan; tenía sentido que el Mesías sobrepasara a Moisés, sólo si alimentaba al pueblo hambriento.

La multitud seguía a Cristo con la esperanza de que no se les escapara. Ellos lo lanzarían como candidato para ser rey mediante la aclamación, sin importar si a El le interesaba el cargo o no. Ciertamente sería persuadido a aceptar esa honrosa posición con suficientes aclamaciones a su favor.

Como sucedió con mucha frecuencia, Cristo los desmotivó escapándoseles. En Juan leemos: *Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo* (Jn. 6:15).

Jesús no fue seducido por la alabanza. Con calma urgió a sus discípulos a entrar en la barca e ir delante de El al otro lado mientras despedía a las multitudes. Des-

hizo los planes de los forjadores de reyes, y se escapó a las montañas de Galilea para orar. Quizá pasó allí sólo, unas siete u ocho horas en la presencia de su Padre celestial.

El corazón de nuestro Señor constantemente buscaba deleitarse en el compañerismo con el Padre, así como una brújula apunta al norte cuando no está obstruida. El utilizaba cada oportunidad que tenía para comunicarse con Aquel quien le había enviado. Allí, en la cumbre, nuevamente la voluntad de su Padre se hizo clara, y la sumisión del Hijo se reafirmó. El sabía que en esta oportunidad había sido enviado al mundo para ser Salvador, y no rey.

Aún mientras oraba, Jesús sabía que sus discípulos debían aprender a confiar en su presencia aunque estuviera físicamente ausente de ellos. Así como la pájara empuja a sus polluelos del nido para que comiencen su propio vuelo, Cristo deseaba que los discípulos estuviesen solos en la tormenta venidera. Aunque se encontraran más allá de su visión física, estos hombres eran el centro de su cuidado y atención.

Generalmente los discípulos podían remar atravesando el mar en una o dos horas, pero esa noche estaban batallando contra una de las peores tormentas que podían recordar. Vientos poderosos del Monte Hermon, enfurecieron el agua, y aterrorizaron a los discípulos. Leemos

Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario. Más a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo (Mt 14 24-26). Después de siete u ocho horas en el agua, sólo habían avanzado unas tres o cuatro millas (Juan 6 19), y entonces, en medio de su angustia, Cristo vino a ellos.

Observa estas situaciones preliminares. Primero: *Aunque los discípulos no podían ver a Jesús cuando estaba orando en el monte, El sí los podía ver a ellos.* El conocía las coordenadas longitudinal y latitudinal de la barca, y estaba mirándoles a cada minuto. Tal vez tú has aprendido, como todos debemos hacerlo, que las tormentas de la vida pueden esconder el rostro de Dios, aun cuando en verdad está cuidando y monitoreando nuestros movimientos. Y cuando en el transcurso de la vida, el ímpetu del viento viene para devastar, como con frecuencia lo hace, *es más importante que Dios nos vea, que verlo nosotros a El.* Descansa tranquilo, El te está cuidando mientras luchas con tus tormentas personales.

Segundo: Recordemos que *los discípulos estaban en esa situación por obedecer a Cristo.* A veces tenemos la noción equivocada de que una tormenta demuestra que la estamos enfrentando “fuera de la voluntad de Dios”. Sin embargo, está en el centro de su designio; es en obediencia a El que ocasionalmente nos encontramos con la más feroz oposición. No caigamos en el error de pensar que hemos tomado una decisión errada, sólo porque estamos navegando en una tormenta. A veces sufrimos las pruebas más grandes cuando estamos caminando en obediencia a la orden de Cristo.

Tercero: Observa que finalmente *la causa de su temor se tornó en una fuente de consolación y gozo.* No reconocieron a Cristo, pero El venía en camino a ayudarles. El fantasma aterradorante, era una bendición escondida. ¡En las malas noticias que tú o yo recibimos recientemente, bien puede haber estado Cristo tratando de poner sus brazos alrededor nuestro!

Cuarto: *Cristo llegó justo en el momento exacto;* la cuarta vigilia de la noche era aproximadamente a las 4 de la mañana. Habían estado en el mar desde antes del anochecer, pero sencillamente no podían avanzar. Presumieron que esta vez Cristo les había dado una orden

que no podrían cumplir. Aunque intentaban, simplemente no podían obedecer sus instrucciones de “llegar al otro lado”. Pero en el momento de mayor desesperación, Cristo apareció para ayudarles. El sabía cuánto podían soportar y se les unió en la hora más oscura.

Cristo puede calmar las tormentas, pero a la vez guiar a su pueblo en medio de ellas. Como sucedió con mucha frecuencia, Jesús le enseñó a Pedro una lección que también benefició al resto de los discípulos. Aquí hay tres retratos de Pedro que muestran la secuencia de su experiencia. Paso a paso, él fue moldeado por el Escultor divino, para su provecho y también para el nuestro.

Pedro vio a Cristo

Pero enseguida Jesús les habló, diciendo: “¡Tened ánimo; Yo Soy, no temáis! (Mt. 14:27). De inmediato Pedro reconoció aquella voz. Este no era un fantasma, sino isu Señor, el Omnipotente! Su Maestro les había encontrado en ese lago tempestuoso, porque conocía los detalles íntimos de su desesperada lucha contra la naturaleza.

Todos hemos sido mal entendidos, o tal vez nadie se ha tomado el tiempo necesario para averiguar nuestra versión de la historia. No podemos contarle las luchas privadas a quienes son ligeros para juzgar, no han sentido el poder de nuestras tentaciones, o nunca han sido quemados con las frustraciones de nuestros deseos insatisfechos. Sin embargo, hay uno que sabe, comprende, y ama a su pueblo. El Señor, que es omnisciente, nos ve mientras nuestra barca es abatida por las tormentas de la vida. Un amigo que nos conoce, pero que no tiene poder para ayudarnos, es un consolador limitado. Cristo, sin embargo, tiene no sólo el conocimiento, sino el poder, es decir, la habilidad de intervenir en los momentos cruciales, cuando estamos a punto de darnos por vencidos.

Según las leyes naturales, Jesús no podía caminar sobre el agua. Una ley de la física dice: “La fuerza de flotación ejercida por un líquido es igual al peso del agua desplazada”. Esto simplemente significa que el agua cargará un objeto sólo de acuerdo a la medida del peso del agua que ha sido desplazada por ese elemento. Jesús debía haberse hundido hasta los hombros, quedando finalmente tan impotente frente a la tormenta, como los discípulos. Pero El es Dios, Señor sobre las fuerzas de la naturaleza, y la ley de la gravedad. *El caminó sobre las aguas tormentosas de Galilea con la confianza de quien camina sobre un piso de mármol.*

Según el relato de Juan, Cristo caminó aproximadamente 6,5 kilómetros (Juan 6:19). Este era el Cristo que le había ordenado a los peces venir nadando hacia la red, y transformado el agua en vino. Ahora, las olas y los vientos estaban bajo sus órdenes. Pedro vio al Cristo triunfante, a Aquél cuyo poder había sido desplegado durante la creación del universo.

Cuando enfrentamos la tentación, las frustraciones de una mala salud, o el desmoronamiento de los bien diseñados planes, *nuestra primera y más grande necesidad es siempre la de tener una nueva visión de Cristo. En un momento así hay esperanza, aunque estemos desesperados. Cristo debe tornarse tan real para nosotros, como la tormenta misma.*

Pedro vio una oportunidad

Si hubiéramos estado dentro de la barca, nos habríamos contentado sabiendo que por fin Cristo estaba llegando para ayudarnos. Pero Pedro vio esto como una maravillosa oportunidad. *Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús (Mt. 14:28-29).*

Aunque Pedro era impetuoso, y frente a la vida frecuentemente reaccionaba con impulsos, en lugar de hacerlo con acciones bien pensadas, debemos darle el credito por haber aprovechado esta oportunidad. No saltó al agua presumiendo y diciendo "¡Señor, ahí voy, sálvame!" No, él solicitó el permiso a Cristo. *Señor, si eres tu, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.* Es claro que Cristo se sintió complacido por la solicitud y le respondió con una sencilla palabra. *Ven.*

Este no fue un truco orquestado para que Pedro pudiera hacer su heroica marcha delante de los compañeros. Pedro hizo esta solicitud porque amaba a Cristo, y no quería esperar para estar cerca a El. Estaba demasiado impaciente para esperar que Cristo viniera al barco, y tenía que reunirse con el Maestro *en el camino.*

Durante un breve momento, ¡Pedro realmente estuvo caminando sobre el agua con Cristo! Si hubiéramos tenido una cámara de video habríamos visto a dos personas desafiando la ley de la gravedad, dos individuos participando en un milagro. Hasta donde nosotros sabemos, a través de la historia, sólo dos personas han caminado sobre el agua, Cristo y Pedro (como dice el dicho. Todos los demás que han afirmado haberlo hecho, ¡solo saben donde están ubicadas las rocas!). Si Pedro se hubiera mantenido tranquilo mirando a Jesús, habría caminado hasta encontrarse con su Maestro. Cristo tomó las olas y las convirtió en piedras bajo los pies de Pedro.

¿Por qué con frecuencia nos encontramos en tormentas? ¿Por qué las pruebas de la vida son tan persistentes, e implacables? 30 años más tarde, Pedro escribió *En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alaban-*

za, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo... (1 P. 1:6-7).

Nuestra fe es preciosa para Dios. Es sólo en medio de una prueba que la fe puede llegar a su máxima expresión. Las tormentas mantienen nuestros ojos fijos en Jesús.

Pedro vio al viento

Pero, al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! (Mt. 14:30). ¿Qué hizo que Pedro se distrajera? ¿Por qué dejó de mirar a Cristo? El tuvo un momento de conciencia; la sensación de que estaba haciendo algo que bajo condiciones normales era imposible. Sabía que el viento y las olas eran más poderosas que él; sabía que no tenía el poder para someter la fuerza impredecible de la naturaleza, pero a pesar de todo, por ese breve momento estuvo allí caminando sobre el agua con su Maestro.

Pero la presión del viento y el ruido de las olas le distrajeron, y al voltearse a enfrentarlas, inmediatamente comenzó a hundirse. En un instante se dio cuenta de que era tan impotente como lo creía. *Fracasó porque dejó de mirar a Jesús.*

Hay un lugar para las oraciones largas, y ciertamente debemos pasar mucho tiempo orando en privado y en público. Pero esta era una de esas ocasiones cuando sólo se podía hacer una oración corta. Desesperado, Pedro gritó: *¡Señor, sálvame!* Y estas dos sencillas palabras captaron la atención e intervención de Cristo. El Maestro extendiendo su mano misericordiosa levantó a Pedro del agua. *¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?* (Mt. 14:31).

Con frecuencia, Pedro ha sido criticado por su falta de fe. Pero debemos elogiarle por asumir el riesgo de caminar sobre el agua. El podía haberse quedado en la relativa seguridad de la barca con los demás discípulos.

Algunas personas no han fracasado, sencillamente porque nunca han intentado algo significativo. Aquellos que en ningún momento se han salido de la barca, no deberían criticar a quienes sí lo han hecho. Leslie B. Flynn dice: "Un Pedro creyente y mojado, es mejor que un Tomás seco e incrédulo!"

Por supuesto, como un elogio para Pedro, él intentó lo imposible sólo porque escuchó la orden de Cristo: *Ven*. Sin tal instrucción explícita, saltar del bote hubiera sido una locura y un suicidio. También, asumió el riesgo solo, pues si hubiera sido un fantasma el que venía, y no el Señor, solamente él habría sufrido las consecuencias.

Las lecciones de Pedro

¿Qué lecciones debemos aprender para navegar durante las tormentas de la vida? Primero: *Prestar cuidadosa atención a las promesas de la Escritura*. Si los discípulos se hubieran aferrado a cada palabra de Cristo, habrían podido disfrutar su batalla contra las olas, absolutamente convencidos de que ningún daño les vendría. ¿Por qué? Porque cuando Cristo se despidió de ellos esa noche, expresamente les hizo entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera (Mt. 14:22).

¡Si el Maestro del universo les había dicho que llegarían a la costa oriental de Galilea, ellos debían saber que, ¡sucudiese lo que sucediese, llegarían! Algunos de esos discípulos fueron escogidos para ser mártires, así que no existía la posibilidad de que en aquella ocasión se ahogaran en Galilea. Cristo le preguntó a Pedro: *¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?* Si sólo hubieran escuchado y creído, el temor habría desvanecido.

La promesa de Cristo a los discípulos la noche anterior, como también su orden a Pedro, fueron incondicionales. No fue: "Ven si el viento te lo permite", o, "Ven si no estás en la parte más honda, o, "Ven si tienes la fortaleza para luchar contra la tormenta". No, sólo la

palabra *Ven* fue más poderosa para Pedro que toda la oposición y la debilidad que penetraba sus huesos. Ni ángeles, ni demonios, ni hombres, pueden retener las bendiciones de Dios si nosotros respondemos a su invitación. Aunque había un peligro mayor para Pedro al intentar caminar sobre el agua, que permaneciendo en la barca, estaba perfectamente a salvo mientras dependiera del poder de Cristo y de su sencilla palabra, *Ven*.

La instrucción de Cristo a sus discípulos acerca de que, “fueran al otro lado”, también era una promesa específica para ellos, y debe ser comprendida dentro de ese contexto. Cristo no siempre prometió tal liberación, pero con frecuencia les habló del cielo, su destino final (Jn. 14:1-3). Cristo está con su pueblo en cada tormenta, aunque ésta los mate. A pesar de lo que pueda suceder en la tierra, nuestro lugar en el cielo está seguro. Ninguna tormenta en la tierra puede interrumpir la calma del cielo.

Debo advertir, sin embargo, que es necesario interpretar las promesas de Dios correctamente. Algunos se han desanimado porque creyeron en Dios para algunos milagros que él no ha prometido específicamente. Por ejemplo: El no ha prometido que los enfermos siempre sanarán, o que su pueblo será librado de accidentes, enfermedad, e incluso de la violencia. Sus promesas afirman que El está con nosotros a través de todas las pruebas de la vida, pero no que estaremos exentos de las tragedias que sobrellevan los otros mortales. *Algunas veces, El calma la tormenta en el lago; algunas veces, El calma la tormenta en nuestro corazón.*

Crear las promesas explícitas de nuestro Señor, es nuestra prioridad.

Una segunda lección: *¡El agua que amenaza estar sobre nuestra cabeza, está bajo los pies de Cristo!* Todos encontramos vientos de adversidad, tormentas que nos hacen perder el equilibrio financiero, un quebranto de

salud que amenaza nuestro bienestar emocional y físico, o tal vez la aflicción emocional debido al daño de una relación. Esa situación, sin importar cuán dolorosa sea, está completamente bajo su control, pues hoy, El se sienta con ella bajo sus pies. Veamos a Cristo caminar sobre el mar de la ira de Dios, e invitándonos a unirnos a El. Veamos a Cristo triunfando sobre el aguijón de la muerte, e invitándonos a unirnos a El. *¡Veámosle a la diestra de Dios el Padre, con nosotros a su lado!*

Justo esta mañana hablé por teléfono con una mujer que me contaba acerca de su doloroso divorcio. Su esposo le había sido infiel y ahora quería la custodia conjunta de los hijos. Hay muy pocas razones para creer que él realmente ama a sus niños, pues de ser así, idebió haber continuado viviendo con la madre de ellos! El quiere apaciguar su culpabilidad demostrando que es un buen padre que después de todo, ama a sus hijos. Luchar por ellos es la manera de descargar su hostilidad hacia la esposa. Los niños son un objeto de negociación en ese juego egoísta lleno de venganza y de odio.

Con la historia de Pedro fresca en mi mente, le dije a ella: "Sin importar la intensidad con la que tú mires a Cristo, debes darte cuenta de que la tormenta no parará. El viento continuará aullando y las olas levantándose, pero tú debes mantener tu vista en El, y seguir caminando". Cristo está completamente consciente del aprieto en que tal esposa se encuentra. Habrá lágrimas y dolor, pero enfocándose en el Cristo triunfante, podrá salir adelante. Sí, Cristo está caminando sobre las aguas que amenazan ahogarla.

Hay una lección final: El poder de nuestros pies depende del enfoque de nuestro ojos. Goethe miraba hacia la universidad, pero caminaba hacia las cantinas, demostrando que su educación no tenía el poder para cambiarle. El sólo conocimiento no romperá los hábitos destructivos; necesitamos un milagro en el interior.

Cuando miramos a Cristo, se nos garantiza el poder para hacer lo sobrenatural, es decir, para tomar las riendas de la situación y sobrevivir a la tormenta.

¿Cuál fue el enemigo más feroz de Pedro? No fue la tormenta, ni las olas, sino *la duda, ese fue su más grande adversario!* No había necesidad de calcular la velocidad del viento, ni de medir la profundidad del agua, puesto que ninguna de estas fuerzas le podía impedir a Pedro obtener la victoria. La duda era el único enemigo que podía hacerle caer.

Si fracasamos mirando a Cristo, todavía nos podemos ahogar, aunque el viento esté calmado. Hugh Martin escribe: “Te hundirás atravesando las aguas cuando el viento sea estruendoso, o aunque sople suavemente del sur. En cualquiera de los dos casos, si tú te paras firme sobre las aguas, en el nombre de Cristo, compartiendo su dominio sobre el pecado, la maldición, Satanás, el mundo y la muerte; ¡oh! Ningún peligro surgirá del viento, sino de la falta de fe” (*Simón Pedro*, Carlisle, Pa.: The Banner of Truth Trust, 1967, Págs. 51-52). Un hombre que trabajaba como trapequista caminando sobre la cuerda floja, en esas alturas significativas dijo que debía hacerlo concentrándose en un punto fijo al otro lado. Si su atención se desviaba mirando a alguien debajo de él, o al público, podía perder el equilibrio. La concentración es la clave para caminar donde otros han caído.

¿Cuánto tiempo pasó para que Pedro se hundiera después de mirar el viento? Tal vez sólo uno o dos segundos, e inmediatamente iba rumbo al fondo. Durante las numerosas veces que le he fallado a Cristo, he aprendido que sólo unos pocos minutos en una relación rota, pueden ser suficientes para que me ahogue en la tormenta que busca destruirme. La fortaleza de Satanás, o la intensidad de nuestras pruebas, no son las que nos

obligan a caer; la *incredulidad es siempre nuestro enemigo fatal*.

Un momento de ira descontrolada hace que pronuncemos las palabras que destruyen una relación. Si se alimenta la autocompasión, ésta puede conducir a una depresión sin esperanza, y al desespero. ¿Cuánto tiempo toma ser vencidos por el temor una vez que nos hemos enfocado en él, y no en Cristo? Tan pronto como le abramos la puerta a la lujuria, ésta puede invadirnos en cuestión de segundos. Todas estas tentaciones y otras parecidas, pueden invadirnos en un momento. Mientras más seamos halados en esas direcciones, mayor será el control sobre nosotros. Si no enfocamos los ojos diligentemente en Cristo, perderemos el equilibrio, aun en las pequeñas tormentas de la vida. *Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado* (Is. 26:3).

Mientras volaba de Chicago a Cleveland, tuve la oportunidad de sentarme al lado de un piloto retirado de una aerolínea. El me dijo que muchas personas tienen la noción errada de que los aviones jet comerciales, son más seguros que los livianos que transportan pocos pasajeros. Como prueba de esta percepción, la gente cita estadísticas en las cuales se dice que los aviones livianos se estrellan con más frecuencia que las grandes aeronaves comerciales.

El insistía en que los aviones pequeños están contruidos con la misma seguridad que los grandes, pero que se estrellan más debido a que son dirigidos por pilotos inexpertos. Con frecuencia, estos pilotos cometen errores fundamentales al volar un avión pequeño, porque no le creen a los instrumentos del tablero, debido a que su sentido interno de dirección les dice que el avión se está elevando demasiado, y entonces orientan el pequeño aparato conforme a su intuición. O tal vez sienten que el avión está girando y hacen ajustes basa-

dos en su sentido innato de dirección, y por tomar en serio estas señales internas, finalmente se estrellan. En resumen, decía él: “Los pilotos inexpertos confían demasiado en su propio sentido de la experiencia”.

Tal vez te sientas como si estuvieras próximo a estrellarte. Quizá haz mirado las olas y sentido la fuerza de los ventarrones, y piensas que no puedes vivir un día más. Así como un piloto debe confiar ciegamente en sus instrumentos, y no en su intuición, nosotros debemos enfocar nuestros ojos en Cristo, y no en la tormenta. Cuando le miramos, El nos ayuda a hacer lo sobrenatural, a caminar a través de los momentos más turbulentos de la vida.

¿Y cómo nos enfocamos en Cristo? Desafortunadamente, con frecuencia buscamos nuevos secretos espirituales, pero nos volvemos negligentes en lo básico. Primero que todo, mantenemos el enfoque a través de la Palabra de Dios, leyéndola por capítulos y memorizándola por versículos. Aunque ya hemos escuchado bastante al respecto, no está por demás recordar que debemos absorber la Escritura internamente. Esto nos ayudará a meditar y a enfocarnos en Cristo y en su poder únicamente.

En segundo lugar está la oración, que consiste en aquellos momentos íntimos durante los cuales le contamos al Salvador nuestros más profundos anhelos y esperanzas. Esta clase de oración debe ser desarrollada y fortalecida. En su presencia podemos ser honestos, compartiendo nuestros dolores, e iras, y como David, encontraremos que nuestra alma se refresca.

Tercero: Nuestras canciones o himnos pueden ser usados para levantar el corazón a Dios. Cuando las palabras están en nuestras mentes, se quedan durante el resto del día.

Finalmente, debemos recordar que en el Cuerpo de

Cristo existe fortaleza. A través de la amistad y amor de los demás, recibimos motivación para continuar.

Hoy, Cristo camina por encima de sus aguas turbulentas. El permanece parado firme y triunfante, desafiando todas las leyes de la naturaleza y de la dinámica humana. El nos invita a mirarle, y a compartir su victoria y su triunfo. El quiere ver nuestros ojos y nuestros pies en dirección hacia el mismo destino.

*Vuelve tus ojos a Jesús,
mira de lleno su rostro maravilloso,
y las cosas de la tierra se opacarán
en la luz de su gloria y gracia.*

Como Pedro, debemos aprender que el ojo puesto firmemente en Cristo nos llevará a través de la más poderosa tormenta.

4

Ningún otro sitio a donde ir

(Lee Juan 6:60-71)

La historia habla de un monasterio en Portugal que se encuentra en una cima de 9.000 metros de altura, donde sólo se puede llegar viajando en una canasta que se mece de manera aterradoramente. Varios hombres fuertes luchan halando cuesta arriba y con un solo lazo, la pesada canasta. Un turista norteamericano se puso nervioso al iniciar el viaje porque se dio cuenta de que el lazo estaba viejo y deshilachado. “¿Con qué frecuencia cambian el lazo?” le gritó al monje cuando iniciaba el viaje de ascenso a la montaña. “¡Cada vez que se rompe!” fue la respuesta.

Millones de personas que nunca le confiarían sus vidas a un lazo deshilachado han confiado sus almas a sí mismos, o a un líder religioso tal como Buda o Mahoma. Al final, todos tenemos que confiar en alguien. La pregunta es: ¿Quién tiene la mayor credibilidad? ¿Cuál es el lazo más resistente para aguantar en los momentos de crisis? Mira los horizontes de la historia, estudia las obras de los filósofos, investiga las afirmacio-

nes de aquellos que declaran ser profetas de Dios. *¿A quién irás?*

Nuestra época se enorgullece de sí misma por el pluralismo, y la noción de que cada opinión es tan válida como las otras. No hay ningún patrón, se nos dice, mediante el cual la moralidad y la religión puedan ser juzgadas. Todos estos temas son simplemente un asunto de preferencia personal.

Aun dentro del cristianismo hay muchas denominaciones, diversas creencias que compiten, y cada una es presentada como una opción viable. Las religiones orientales se están popularizando aquí en occidente, dándole a nuestra nación aún más alternativas que compiten por la alianza de los hombres. Como la televisión por cable le da al televidente 40 ó 50 canales, de igual forma la gente hoy quiere escoger su propia religión y creencia moral de una amplia variedad de posibilidades.

El subjetivismo reina. Tu escogencia de una religión, o de los valores, es tan personal como entrar a una tienda de helados y escoger uno de los 31 sabores que venden. Y así como puedes mezclar y escoger tu plato, la gente toma lo que quiere de las diversas creencias y elabora su propia combinación especial. Una amalgama de religiones orientales, junto con algunas de las palabras de Cristo y el consejo de un sicólogo popular, es mezclada y licuada para formar un credo privado. Jacques Maritain, dijo: "Hay tantas formas para aproximarse a Dios como existen nómadas sobre la tierra, o caminos para llegar a su corazón". Así que el mensaje de la actualidad afirma: Escoge el camino que tu creas más apropiado.

Esta clase de eclecticismo no es nueva. Con frecuencia diversos hombres y mujeres escogen los caminos que mejor se ajustan a sus gustos e inclinaciones. Sí, aun en el primer siglo, las multitudes fueron confrontadas por

una multiplicidad de opciones. El mundo griego ofrecía su filosofía y experiencias esotéricas, y los romanos tenían sus dioses que prometían poder político. Varias ramas del judaísmo reclamaban tener la versión correcta de la religión de Abraham. Y cuando apareció Cristo, El ofreció otra opción, una alternativa inevitable, la de aceptarle o alejarse.

Si Pedro iba a ser utilizado poderosamente por Dios, él y los otros discípulos tenían que declarar su lealtad incuestionable a quien habían llegado a conocer como el Mesías, el Rey. La presión de los compañeros y el odio de las multitudes serían empleados como los golpes del martillo que demostrarían el compañerismo y la lealtad de Pedro. Si Cristo era quien proclamaba ser, las lealtades competitivas tendrían que ser desarraigadas del corazón de Pedro. ¿Estaban él y los demás discípulos comprometidos completamente con Cristo o no?

Providencialmente Cristo coordinó un encuentro que forzaría a los discípulos a tomar una decisión. Si alguno de ellos tenía la intención de abandonar a su Maestro, tendría la opción de hacerlo. Si estaban completamente comprometidos, ellos confirmarían su amor y determinación. No habría ningún lugar intermedio.

El trasfondo de esta confrontación se encuentra en Juan 6, donde Cristo tomó cinco panes y dos peces, y dio de comer a una multitud. Después de este milagro leemos *Pero entendiendo Jesús que iban a venir a apoderarse de El y hacerle Rey, volvió a retirarse al monte él solo* (Jn 6:15). La multitud amaba a ese hombre que podía darles pan sin ninguna notificación previa. ¡No hay lugar a dudas del motivo por el cual querían que El fuera Rey!

Cristo no fue desviado por su popularidad. Para poder sacar la maleza que había en la multitud, El hizo una serie de afirmaciones que comprobarían el hecho de que sus admiradores estaban bastante desinteresados

en un compromiso espiritual serio. El, por ejemplo, dijo: *Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero* (Jn. 6:44). La gente estaba ofendida con la idea de que no podía llegar a Dios por sí misma. La doctrina que afirma que no podemos llegar por nosotros mismos a Cristo, era tan impopular en aquellos días, como lo es hoy.

Para empeorar la situación, Cristo hizo comentarios que eran aún más ofensivos: *De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida* (Jn. 6:53-55). Estas afirmaciones confundían a la multitud. Ellos sabían que el canibalismo era inconsistente con el contenido del Antiguo Testamento, que también enseña que la sangre no debe ser tomada. ¿En qué sentido, por lo tanto, debían ellos comer la carne de Cristo y tomar su sangre?

Si hubieran escuchado con más atención, habrían comprendido que Cristo no estaba hablando literalmente, pues El mismo interpretó sus palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí* (Jn. 6:56-57). Cristo estaba hablando acerca de una relación con El, basada en la fe. Así como El vivía y dependía de su Padre, nosotros también debemos vivir dependiendo de El. Eso es lo que significa comer su carne y beber su sangre. Lo que es el pan material al cuerpo, es la unión con Cristo al alma. Y para mayor claridad Cristo agrega: *Es el Espíritu quien da vida; la carne no aprovecha nada; las palabras que os he hablado son espíritu y son vida* (Jn. 6:63 Biblia de las Américas).

A pesar de esta explicación, una discusión irrumpió

en la multitud. Habían seguido a Cristo porque El era capaz de darles el pan material, pero ellos desdeñaban su insistencia de que el pan espiritual del cielo era de importancia primaria. Y al final leemos: *Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con El* (Jn. 6:66). No importó que tan favorecidos se habían sentido por Jesús, el día anterior, simplemente no podían aceptar que les enseñara acerca de la necesidad de recibir nutrición espiritual.

Estas “fuertes palabras” los obligaron a tomar una decisión. Quienes estaban espiritualmente hambrientos podían ponderar las palabras de Cristo y aprender más acerca de su necesidad del pan espiritual. Aquellos que sólo estaban interesados en el pan material se cansarían con esas profundas verdades espirituales. Por lo tanto, Cristo separó el grano de la maleza.

Aunque Cristo sabía que muchos lo dejarían, de todos modos se sintió herido. Nunca aceptó el rechazo sin dolor. Isaías predijo: *Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos* (Is. 53:3). El ser abandonado era difícil, puesto que sentía congoja emocional. *Ciertamente llevó el nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido* (Is. 53:4). Jesús sintió pena, dolor y soledad.

A medida que se dispersaba la desanimada y airada multitud, Jesús se dirigió a los doce, diciendo: *¿Queréis acaso irros también vosotros?* (Jn. 6:67). La pregunta muestra que Cristo tenía la esperanza de que los discípulos no se fueran con la multitud voluble, y no fue defraudado.

Este fue uno de los mejores momentos de Pedro. El Escultor divino estaba obteniendo resultados. Pedro se

estaba comprometiendo más con su Maestro. La transformación de Simón a Pedro era gradual, pero segura.

En la presencia de los otros discípulos, y a muy poca distancia de quienes en la multitud tenían interés de escuchar, Pedro lanzó una pregunta que debería clavarse como una flecha en cada corazón humano: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (Jn. 6:68-69). De hecho, Pedro estaba diciendo: Tal vez a la gente no le guste lo que tú estás diciendo..., ¿pero qué otras opciones tenemos? ¿Quién es mejor Maestro? ¿Quién es mejor Salvador? ¿Quién conoce a Dios mejor que tú? No hay ningún otro sitio a donde ir.

Cristo no tiene rivales. Contrario al pluralismo de aquel día, y al nuestro de hoy, la verdad bíblica es tan absoluta como la ciencia, o aun las matemáticas. Si Jesucristo tiene razón, todos los demás están equivocados. Así como una persona no puede caminar en dos direcciones simultáneamente, tampoco nuestros corazones pueden estar divididos. Quizá Pedro no era consciente de las implicaciones de sus comentarios, pero de él podemos deducir que la verdad tiene tres características:

La Verdad es consistente

Pedro sabía que si las multitudes que seguían a Jesús, eran realmente sus discípulos, rechazarían otras religiones y otras autoridades. Decirle sí a Cristo, era decirle no a los fariseos; decirle sí a Cristo, era decirle no a las religiones esotéricas que penetraban el Medio Oriente. *La enseñanza de Cristo era tan singular, tan diferente, que no podía ser combinada con las enseñanzas de otros.*

¡Las diferentes religiones del mundo no pueden ser igualmente correctas! Por ejemplo, los hindúes creen que

la salvación significa perder la identidad personal, así como una gota de agua se pierde en el océano. Buda comenzó una nueva religión porque estaba insatisfecho con el hinduismo, y enseñó que la salvación era un camino tortuoso, que dependía solamente del mérito y sufrimiento humano. Técnicamente hablando, los budistas ni siquiera creen en la existencia de Dios, mientras que los hindúes tienen 330 millones de dioses diferentes! Mahoma enseñó que la salvación venía mediante la obediencia a sus enseñanzas. Sus seguidores debían hacer lo que él decía, no lo que él hacía, puesto que su comportamiento era opuesto a sus propias enseñanzas. El islam involucra un sistema complicado de obras que es bastante diferente a las otras religiones mencionadas.

La presuposición de que las religiones del mundo son en esencia las mismas, y sólo superficialmente diferentes, está en la actualidad ampliamente difundida en Norteamérica. Sin embargo, lo opuesto es cierto: *las religiones del mundo son superficialmente lo mismo, pero fundamentalmente diferentes. Veremos que el cristianismo es toda una categoría por sí mismo, sin ningún terreno en común con otras enseñanzas. Las diferencias son radicales, completas e insuperables.*

La verdad es siempre consistente consigo misma. Si algo es cierto, lo opuesto no puede serlo también. No es posible combinar las enseñanzas básicas de las religiones del mundo sin aceptar contradicciones automáticas. Ni tampoco existe una cohesión básica de la así llamada verdad que unifique las religiones del mundo.

Cuando los discípulos escogieron seguir a Jesús, le dieron sus espaldas a todos los rivales. Si Cristo tenía la razón sólo en parte, no era digno de que ellos le fueran leales. O si los discípulos estaban comprometidos con El y al mismo tiempo con otro profeta, estaban reduciendo a Cristo al nivel de un hombre falible. O aceptaban todo lo que Cristo era y proclamaba ser, o lo rechazaban.

Contrario a los hombres falibles, Cristo no podía darse el lujo de equivocarse, ni siquiera una sola vez.

Si Cristo era el Hijo del Dios viviente, como Pedro afirmó, Él estaba solo en una categoría superior: Perfecto, santo y totalmente confiable.

No hay ningún otro sitio a donde ir.

La Verdad es universal

Pedro dijo: *...Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Jn. 6:68-69)*. Pedro sabía que la verdad estaba arraigada en la naturaleza de Dios y no sujeta a la opinión personal. Si Cristo ciertamente es el Hijo del Dios viviente y tiene las palabras de vida eterna, sus enseñanzas son aplicables a todas las culturas del mundo.

Es una locura suponer que se puede decir que una religión particular es verdadera para mí, pero tal vez no para ti, o que hay una religión que es adecuada para una cultura, pero inapropiada para otra. Varias combinaciones de helados pueden ser de igual valor, pero la verdad eterna es preciosa, e inmutable. Cuando Cristo dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí (Jn. 14:6)*, estaba excluyendo todas las demás avenidas de aproximación a Dios.

Sería absurdo decir que $2 + 2 = 4$, es una idea sólo norteamericana. Obviamente, la misma matemática es verdadera en todo el mundo y es inmune al cambio basado en el trasfondo étnico, cultural o religioso de alguien. La verdad que Cristo vino a proclamar es universal, y aplicable en todas las naciones. Sí, la verdad bíblica es diferente de la matemática; pero como hemos visto, es muy consistente e igualmente universal.

La verdad nunca puede estar basada en el voto de mayoría. La verdad puede ser rechazada por los hom-

bres, y aún permanecer inmutable. Las multitudes se estaban alejando de Cristo, y su popularidad estaba declinando fuertemente. Pedro hizo la promesa de lealtad en un momento en el cual la marea comenzaba a cambiar en contra de Jesús. Esta es la mayor prueba de que, con frecuencia, el compromiso hacia la verdad es generalmente una empresa solitaria.

Aunque las opiniones de las multitudes cambien, la verdad no puede cambiar.

La Verdad está arraigada en la evidencia

La mayoría de filósofos estaría de acuerdo en cuanto a que si existiera una verdad religiosa, ésta sería consistente y universal. Pero muchos refutarían la afirmación de que la verdad pueda ser descubierta. La pregunta es: ¿Cómo sabemos que la afirmación particular de Jesús era verdadera? Pedro añadió: *Y nosotros... conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (Jn. 6:69). En el próximo capítulo veremos que la comprensión de Pedro acerca de Cristo, se la concedió el Espíritu Santo. Tal revelación es necesaria debido a que por naturaleza nuestros corazones son ciegos, y no están dispuestos a ver la realidad espiritual. Esto se debe, en parte, a que sabemos intuitivamente que si Cristo es quien afirma ser, estaremos expuestos tal como somos, en su presencia. Otra razón por la cual esto es así, se debe a que básicamente somos deshonestos cuando vemos evidencias que no nos gustan. Como Cristo enseñó: *...ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre* (Jn. 6:65).

Sin embargo, muy aparte del trabajo especial de Dios, la evidencia de la autoridad de Cristo, tomada por sí sola, es abrumadora. Aquellos que creen en Cristo tienen excelentes razones históricas y lógicas por las cuales creer. Es cierto, aceptamos a Cristo por fe, pero esta fe está apoyada por muchas evidencias.

¿Por qué Cristo? ¿Por qué El es único, aparte de todos

los demás? Primero: Por lo que *El hizo*; sus milagros fueron observados, y no el producto de la magia o los trucos. La transformación del agua en vino, fue un milagro visible y reconocido por quienes asistieron a la fiesta. Cuando *El* sanó al hijo del noble, éste descubrió que el momento de la recuperación coincidía con el instante en que el Señor había dado palabra de sanidad. Cuando Cristo tomó cinco panes y dos peces, y dio de comer a una multitud, todos supieron que aquello no había sido un truco de prestidigitación.

El moriría y resucitaría proveyendo así una evidencia muy superior de que *El* era más que el hijo de un carpintero. La evidencia histórica de la resurrección de Cristo es tan poderosa que muchos escépticos han tenido que admitir que los relatos del Nuevo Testamento son confiables.

Segundo: Cristo es único por lo que *El enseñó*. Visualicemos una página con una columna que descienda por todo el centro. A la izquierda escribamos las demás religiones del mundo, y veremos que todas coinciden en una cosa: Tenemos que ganar méritos para lograr la salvación. En el hinduismo, islamismo y budismo, el esfuerzo humano siempre hace parte en el proceso de la salvación. También puedes poner en esta columna aquellas ramas del cristianismo que creen que la salvación es un esfuerzo cooperativo entre Dios y el hombre. Dios ha hecho su parte, se nos dice, ¡ahora debemos hacer la nuestra!

En contraste, debemos poner la enseñanza de Cristo en la columna de la derecha. La salvación, enseñó Jesús, es gratuita para quienes creen en *El*. Nadie más podría ofrecer un sacrificio sin pecado, y derramar su sangre, que es de valor infinito, para aquellos que creen lo que dice Juan 5:24: *De cierto, de cierto os digo: El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y*

no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

La salvación *tiene* que ser un regalo, puesto que toda la bondad humana queda corta ante las normas santas de Dios. Nada que hagamos puede hacernos dignos de la gracia, o acumular méritos mediante los cuales podemos ser salvos. Aunque la salvación proviniera en un 95 por ciento de Dios, y un cinco por ciento del esfuerzo humano, nunca podríamos estar seguros de lograr nuestra parte. Si al morir hemos de disfrutar la entrada al cielo, debemos recibir un regalo inmerecido que depende totalmente de la iniciativa y la gracia de Dios.

No fueron las ideas de Cristo las que nos salvaron, sino el acto de *su muerte*. Esto explica por qué Cristo no tiene ningún otro equivalente entre los profetas y maestros del mundo. El está en oposición a todo lo que el mundo cree. En algunos desfiladeros de Norteamérica, dos montañas pueden parecer unidas, pero a medida que nos acercamos, observamos que están separadas por un abismo. Estas altísimas laderas descienden miles de metros sin llegar nunca a estar cerca la una de la otra, y encontrándose separadas por un rápido, oscuro y profundo río que no se puede cruzar.

Contrario a las apariencias, todo intento de vincular a Cristo con otros maestros religiosos, es superficial, y conduce al error. El no es sólo diferente a ellos, sino *radicalmente* diferente. No hay un punto en común, no hay un puente que lo unifique a El con los otros. Cristo, y sólo Cristo, presenta la salvación como un regalo otorgado por Dios a los pecadores sin esperanza.

Cristo también es único, debido a quien afirmaba ser. Piensa acerca de sus sorprendentes afirmaciones. Durante la revolución de 1918, en lo que llegaría a ser la Unión Soviética, Lenin dijo que si el comunismo era implementado, habría suficiente pan en cada hogar. Sin embargo, nunca tuvo el coraje de decir: *Yo soy el pan*

de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás (Jn. 6:35).

Hitler lanzó asombrosas afirmaciones referentes al papel de Alemania en el planeta tierra, creyendo que estaba promoviendo un Reich (gobierno) de 1.000 años, pero a pesar de sus exageradas afirmaciones, nunca dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí (Jn. 14:6).*

Buda enseñó la iluminación, y sin embargo murió buscando más luz. Nunca dijo: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn: 8:12).*

Los gurús de la Nueva Era nos aseguran la veracidad de la doctrina de la reencarnación, diciendo que seremos reciclados hasta que “lleguemos a ser correctos”. Pero no tienen el valor de decir: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Jn. 11:25-26).*

Mahoma afirmó que él y sus tribus eran descendientes de Ismael, el otro hijo de Abraham, pero no pudo decir: *De cierto, de cierto os digo: antes que Abraham fuese, yo soy (Jn. 8:58).*

Freud creía que la sicoterapia sanaría los dolores emocionales y espirituales de la gente, pero, a pesar de eso no pudo decir: *La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Jn. 14:27).*

La confianza debe ser aceptada o rechazada

Todos debemos ir a algún lugar; pero separados de Dios por causa de nuestro pecado, y, confrontados por la posibilidad de vivir eternamente, necesitamos ayuda. ¿A dónde acudimos en nuestra soledad y dolor? ¿A

dónde vamos con las preguntas no resueltas? ¿A quién iremos cuando nuestros propios recursos nos conduzcan a la desesperación? ¿A la educación? ¿Al dinero? ¿A la ciencia? ¿A quién iremos?

“Una prueba del valor de una determinada cosa, es si para ésta se logra encontrar o no, un sustituto”; escribió Clarence McCartney. “Si otra cosa puede reemplazarla, su valor es limitado. Pero si no existe sustituto, entonces su valor es el más alto” (*Pedro y su Señor*, Nueva York: Abingdon, Cokesbury, 1937, Pág. 42). Nadie puede tomar el lugar de Cristo, y nadie puede hacer por nosotros lo que El hizo. No existe ninguna otra opción.

F. B. Meyer escribió: “¿A quién iremos cuando, a la luz del gran trono blanco, de repente nos encontremos con que el agua proveniente de la nieve jamás podía limpiar las conciencias, los corazones, y sobre los cuales el pecado ha puesto su mano mancilladora?

¿A quién iremos cuando una por una las luces en las cuales hemos confiado se vayan apagando en el cielo, y ni el sol ni las estrellas brillen por muchos días, y no una pequeña tempestad exista sobre el alma afligida, la cual oye que las olas se rompen sobre una costa desconocida?

¿A quién iremos durante la soledad de la vejez, los dolores de una enfermedad mortal, la hora de la muerte, y aquel día cuando nos pidan cuenta, en medio del esplendor de una santidad a la cual los ángeles no se pueden enfrentar, y una pureza ante la cual los cielos no son limpios? (*Pedro*, Revell, Pág. 52).

Los escépticos se burlarán de nosotros, los ritualistas ofrecerán un acto significativo, pero vacío. El filósofo nos presentará las presunciones de hombres falibles, y el moralista nos dará la guía que él mismo no es capaz de seguir. Sólo Cristo pudo afirmar: *Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo,*

sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mt. 11:27).

¿Quién tiene más comprensión de la naturaleza de Dios, que Cristo? ¿Quién ha afirmado cosas tan asombrosas, y luego realizado los milagros para confirmar sus palabras?

¿Qué hombre sobre el planeta tierra alguna vez ha hablado como El? ¿La muerte de quién, puede hacer remisión de pecados?

En alguna parte leí:

Para el panadero, El es el pan de vida.

Para el banquero, El es el tesoro escondido.

Para el florista, El es el lirio de los valles.

Para el astrónomo, El es la estrella brillante de la mañana.

Para el terapeuta, El es el maravilloso consejero.

Para el constructor, El es la piedra angular.

Para el filósofo, El es la sabiduría de Dios.

Para el científico, El es el Creador.

Para el pecador, El es el Cordero de Dios.

Para el político, El es el Rey de reyes.

¿A quién iremos? No hay otras opciones. ...Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Jn. 6:69). Había un discípulo que no estaba de acuerdo con Pedro, y se fue a otro lugar, rehusando ver a Cristo como el Hijo del Dios viviente. Judas decidió que se miraría a sí mismo y escogió tomar las decisiones basado en lo que parecían ser sus necesidades inmediatas y egoístas. Aunque él escuchó la conmovedora respuesta de Pedro, simplemente endureció otra vez su corazón. Y entonces Cristo respondió a la confesión de Pedro con estas atemorizantes palabras: *¿No os he escogido yo a*

vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? (Jn 6 70)

Antes de rechazar lo que había escuchado, Judas debió asegurarse de que podía encontrar a alguien más para reemplazar a Cristo. Por supuesto, no existe nadie más. Por lo tanto Judas se perdió eternamente. No conocemos todos los motivos por los cuales Cristo escogió a Judas, pero sin duda, El deseaba demostrar que *aun aquellos que aparentemente sirven con el más alto grado de honor pueden tener un corazón apóstata*. He aquí un hombre cuya apostasía estaba escondida, pero que con el tiempo sería revelada.

Judas se perdió para siempre porque rehusó aceptar a Cristo como su Salvador personal. Es que si uno no viene al Hijo de Dios, no hay ningún otro a quien ir.

Pedro sabía que todos debemos ir a alguna parte. No somos capaces de quitar nuestro propio pecado ni de llegar por nosotros mismos, a Dios.

Vayamos con prontitud a Cristo. *No hay a dónde más ir.*

5

Tú eres el Cristo

(Lee Mateo 16:13-28)

Cristo sabía que el destino eterno de todos los hombres dependía de su relación con El. Aunque era honrado por sus milagros y enseñanzas, solamente quienes comprendieran que El era el Mesías, el Hijo de Dios, podrían beneficiarse de la obra que vino a realizar. Por este motivo, presionaba a la gente a tomar una decisión con respecto a El.

Aunque Pedro ya le había reconocido como *El Hijo del Dios Viviente*, Cristo continuó probando su mente y corazón. El también quería que los otros discípulos clarificaran su propia comprensión acerca de su persona y su labor. El Escultor estaba cortando todos los conceptos equívocos que sus discípulos tenían. La opción era clara: Si es Dios hecho carne, sírvele; si es algo inferior, considéralo sólo como alguien pasajero.

Jesús estaba en el área de Cesarea de Filipo, norte de Galilea, unos seis meses antes de ir a Jerusalén para morir. Aquí, en la base de una montaña (muy posiblemente el monte Hermón), les hizo a sus discípulos una serie de preguntas con las cuales quería forzarlos a que tuvieran una clara comprensión de El. Jesús no hizo esas

preguntas sólo porque estaba buscando información para su propio bien, o como una simple encuesta de opinión. Así como Dios el Padre hizo una pregunta a Adán y Eva en el Jardín del Edén, para el beneficio de ellos, Cristo formuló varias preguntas a sus discípulos como parte de su proceso de aprendizaje.

Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas (Mt. 16:13-14).

Esta respuesta carece de cualquier referencia sobre Cristo como el Mesías. Meses antes, las multitudes parecían estar convencidas de que Jesús era el prometido, pero ya comenzaba la oposición hacia El. Si algunas personas de entre el pueblo tenían tales convicciones, sentían miedo de compartirlas o, posiblemente, habían llegado a estar convencidas de que su opinión original acerca de El estaba equivocada.

Sin embargo, es necesario recordar que la opinión popular sostenía que el Mesías sería una figura resucitada del pasado. Esto explica por qué se incluyeron en esta lista, como posibles candidatos a Juan el Bautista, y a otros héroes del pasado. Por lo tanto, algunos de entre la multitud pueden haber creído que Cristo era el Mesías, y sin embargo pensar que El había tenido una existencia pasada.

¿Por qué algunos pensaban que El era Juan el Bautista? Este rumor comenzó con el Rey Herodes, quien lo había asesinado. Recordemos que el había puesto a Juan en prisión debido a que el profeta le decía abiertamente que no estaba bien, según la ley, que tomara a la mujer de su hermano. De todos modos él se casó con ella, y cuando la hija de su nueva esposa bailaba en una fiesta, Herodes prometió darle lo que pidiera, hasta la mitad de su reino. Su madre, ahora en la corte del rey,

estaba tan molesta por causa de los juicios morales de Juan el Bautista, que pidió su cabeza. Para complacer a su nueva esposa y proteger su imagen, Herodes mandó ejecutar a Juan (Mt. 14:2-12).

Como era de esperarse, el rey se desveló varias noches, y temía ante la posibilidad de que Juan resucitara. Los milagros de Cristo le hicieron pensar que esa posibilidad tan temida, se había hecho real, y cuando se enteró de las actividades de Cristo, dijo: *Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes* (Mt. 14:2). Así fue como el rumor: Este es Juan el Bautista, circuló entre las masas.

Otros afirmaron que Cristo era Elías, debido a que una profecía en el último capítulo del Antiguo Testamento, dice: *He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible* (Mal. 4:5). Muchos creían que Elías volvería literalmente.

Si hubieran prestado atención, se habrían dado cuenta de que Juan el Bautista era el cumplimiento de esta profecía. El no era la reencarnación de Elías, pero tenía un ministerio similar. La explicación de esta profecía se encuentra en las palabras del ángel a Zacarías, el padre de Juan: *E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías...* (Lc. 1:17). Sí, en este sentido Elías había regresado, pero no se dieron cuenta de ello.

Otros decían que Jesús era Jeremías, el profeta llorón. Jeremías lloró por Jerusalén, como lo haría Jesús un poco después. O también que podía ser uno de los otros profetas.

La gente en los tiempos de Cristo cometió deliberadamente algunos errores tratando de comprender quién era El. Debieron haber visto sus milagros, escuchado sus sermones, y llegado a una mejor conclusión. Pero muchos en nuestros días, a pesar de las ventajas de la educación y una perspectiva más privilegiada, tienen creencias igualmente confusas con respecto a El.

Cristo no puede ser ignorado. Sea en esta vida, o en la eternidad, finalmente todos los hombres nos encontraremos ante su presencia, teniéndole como Salvador, o como Juez. Al final, todos debemos tomar una decisión acerca de El. Las masas, en los días de Cristo, dieron su respuesta, sin embargo, El quería formular un pregunta adicional.

La convicción personal de Pedro

Como una flecha dirigida al blanco propuesto, ahora Jesús se vuelve a sus discípulos y les formula una pregunta personal muy pertinente: ...*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Y Pedro, siempre el primero en hablar, respondió de una forma magnífica: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (Mt. 16:15-16). No debemos pensar que sólo en ese momento Pedro alcanzó tan trascendental conclusión, puesto que antes ya había hecho afirmaciones similares (ver el capítulo 4 de este libro), pero no había enunciado su clara, breve y enfática conclusión.

Estoy seguro de que en ese momento, Pedro estaba hablando por todos los discípulos, pero su respuesta debe verse primordialmente como la convicción exclusiva de su corazón. El sabía que el nombre *Cristo* significaba “El Ungido”, y reconocía que en este hombre, el Cristo, se cumplirían las predicciones del Antiguo Testamento. El era el Profeta, Sacerdote y Rey.

La frase: *Hijo del Dios viviente*, se refiere a Cristo como el especial, el unigénito Hijo de Dios. Cuando Cristo habló de sí mismo como Hijo, y de Dios como su Padre, los judíos le acusaron de blasfemar, puesto que se hacía igual a Dios (Jn. 5:18). Ellos comprendían que esa exclusiva clase de hijo implicaba igualdad con Dios. El ser Hijo de Dios no se refiere al *tiempo*, sino al *rango*. Dios el Padre no existió antes que Dios el Hijo; los dos,

el Hijo y el Padre, existieron desde la eternidad. Cristo es el único, el exclusivo, el Dios-hombre.

Al formular esta pregunta a sus discípulos, Jesús trajo la fe de Pedro a su más clara expresión pública. Aquí, para que todos vieran, estaba la respuesta sincera de su corazón. Este fue otro de los momentos claves en la vida de Pedro.

Jesús continuó: *Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella* (Mt. 16:18). Esta es la única predicción que Cristo hizo acerca del establecimiento de su Iglesia; una profecía que se cumplió en el día de Pentecostés. Esta es la Iglesia de la cual El es la cabeza, la Iglesia por la cual El murió, la Iglesia por la que un día El retornará.

En respuesta a la resonante afirmación de Pedro, Cristo usa la ocasión para describir a la Iglesia que El está a punto de edificar. Observemos las siguientes características. Primero: *Cristo es el dueño de la Iglesia*. Si Pedro o, para el caso, cualquiera de nosotros, pretendiéramos utilizar la Iglesia como una plataforma para destacar nuestras propias carreras, o para tratar a la gente como si ésta nos perteneciera, insensiblemente estamos usurpando una propiedad que le pertenece a Cristo solamente. El compró la Iglesia a un precio muy alto, y por esa razón le pertenece.

Segundo: *El edifica la Iglesia*. El edifica la Iglesia mediante el otorgamiento de la vida eterna a quienes fueron escogidos desde antes de la fundación del mundo, y luego le da a cada uno de sus miembros, dones espirituales para que el ministerio pueda florecer. Cuando Cromwell gobernó en Inglaterra, envió una delegación a través de toda la tierra buscando plata para poder acuñar las monedas, pero sus hombres retornaron diciéndole que prácticamente toda la plata se encontraba dentro de las iglesias en las estatuas. Se dice que Crom-

well replicó: “¡Derritan los santos y pónganlos en circulación!”

Durante 2.000 años la Iglesia ha sobrevivido a pesar de la persecución, el escándalo y la herejía. Cristo, sin embargo, ha sostenido la Iglesia que prometió edificar. Aunque los números han sido comparativamente pequeños, la causa de Cristo ha triunfado en el mundo. El poder de la Iglesia se desata cuando los santos circulan cumpliendo con las responsabilidades dadas por Dios, y al final, su propósito será claramente demostrado.

Tercero: *Cristo le da poder a la Iglesia, para que las puertas del Hades no prevalezcan contra ella.* Esta expresión, tomada del libro de Isaías, es, probablemente, una referencia a la muerte, específicamente a la muerte de Cristo, quien estaba advirtiendo a sus discípulos que si bien El pasaría a través de las puertas de hierro de la muerte, esto no significaría que su Iglesia finalizaría. Por supuesto, como comprendieron los discípulos más tarde, su muerte era necesaria para establecer la Iglesia.

La dramática confesión de Pedro originó en Cristo una respuesta conmovedora; la afirmación personal de que la Iglesia estaba a punto de ser edificada, y en cuyo drama Pedro, desde luego, jugaría un papel importante.

Cuando Agustín escuchó que Roma había sido tomada, se sintió muy triste, pero se le cita, diciendo: “Cualquier cosa que el hombre edifique, el hombre la destruirá. ¡Continuemos con la edificación del reino de Dios!” Sí, los hombres destruirán lo que construyen, pero lo que Dios edifica resistirá.

La promesa personal de Pedro

La duna se había convertido en una roca.

Bienaventurado eres, Simón, Hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y

sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella (Mt. 16:17-18).

Jesús se refiere a Pedro como “Simón, hijo de Jonás”, tal como lo hiciera durante el primer encuentro que tuvo con él, a lo largo de las orillas del río Jordán. Ahora esa predicción es cumplida en la medida en que Cristo cambia su nombre oficialmente. La arena cambiante se había convertido en una roca. Y sobre una roca sería edificada la Iglesia.

Dos preguntas controvertidas han sido asociadas con este texto. Primero: ¿Qué quería decir Cristo cuando declaró que su Iglesia sería edificada sobre *esta roca*? Y segundo: ¿Qué llaves le fueron entregadas a Pedro? (Mt. 16:19).

Oscar Cullman, quien ha hecho un estudio exhaustivo sobre la vida y el ministerio de Pedro, dice: “Hasta los primeros días del siglo tercero, nunca se le ocurrió a ningún obispo de Roma referirse a Mateo 16:17 y siguientes, aplicándoselos a sí mismo en el sentido de ser cabeza de la Iglesia”. (*Pedro Philadelphia*; Westminster Press, 1953, Pág. 234). Por ejemplo, Crisóstomo creía que la piedra tenía que ver con la confesión de fe hecha por Pedro, y Agustín enseñaba que Jesús se refería a sí mismo, y no a Pedro.

Cuando el Papa León I quiso realzar su credibilidad, mientras enfrentaba la oposición de su rival Constantino, apeló a la primacía de la iglesia romana basado en la frase que Cristo le dijo a Pedro. El argumento sostenía que Pedro había sido el primer papa de Roma, y que como la Iglesia había sido edificada sobre él, la sucesión del papado romano se justificaba.

Los doctos griegos han señalado que hay dos palabras para el término *roca*, empleadas aquí. *Tú eres Petros* (un pedazo de roca) y *sobre esta Petra* (roca cortada) *edificaré mi iglesia*. Esto sugeriría que Cristo no se estaba refiriendo a Pedro, sino a sí mismo. El apóstol

Pablo habló de Cristo como la roca: *Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo* (1 Co. 3:11).

Una segunda posibilidad es que Cristo se estuviera refiriendo a la *confesión* de Pedro como la roca sobre la cual la Iglesia sería edificada, es decir, sobre la roca de la deidad de Cristo, sobre la roca de su posición única como Hijo especial de Dios. Y desde luego, sobre esa roca la obra futura de su reino descansaría.

Una tercera interpretación, es que Cristo ciertamente se refirió a Pedro. Ya que él había confesado a Cristo ante los otros apóstoles, ahora El le estaba confirmando un lugar especial en la Iglesia venidera. Pedro era, si así fuera, la primera piedra en el nuevo edificio. El estaba más cerca a la piedra fundamental es decir, a Cristo mismo. Años más tarde, el apóstol Pablo habló de los apóstoles y profetas como parte del fundamento de la Iglesia: *Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo...* (Ef. 2:20). Pedro es una piedra importante en la construcción de este edificio espiritual.

Esta interpretación también estaría de acuerdo con aquello que Pedro mismo afirmara al hablar de Cristo como la piedra angular y todos nosotros como *pedras vivas*, en el edificio (1 P. 2:4-8). Pedro y los demás apóstoles están próximos a la piedra angular, y luego sigue toda la hueste de los redimidos. Como veremos, Pedro predicó tanto a judíos como a gentiles, jugando un papel crucial en el establecimiento de la Iglesia. El resto de nosotros también está allí, formando parte de la estructura, como piedras vivas en el edificio de Cristo.

Este texto, sin embargo, no puede ser empleado para justificar el papado como ha sido conocido a través de la historia. Aunque la Iglesia hubiera sido edificada solamente sobre Pedro, primero: En ningún lugar leemos que la autoridad de Pedro es transferible. Segundo: No

tenemos ninguna garantía para suponer que esta autoridad haya sido transferida a los papas de Roma, y tercero: Aunque Pedro, al final de su vida pudo haber llegado cerca de Roma, no hay ninguna evidencia histórica de que él haya llegado a ser el obispo de Roma.

Una segunda pregunta crucial: *¿Cuáles fueron las llaves que le fueron entregadas a Pedro? Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos (Mt. 16:19).* Aunque estas palabras le fueron dirigidas a Pedro, sabemos que todos los discípulos compartían la responsabilidad como guardianes de ellas. En Mateo 18:18, Cristo les dio la responsabilidad a todos los discípulos de atar y desatar.

Una llave se emplea para abrir o para cerrar una puerta. Por lo tanto, los apóstoles, y especialmente Pedro, le abrirían el reino de los cielos a nuevos grupos de personas. En el día de Pentecostés, abrió la puerta de la Iglesia a los judíos cuando 3.000 de ellos respondieron al mensaje de arrepentimiento. Más adelante hizo lo mismo a los gentiles cuando en obediencia a Cristo fue a Jope y compartió el Evangelio a Cornelio y todos los de su casa (Hch. 10).

Las llaves no sólo sirven para abrir puertas, también para cerrarlas. Aquellos que se arrepienten pueden ser admitidos, pero quienes no lo hacen, pueden ser excluidos. Desafortunadamente, a medida que pasaron los siglos, y que la propia Iglesia cayó en apostasía, ésta comenzó a excluir a los mismos hijos de Dios quienes debieron haber sido bien recibidos en ella! Tal es la naturaleza del hombre, que el genuino Evangelio de la gracia, rápidamente fue pervertido (particularmente después de Constantino), así que los creyentes auténticos se encontraron fuera de la iglesia establecida oficialmente. Dentro, los herejes estaban administrando una

disciplina severa (con frecuencia tortura y muerte) a los santos que se encontraban afuera.

Con frecuencia, este texto ha sido interpretado diciendo que significa que los hombres sobre la tierra tienen el poder de determinar las acciones de Dios en el cielo. La teoría es que cuando atamos o desatamos a los individuos, Dios ata o desata a esas personas. Dios, se ha creído, sigue nuestra guía.

Pero observemos la secuencia de los verbos en este versículo: ...y todo lo que ates en la tierra **habrá sido atado** en los cielos; y todo lo que desates en la tierra, **habrá sido desatado** en los cielos (Tomado de la Biblia de las Américas Mt. 16:19, énfasis del autor). Los hombres sólo pueden hacer lo que ya ha sido determinado en el cielo. Nosotros no dirigimos a Dios; El nos dirige a nosotros.

Comprendido de manera clara, la Iglesia aún puede ejercer la responsabilidad de administrar *las llaves*, dándole la bienvenida a los pecadores que llegan a ella, y afirmando que si aceptan el Evangelio de la gracia de Dios, serán salvos. Por otro lado, también podemos excluir del compañerismo a quienes conocen la verdad, pero no quieren vivir sus enseñanzas. Esto lo hacemos solamente porque, de acuerdo con la Palabra de Dios, El ya lo ha hecho en el cielo.

Gracias a Dios, las almas de los hombres y las mujeres están en las manos de Dios, no en las de los hombres. Aquellos a quienes Dios ha incluido en su Iglesia, nadie los podrá excluir. Aunque los hombres se equivoquen, lo que Dios ha hecho, permanece.

La revelación personal de Pedro

Consideremos una vez más, las palabras de Cristo: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt. 16:17). ¿De dónde venía esa sólida fe de

Pedro? ¿Era ésta inherente a su propia naturaleza, y sólo esperaba el momento adecuado para salir? ¿Fue la conclusión de Pedro el resultado del pensamiento concienzudo, y de la investigación humana? No, el origen de la fe de Pedro no era carne ni sangre, sino una revelación de Dios Padre. Todas las capacidades de la naturaleza humana nunca podrían producir tal perspicacia teológica. Su afirmación era el resultado de un *milagro personal de aclaración*.

Dios era el origen de la fe de Pedro, quien no estaba proclamando las palabras de un credo ni tampoco dando conclusiones legítimas basado en su observación meticulosa. Esta era una fe forjada en las profundidades de su ser, como un don de Dios. Era una fe tanto personal, como final. Nada, excepto una revelación de Dios, puede darnos una perspectiva de Cristo que llene nuestros corazones de adoración. La oscuridad sólo puede ser disipada mediante un milagro, un rayo de luz divina. *Curar nuestra ceguera espiritual es una obra divina*.

El gran predicador alemán Helmut Thielicke cuenta cómo, en un tour de ciclismo, al sur de Alemania, llegó a un pueblo a media mañana, tremendamente hambriento porque no había tomado su desayuno. Para su deleite, vio una vitrina en la calle con un aviso que decía: "Rollo calientes". Con los jugos gástricos fluyendo con animada anticipación, entró en la tienda, sólo para descubrir que ésta no vendía rollos, ni calientes ni fríos. Era una imprenta. El letrero afuera, era simplemente un ejemplo del tipo de letra que la imprenta podía producir.

De igual forma sucede con aquellos que emplean palabras, pero ni las entienden ni confían en su significado. Piensa en los millones de personas que han recitado las palabras de un credo que afirma la divinidad de Cristo, y sin embargo, están eternamente perdidos. Las palabras pueden ser ciertas, pero la afirmación personal

es necesaria antes de que éstas puedan ser aplicadas. Como un letrero en la ventana, las letras pueden estar simplemente pegadas en el cascarón de una vida espiritual vacía.

Detente en cualquier lugar, y pregunta: “¿Quién es Jesucristo?” Recibirás muchas respuestas que parecen ser halagadoras. Cristo será elogiado por ser un gran Maestro, vivir la Regla de Oro, y predicar el amor de Dios. Será alabado por sus muchas virtudes, admirado por su humildad, y recordado por su bondad con los pobres. Algunos le elogiarán por convertir el agua en vino, y criticar la religión establecida en sus días.

Loables como parecen ser estas respuestas, son un insulto. Si eso es todo lo que Jesús fue, era un mentiroso. Recuerda este axioma básico: *Cuanto más entiende el mundo al Cristo bíblico, más lo odia*. Si hablan bien de El, es porque no le comprenden. Aquellas películas, musicales seculares y libros que no contradicen a Cristo, inevitablemente malinterpretan su mensaje. Alexander Maclaren comprendía con claridad: “Lo que nosotros creemos que es precioso, no tiene ningún valor para el mundo. Lo que creemos es una verdad fundamental, pasa con muy poca importancia. Mucho de lo que sentimos que está equivocado, se toma como bueno. Nuestras herramientas son sus lentejuelas, y sus joyas las nuestras” (*Con Cristo en el Aposento Alto*, Grand Rapids: Baker, 1956, Pág. 225).

Sólo cuando Cristo se mantiene a una distancia segura, preferiblemente en un pesebre, el mundo se siente cómodo en su presencia. Cuando es enfrentado con su deidad y santidad; cuando en su presencia, es enfrentado con su propia pecaminosidad, el mundo huye hacia sus disculpas y opiniones personales. Confesar a Cristo completamente es, de hecho, un regalo de la gracia de Dios.

Benjamín Franklin fue un gran amigo del renovador

George Whitefield. Sin embargo, poco antes de morir, dijo que, aunque con frecuencia Whitefield había orado por su conversión, “no tuvo la satisfacción de que sus oraciones fueran respondidas”. Y cuando Ezra Stiles, presidente de la Universidad de Yale le preguntó a Franklin si creía en la deidad de Cristo, él le respondió que tenía sus dudas acerca de esa doctrina, aunque, “pronto tendría la oportunidad de conocer la verdad con menos dificultades”.

¡Qué lástima con Franklin! Imagínate, morir sin conocer que indudablemente Cristo es el Mesías, el Hijo del Dios viviente. Imagínate morir y ser forzado a estar delante de Dios sobre la base de nuestro defectuoso desempeño. ¿Qué opinas tú de Cristo?

6

El alto costo de evitar la cruz

(Lee Mateo 16:21-28)

La cruz es un símbolo del cristianismo, aunque me temo que ha perdido su significado. En nuestra cultura, la cruz se ha convertido en una figura que puede ser utilizada en un collar o una pulsera, o una maravilla arquitectónica que adorna los edificios de las iglesias. La cruz es un adorno, en lugar de un instrumento de muerte. Hemos romantizado su existencia y borrado su terror, ¡y su poder!

Hoy en día, la electrocución de criminales, o el uso de una cámara de gas, es considerado por muchos como un “castigo cruel y poco usual”. Pero en el tiempo de Cristo, los criminales eran clavados al tronco fuerte de un árbol, que además tenía una rama áspera atravesada en forma de cruz. Las puntillas oxidadas y los pedazos de lazos eran usados para sostener a las víctimas en los palos, mientras se retorcían durante varios días hasta morir. Cicerón dijo que con frecuencia las víctimas se volvían maniáticas delirantes, razón por la cual les cor-

taban la lengua para que la gente no tuviera que escuchar su vano e incisivo parloteo.

Sí, la cruz es el símbolo del cristianismo y, por lo tanto, la relación que tengamos con ella determina nuestro destino eterno. Pero nunca nos olvidemos de que la cruz en sí, fue un instrumento de tortura, una citación a la muerte. Allí Cristo fue crucificado por nosotros, y El nos invita a seguirle.

Pedro necesitaba aprender el significado de la cruz. El tenía que entender por qué Cristo tuvo que sufrir una muerte tan horrible. Más adelante, a él se le dijo que moriría de una manera similar por seguir a su Maestro. La cruz sería el cincel empleado para dar los toques finales a una vida moldeada por Dios.

Pedro bien pudo haber sentido una precipitada confianza cuando Jesús lo ensalzó por su profundidad espiritual. *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Piensa en cuánta motivación recibió cuando escuchó a su Maestro decir: *...Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt. 16:17). Luego, Jesús continuó diciéndole que jugaría un papel significativo en el establecimiento de la Iglesia.

Seguramente aquel fue el día más feliz de Pedro, como también uno de los más tristes.

La perspectiva de Cristo

Como una ráfaga que surge bajo el sol de mediodía, Cristo interrumpió el ambiente gozoso de sus discípulos con una palabra de advertencia, y una terrible predicción acerca de los días que vendrían: *Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era Jesús el Cristo* (Mt. 16:20). ¿Por qué esa orden? Esperaríamos que Cristo los motivara a difundir el conocimiento acerca de El, por todas partes. Pero los discípulos aún no tenían una comprensión clara de su mensaje, pues

entendían su personalidad, pero no tenían claridad acerca de la obra que el Mesías había venido a realizar. Ellos sabían que El reinaría; no que moriría. Pensaban en la corona, más no en la cruz. Si hubieran contado lo que sabían, se habría dispersado un falso mensaje por toda la tierra.

Entonces llegó como una bomba: *Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día* (Mt. 16:21): Observemos los detalles: (1) Tenía que ir a Jerusalén, puesto que esa era la ciudad del sacrificio. (2) Tenía que sufrir en manos de los ancianos y los sacerdotes, los mismos que eran venerados en Israel. Este grupo de hombres, conocidos como los del Sanedrín, eran envidiados entre todos los líderes, y los más doctos. Aunque representaban la religión oficial de su tiempo, eran los más hostiles con Cristo. (3) Tenía que morir y resucitar. Previamente El había dado unas puntadas de que esto sucedería, pero ahora lo decía con perfecta claridad. Ninguna otra opción era considerada. A pesar del horror que le esperaba, *esto tenía que suceder*.

Si Cristo hubiera sido el falso mesías que representaba una comedia mesiánica, ciertamente no hubiese escogido ir a Jerusalén para morir. Hubiera sufrido los dolores para cumplir las expectativas mesiánicas populares de sus días, especialmente en lo relacionado con la organización de una revuelta en contra de la ocupación romana. El hecho de que en casi todos los puntos El estuviera en contra de la opinión pública, confirma su autenticidad, y clarificó las ideas erradas de la gente acerca del reino venidero.

¿Por qué los judíos no comprendieron las predicciones de Cristo acerca de que el Mesías sufriría antes de llegar a la gloria? Con frecuencia, nuestros ojos sólo ven

lo que quieren ver. La idea de un Mesías que reinara con una gloria ininterrumpida era muy atractiva. La gente estaba más preocupada con la esclavitud política de Roma, que con la esclavitud espiritual como producto de su propio pecado. ¿Quién quería un Mesías que sería humillado en una cruz?

Cristo deseaba prepararles para la tristeza que les esperaba. El calendario de eventos era claro, cierto e inflexible. El quería que ellos comprendieran que su muerte era ordenada; no una terrible tragedia que había sorprendido al Todopoderoso. Por supuesto, no importaba cuán dolorosos fueran los días venideros, todo era parte del propósito divino.

Después de la ascensión de Cristo, Pedro vería todo esto con claridad. Mientras dirigía una reunión de oración después de haber sido encarcelado y golpeado, Pedro afirmó que varios grupos habían cooperado crucificando a Cristo, ...*Para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera* (Hch. 4:28). ¡No era necesario adivinar! ¡La voluntad de Dios había sido hecha!

Pedro no podía ver cómo la cruz era parte del plan de Dios, y por eso se opuso cuando Cristo dio detalles de su inminente muerte. ¡El hombre que adoraba a Cristo se encontró recriminándole!

La perspectiva de Pedro

Pedro pensó que debía usar su recién hallado honor para reprender a su Maestro, porque encontró la afirmación de Cristo muy sorprendente. A pesar de toda la profundidad espiritual que tenía, simplemente no podía comprender por qué Cristo, su Mesías, tenía que someterse a tal humillación. ¿Por qué tendría que morir? Y aun si tenía que morir, ¿por qué en esa forma tan vergonzosa?

Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a re-

convenirle, diciendo: 'Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca' (Mt. 16:22). Para no amonestar públicamente a su Maestro, Pedro lo llamó en privado y le dijo que esta predicción era sencillamente inaceptable. Amaba profundamente al Señor y tenía en mente su mejor deseo para El. La idea de ver a su Maestro sufrir tal clase de muerte era simplemente demasiado.

Con frecuencia, nuestros amigos nos dan consejos bienintencionados, pero ino bíblicos, y a la vez dañinos! Algunas veces hemos sido motivados a racionalizar nuestra desobediencia, escuchando a quienes nos aman, pero que carecen de sabiduría. Tal vez hemos quebrantado promesas, tolerado un pecado secreto, o dicho una mentira, debido a que obedecer era demasiado doloroso. Los amigos, que no quieren vernos sufrir, nos han motivado a evitar el doloroso deber que está en el camino, delante de nosotros.

El razonamiento de Pedro es comprensible; parecía demasiado inapropiado que el Hijo de Dios fuera tan horriblemente humillado. ¿Cómo podía un Cristo divino morir? Si era el Hijo de Dios, Rey, y Mesías, ¿cómo podía ser elevado en una vergonzosa cruz de madera, y sufrir como una víctima indefensa? Para explicarlo en términos lógicos, Pedro tuvo que haber pensado: "Si A es cierto, B no". Obviamente no hay nada errado con la lógica humana si las premisas están correctas, pero Pedro estaba suponiendo imás allá de su experiencia! ¿Por qué estaba tan seguro de que un Mesías no podía morir? o, más exactamente, ¿qué le hizo estar tan seguro de que el Mesías *no debía* morir?

Nos quedamos perplejos ante este encuentro. Pedro, el que amaba supremamente a Jesús, ise convierte en el mismo que se para en el camino de la obediencia de Cristo! Pedro, en cuyo corazón fluía el amor por su Maestro, iahora es un instrumento de Satanás!

La sugerencia de Pedro golpeó el corazón del pacto eterno de Dios. La cruz había sido predeterminada como el instrumento del cual dependía el propósito de Dios para la humanidad. Sin ella no podía haber remisión de pecados, ni redención. Y ahora Pedro estaba parado entre Jesús y la cruz!

Claramente, no cayó en cuenta de que al motivar a Cristo a cancelar la Pascua, *estaba haciendo imposible su propia salvación!* Si Cristo hubiera aceptado la sugerencia de Pedro, tanto él como todos nosotros, estaríamos perdidos para siempre. Porque allí, afuera de los muros de Jerusalén, Cristo pendería desnudo llevando los pecados de todos aquellos que creyesen. Sin la cruz, no podría haber corona.

Pedro reprochó al Maestro, pero a su vez fue reprendido, puesto que Él le dijo que su sugerencia era satánica! La mejor de las motivaciones no puede sustituir nuestra obediencia a la voluntad de Dios, aun cuando ese plan incluya el sufrimiento.

La perspectiva del Padre

¿En qué parte de su pensamiento había errado Pedro? ¿Por qué demostró ser tan falible? Cristo establece el registro directamente: *¡Quitate de delante de mí, Satanás!, me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres* (Mt 16:23). Pedro, la roca, había llegado a ser una piedra con la cual ¡Cristo era tentado a tropezar! Sin saberlo, le había tendido una trampa satánica! En lugar de actuar como su discípulo, se había convertido en un instrumento del diablo! El hombre que hablaba tan elocuentemente bajo la inspiración del Espíritu de Luz, ¡ahora estaba hablando bajo la exigencia del espíritu de la oscuridad! ¡El que había tenido una revelación del cielo, ahora tenía una revelación del infierno!

Observemos que Cristo reprendió a Satanás, no a

Pedro. El no dijo: "¡Pedro, apártate de mí!" Tal repreensión hubiese hecho que Pedro se apartara de la presencia de Cristo devastado permanentemente. El vio que Pedro estaba siendo utilizado por el diablo, y tenía que exponer el origen de la sugerencia. Gracias a Dios, aunque Pedro también tenía responsabilidad, no será condenado junto con el diablo.

Cristo tampoco quiso afirmar que Pedro estaba poseído por Satanás. El quiso decir que la supuesta sabiduría de Pedro y el plan satánico, habían coincidido. De una forma increíble, el diablo ¡ya le había dado el mismo consejo a Cristo! Allá, sobre un monte muy alto, el tentador le había dicho al Hijo de Dios: *Todo esto te daré, si postrado me adorares* (Mt. 4:9). Satanás le aseguró a Cristo que podía obtener los reinos del mundo sin tener que morir. Y ahora la voz, del apóstol de Cristo sonaba igual. *La voz del odio y la del amor mal orientado, se habían unido.*

Ciertamente Satanás es capaz de poner en la mente algunas ideas que creemos son nuestras. Así es que, mediante la decepción, aquél que acababa de ser declarado roca, ahora se convertía en una piedra de tropiezo. Quien debía ayudar a Cristo edificando su Iglesia, ahora estaba parado en el camino del plan maestro ordenado por Dios.

¿Cómo sucedió? Cristo explicó la razón: *...no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres* (Mt. 16:23). No debemos sorprendernos de que Pedro haya hablado confabulado con un espíritu impío. Nosotros también tenemos ese tipo de ambigüedad, una mezcla entre el bien y el mal. Podemos regocijarnos en Cristo durante un culto, y momentos después ser malos, llenos de ira y veneno. La misma boca que interpreta las canciones de Sion, puede ser usada para chismosear, degradar y negar a Cristo.

Santiago se asombraba de lo engañosa que puede

ser la lengua: *...pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así (Stg. 3:8-10). Aunque en la naturaleza, la misma fuente no envía de manera simultánea agua dulce y amarga, Santiago enfatiza que la lengua tiene esa increíble capacidad.*

Jesús confrontó la sugerencia de su amado discípulo, justo como lo había hecho con las palabras de Satanás cuando fue tentado en el desierto. Ya sea que la tentación venga de la boca de un demonio airado, o de la de un discípulo amado, el resultado es el mismo. En ambas manifestaciones la única respuesta apropiada es: *¡Apártate de mí!* La desobediencia no puede sustituir a la obediencia, aun cuando ésta sea realizada con las más altas motivaciones.

Nuestra perspectiva

El deseo de Pedro por evitar la cruz, tenía la intención de salvar a Cristo de una muerte vergonzosa. De ninguna manera fue él el último en minimizar la cruz. Pues nuestra sociedad, y aun nuestras iglesias evangélicas también lo hacen en formas que son más sutiles, e igual de devastadoras.

¿Cómo podemos menospreciar la cruz? (1) Creyendo que debemos cumplir con alguna penitencia antes de llegar a la cruz para ser perdonados. Con frecuencia, las personas creen que la culpabilidad es necesaria, porque no merecemos recibir el perdón de Cristo. El propósito de la culpabilidad es guiarnos a la cruz. Pero una vez que hemos estado allí, la culpabilidad no es uno de los métodos con los cuales Dios disciplina a su pueblo. A menudo perdemos de vista lo maravilloso de la cruz, y

sufrimos nuestra culpabilidad, olvidándonos de que el pecado que nos agobia iya ha sido perdonado!

(2) Podemos minimizar la cruz pensando que hemos cometido un pecado demasiado grande como para que Dios lo perdone. Recientemente, recibí la carta de un hombre quien había violado a varias mujeres. En la prisión había aceptado a Cristo como su Salvador. Aunque mentalmente sabía que su pecado estaba perdonado, con frecuencia sus emociones no le permitían disfrutar el perdón. El recuerda con dolor que su salvación no ha cambiado las horribles consecuencias en las vidas de sus víctimas. ¿Puede una persona en esa condición ser perdonada? La respuesta es *isí!* ¡Nunca minimicemos la cruz sugiriendo que algunos pecados son imperdonables! (3) Podemos menospreciar la cruz pensando que es irrelevante para la victoria cristiana. Jesús continuó diciendo a sus discípulos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame* (Mt. 16:24). El también enseñó: *De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto* (Jn. 12:24).

Tomar nuestra cruz no significa que vivamos mal de salud, con un cónyuge irritable, u otra calamidad. Esas clases de cruces son comunes para todas las personas en el mundo. Cargar nuestra cruz por Cristo, significa renunciar a la voluntad personal; que le entregamos nuestros intentos por ser el centro de nuestra propia vida. Cargar nuestra cruz implica, que nos sometemos humildemente a la supremacía de Cristo. Tenemos que estar dispuestos a identificarnos con El aun a un costo personal muy alto. (4) Finalmente, la cruz puede ser anulada por quienes piensan que hay otros caminos de salvación. Con frecuencia, le comparto a la gente las Buenas Nuevas. De vez en cuando me encuentro con aquellos que honestamente me dicen: ¡No necesito a Jesús! Ellos no ven ningún motivo por el cual deban ser salvos de la ira venidera.

Como hemos aprendido, superficialmente el cristianismo es igual a las otras religiones. Varias religiones le ofrecen sangre a Dios por el pecado; en el cristianismo *¡Dios provee la sangre!* Y la sangre de la cruz es la sangre que El acepta. Todos los demás intentos de alcanzar a Dios disminuyen la maravilla, la belleza de la cruz, pues en ella entregó su vida quien es el único camino al Padre.

Tal vez has escuchado la historia acerca de un hombre que operaba el puente levadizo para un tren. Un día, a medida que el tren se acercaba, comenzó a bajar el puente para que estuviera completamente horizontal en el momento en que cruzara. Pero cuando el puente comenzó su descenso, el operario se dio cuenta de que su hijo estaba enredado en el engranaje, e instantáneamente tuvo que escoger entre salvar a los pasajeros o salvar a su hijo, lo cual significaba que el tren se saliera de los rieles, y cientos de personas murieran. Con angustia inexpressable lo continuó bajando, mientras trituraba a su hijo bajo el peso del puente. Aquel día cuando el tren pasó a alta velocidad sobre el puente, la gente saludó al operador sin saber icuánto le debía!

Hoy, la gente va feliz por su camino, olvidando cuánto le debe a Dios! No recuerda que su Hijo fue sacrificado para que nosotros pudiéramos vivir. *Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gá. 6:14).*

Aunque Cristo habló a Pedro y a Satanás como si fueran uno, ellos recibieron un tratamiento por separado. Finalmente, Pedro giró y estuvo parado delante de Cristo, mientras que Satanás huía a sus espaldas. Pedro pudo permanecer firme delante de su Señor, una vez más, haciendo honor a su nombre. Esta fuerte reprensión lo rescató de la trampa del diablo. El afilado cincel había expuesto la falacia de confiar en la sabiduría

humana. La gracia y el juicio se unieron en la mano firme del Escultor divino.

En un día, Pedro fue moldeado por una maravillosa afirmación y una promesa..., pero también por un agudo llamado de atención. Los dos elementos eran necesarios para cincelar una piedra áspera, para que llegara a ser un hombre de Dios.

Con Pedro debemos aprender que la cruz precede a la corona.

7

Uno con el soberano Maestro

(Lee Mateo 17:24-27)

El temor a la pobreza ha plagado todas las generaciones. Unos pocos escogidos nacen en abundancia o tienen la buena fortuna de acumular riquezas considerables, pero el resto de la humanidad vive sospechando que finalmente será abandonada a la condición de aguantar hambre y vivir sin techo. Aun los cristianos se preguntaban si se puede confiar en Dios para satisfacer sus necesidades.

Los discípulos de Cristo también tenían sus dudas. Al recibir la orden, abandonaron su vocación para seguir los pasos del Maestro, alrededor del territorio israelita. Algunos de sus familiares y amigos debieron haber pensado que tal grado de dedicación a Cristo era una locura. ¿Por qué habría de dejar alguien el trabajo que tenía un ingreso promisorio, para vivir al lado de un hombre que tenía poca ropa, no tenía hogar y virtualmente ningún medio económico visible de ganarse la vida?

Una y otra vez, los discípulos tenían que aprender

una importante lección: *Cuando Dios llama, El provee. Su responsabilidad era seguirle; la de Cristo proveer.*

Los misioneros no son los únicos que estudian en la escuela de la fe. La mayoría de nosotros ha sido ubicado en circunstancias estratégicas, durante las cuales se nos fuerza a creerle a Dios. La fe, por lo general, no puede ser desarrollada en un ambiente de comodidad; ella sólo puede florecer en medio de las dificultades. La fe crece únicamente cuando se requiere de una gran fe. Lamentablemente, sólo creen quienes están desesperados.

Satanás dice: "Sígueme y serás rico". Cristo no promete dar riquezas en esta vida, pero nos asegura la gloria del mundo venidero. Cualquier cosa que dejemos, para seguirle nos será recompensada 100 veces más. El sencillamente no será superado.

Pedro tuvo que aprender esta lección muchas veces. Para ser un hombre de fe, tuvo que extraer del pozo de la experiencia. Sus calificaciones, como futuro líder, dependían de la reserva de pruebas personales que le darían credibilidad. Así que el Escultor divino continuaría moldeando la forma sobresaliente de este importante líder.

Aquí tenemos uno de los milagros más interesantes realizados por Cristo. Aunque nos enseña del cuidado que tuvo por sus discípulos, también es una lección acerca de la responsabilidad, y la participación divina. Y como de costumbre, Pedro está en medio de todo.

He aquí la intrigante historia:

Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? El dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para

no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti (Mt. 17:24-27).

Se dice que nada es tan seguro como la muerte y los impuestos. Aun el Señor fue abordado por quienes le cobraban los impuestos al pueblo. Este no era un impuesto civil, sino religioso, que empleaban para pagar los ministerios permanentes del templo. Este impuesto había sido introducido en Exodo 30:13 donde dice: *Esto dará todo aquel que sea contado; medio siclo, conforme al siclo del santuario. El siclo es de veinte geras. La mitad de un siclo será la ofrenda a Jehová.* Los servicios del templo requerían una gran cantidad de dinero. Los Sacrificios, el incienso y el mantenimiento del edificio conformaban una empresa costosa. Aunque el impuesto era voluntario, lo pagaban quienes se sentían en la obligación de ayudar para continuar con las ceremonias religiosas prescritas.

¿Cuánto era la mitad de un siclo? Si pensamos en el siclo como en un dólar, podemos calcular que el dracma es como en una moneda de 25 centavos (es decir, cuatro dracmas equivalen a un siclo). Ya que, aproximadamente, el dracma equivalía al jornal de un día, el trabajador promedio tendría que trabajar cuatro días para ganarse un siclo y, por supuesto, medio siclo serían dos dracmas, equivalente a dos días de trabajo.

Un recaudador de impuestos visitó la ciudad de Carpenaum, con el objetivo de cubrir el área confrontando a los hombres, urgiéndoles a que pagaran el impuesto. Este encontró a Pedro fuera de la casa (probablemente la casa de Pedro en la ciudad), y le preguntó: "Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?" La pregunta fue hecha de una forma hábil, haciendo parecer que no sería razonable la evasión de esa obligación por parte de un Maestro.

Pedro no entró a la casa para consultarle a Cristo. El

respondió con un "Sí". Luego ingresó a la casa, pero antes de que pudiera abrir la boca, Cristo (quien sabía lo que se había hablado afuera) habló primero, diciéndole: ...*¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos?* (Mt. 17:25).

Pedro respondió correctamente: *De los extraños*, razón por la cual Cristo estuvo de acuerdo en que eso significaba que El, el Hijo del Dios Altísimo, no tenía la obligación de pagar los impuestos. Pero después añadió: *Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero* (un siclo); *tómallo, y dáselo por mí y por ti* (Mt. 17:27).

No todo el mundo cree que esta historia debe ser interpretada literalmente. William Barclay piensa que sería inmoral que Cristo auspiciara la pereza supliendo el dinero de una forma milagrosa. El sostiene que Cristo, de hecho, le estaba diciendo: "Sí, Pedro, tienes razón. Nosotros también debemos pagar las deudas justamente de acuerdo a la ley. Bueno, tú sabes como hacerlo. Regresa a pescar por hoy, así iobtendrás en las bocas de los peces el suficiente dinero para pagar los impuestos! Un día de pesca pronto producirá todo lo que necesitamos" (*El evangelio de Mateo*, Vol. 2, Edinburgh: St. Andrew's Press, 1957, Pág. 190).

Dios, por lo general, suple el dinero a través del trabajo duro, en lugar de utilizar circunstancias milagrosas como la de encontrar una moneda en un lugar poco común. Es verdad, si Pedro hubiera regresado a pescar durante un día, hubiera ganado el dinero suficiente para pagar el impuesto, pero el texto es bien claro: Cristo le dijo a Pedro que en el primer pez que cogiera, al abrirle la boca, encontraría un siclo, es decir, justo lo suficiente para pagar los impuestos de los dos. Tal vez Cristo no estaba enseñando pereza, y por el contrario instruyó a

Pedro (al igual que a nosotros), algo acerca de sí mismo y su cuidado para quienes le siguen.

¿Qué nos enseña esta historia acerca de Jesús?

El conocimiento soberano de Cristo

Cristo controlaba totalmente la situación. Como expliqué anteriormente, El estaba dentro de la casa cuando la conversación entre el recaudador de impuestos y Pedro tuvo lugar afuera. Y sin embargo, leemos que cuando Pedro entró en la casa, *Jesús le habló primero*. El interrogante de Cristo comprobó que El tenía pleno conocimiento del intercambio verbal sostenido afuera.

Isaías escribió: *Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído* (Is. 65:24). Cristo tiene sus ojos fijos en nosotros. El Señor conoce por completo las conversaciones que se susurran a nuestras espaldas; los pensamientos que nunca se traducen en palabras, y el dolor de las relaciones que se romperán en el futuro.

En su escritorio, un profesor universitario estaba corrigiendo los exámenes que su numerosa clase le acababa de entregar. Miró por encima del alto arrume de papeles justo cuando el último alumno se acercaba con el examen en la mano. Este había sobrepasado en 15 minutos el tiempo límite, así que el profesor movió la mano rechazando el examen. El estudiante reaccionó y le preguntó: “¿Sabe quién soy?” El profesor respondió: “No, ¿cómo esperas que yo conozca todos los nombres de 115 estudiantes en esta clase?” Inmediatamente el estudiante imetió su examen en la mitad del gran arrume!

Aunque es posible sacar ventaja del conocimiento limitado de un profesor, Jesús sabe quiénes somos. El conoce lo que estamos tratando de esconder, y lo que otros procuran ocultarnos. Su conocimiento abarca el universo. Los científicos nos enseñan que los elementos

básicos empleados para hacer las estrellas, son también los bloques con los cuales fueron construidos nuestros cuerpos. Esto es comprensible debido a que tuvieron el mismo Creador. En una sola frase David habla del universo físico y de la experiencia humana como parte de la inequívoca providencia de Dios. En el Salmo 147:3-5, leemos: *El sana a los quebrantados de corazón, y vendar sus heridas. El cuenta el número de las estrellas; a todas ellas llama por sus nombres. Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito.* Como el Señor cuenta las estrellas, también cuenta nuestros cabellos. ¡Verdaderamente su entendimiento es infinito!

¿Le estás dando consuelo a un niño que se pregunta, cómo será la vida mañana? Anímate porque Cristo también fue un niño. ¿Eres adolescente? Cristo también lo fue, y comprende plenamente las tentaciones y los retos que la juventud enfrenta. El vivió en un estado represivo, mintieron acerca de El, fue calumniado y escupido. Cuando tú y yo enfrentemos la muerte, podemos estar seguros de que nuestro Señor ya pasó detrás de esa cortina, y la ha hecho segura para nosotros. El conoce todas las cosas, tanto las reales como las probables.

Jesús vio la moneda en lo profundo del mar, pero también los pensamientos escondidos en lo profundo de nuestros corazones. Todas las cosas están presentes delante de El. Cualquiera que sea tu circunstancia, *Jesús sabe.*

El reinado soberano de Cristo

Quando se le preguntó a Pedro si su Maestro pagaba los impuestos del templo, él respondió, "Sí". Pero observaba cuidadosamente el seguimiento que hizo Cristo, cuando preguntó: *Los reyes de la tierra, ¿de quiénes*

cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? (Mt. 17:25).

La respuesta, por supuesto, es que los reyes no pagan impuestos. Los impuestos sólo son cancelados por los súbditos del reino. Ningún rey pensaría en imponer un impuesto a su propia familia. Ningún hijo sería obligado a pagar un impuesto en la casa de su padre.

Cristo no estaba bajo ninguna obligación de pagar el impuesto, porque El es el Señor de la tierra y del universo. ¿Por qué debía pagar el impuesto del templo si El es el Señor del templo? El es el dueño de todos los ciclos en el universo, y además, no le debe ni una sola dracma a ninguno de sus súbditos.

Nunca olvidemos que Dios es el dueño del mundo y, específicamente de nosotros. Le pertenecemos porque nos creó, pero también porque nos redimió. *¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios (1 Co. 6:19-20).*

Dios es el dueño de todos nosotros y de todas las posesiones que tan celosamente guardamos. Reconocerle como el dueño, es renunciar a nuestra mezquina insistencia de que somos los dueños de lo que El nos ha dado. Debemos tomar las escrituras de propiedad y transferirlas a sus manos soberanas.

Entonces, ¿por qué pagó Cristo el impuesto? El dijo que lo haría para no ocasionar "ofensas". La palabra griega es *Skandalon*, y puede ser traducida "piedra de tropiezo". Aunque Cristo no tenía que pagar el impuesto, lo hizo con el fin de no promover una excusa para que le criticaran. El quería que Pedro y sus discípulos aprendieran que debemos pagar nuestra parte de los impuestos y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para

cumplir con el deber, incluso el que se entrega para apoyar los servicios del templo.

Aunque Jesús es el dueño de todo, y nada debe, dio para que nosotros podamos ver su gracia.

El poder soberano de Cristo

En el relato de la creación, Dios le dio al hombre dominio sobre las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar. Vemos su autoridad sobre las bestias del campo cuando montó sobre un pollino para bajar del Monte de los Olivos. Aquel animal fue controlado por quien lo montaba.

Cristo también controló las aves y los gallos. La noche cuando Pedro traicionó al Señor, todos los gallos fueron silenciados hasta que él lo negó tres veces, y entonces a un gallo se le permitió cantar. Hay muchas historias que ilustran el control de Cristo sobre los peces. Ya hemos anotado que El realizó un milagro cuando le pidió a Pedro que “lanzara la red en la parte más profunda”. Según Juan 21, allí ocurrió un milagro similar, cuando 153 peces fueron cogidos ante la orden de Cristo.

Aquí, nuevamente se nos muestra que Cristo es el Señor de las experiencias comunes de la vida. Observemos cómo el Maestro controló tres eventos que tenían que coincidir para que este milagro ocurriera.

Primero: *El hizo que alguien perdiera una moneda*, justo un estatero (siclo) la cantidad exacta que El y Pedro necesitarían para pagar el impuesto. No sabemos quién la perdió. ¿Fue acaso un niño? ¿Se cayó desde el borde de una barca? ¿Se salió del bolsillo de alguien en la playa? Lo cierto es que de una u otra forma, bajo el control del Señor, apareció allí porque El tenía la intención de usarla para sus propósitos particulares. En este caso, Pedro ganó con la pérdida que alguien sufrió.

Segundo: *El dirigió el pez hacia la moneda.* Para el pez, el objeto brillante pareció ser una deliciosa cena. No sabemos si esta criatura del mar cogió el objeto cuando se estaba hundiendo en el agua, o si éste ya estaba reposando en el fondo del lago. Sin importar cómo haya sido, cuando el pez se lanzó hacia el anhelado bocado, éste se le trabó en la boca. Aquel pez desconocía que transportaba un encargo para Cristo.

Tercero: *El Señor dirigió el pez hacia el anzuelo de Pedro.* Aunque el mar estaba lleno con miles de peces, el texto nos dice que Pedro debía abrirle la boca al primero que cogiera, pues ese tendría la valiosa posesión. Lograr coordinar los tres episodios a la vez, produjo varios eventos que fueron dirigidos por una precisión que sólo el Rey de reyes y Señor de señores era capaz de lograr.

Imaginemos a Pedro yendo al mar de Galilea y lanzando su anzuelo. Tal vez había jóvenes rodeándolo y haciéndole preguntas. Pedro explicaría: "¡Sólo mira! El primer pez que yo saque tendrá un estatero en su boca!" Por supuesto que los muchachos no creyeron hasta que el pez fue capturado. Pedro le abrió la boca y ¡allí estaba la moneda prometida!

Cada vez que Pedro pescaba obedeciendo a Cristo, cogía algo. El fue al mismo lago de antes, usó el mismo equipo, y tuvo la misma esperanza..., pero todo había cambiado. Aun la pesca había adquirido un significado diferente si era realizada para Cristo. Toda la naturaleza responde al "impulso divino".

Finalmente: *Cristo también es soberano sobre sus seguidores.* El le dijo a Pedro qué hacer, y esperaba obediencia. Si El es Rey, nosotros somos sus siervos. Si El es nuestro Maestro, nosotros somos sus discípulos. Y si habláramos por El (como lo hizo Pedro con el recolector de impuestos) más nos vale conocer su mente. Ya que El no está presente físicamente en la tierra, podemos

representarle adecuadamente sólo cuando pasamos tiempo escudriñando su Palabra en el Nuevo Testamento. *Si vosotros permanecieréis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos...* (Jn. 8:31).

Cristo no es un déspota frío que nos gobierna con mano de hierro, y lejos está de ser así, porque le dijo a sus discípulos: *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer* (Jn. 15:14-15). Esta amistad produce una alianza.

Lee nuevamente las palabras de Cristo a Pedro: *...tómalo ...y, dáselo por mí y por ti* (Mt. 17:27). No se necesitaban dos peces, uno para Pedro y otro para Cristo. Este tenía una moneda que simbolizaba la alianza entre Cristo y Pedro, mediante la cual juntos cumplían con su obligación. Pedro no sería abandonado, si se entregaba totalmente a Dios.

Por lo menos tres personas se beneficiaron con este milagro. Primero, el recolector de impuestos quedó satisfecho, porque el trabajo del templo se adelantó y fueron motivados a continuar con los sacrificios, tal como eran ofrecidos en ese tiempo.

Segundo, Cristo, porque le dijo a Pedro que la moneda era entregada *"por mí y por ti"*. El es glorificado por la provisión especial que hace para su pueblo, y cuando no está involucrado supliendo nuestras necesidades, pierde gloria.

Parafraseando a F. B. Meyer, vemos a Cristo en el desierto luchando con Satanás, sobreviviendo ante un ayuno de cuarenta días, y le podemos oír diciendo: *"Esto es por mí y por ti"*. Lo seguimos a Getsemaní y hasta la cruz donde se retorció de dolor, y le escuchamos decir: *"Esto es por mí y por ti"*. Lo vemos levantándose de la tumba y ascendiendo al cielo, y le escuchamos decir:

“Esto es por ti y por mí”. Algún día reinaremos con El para siempre, y le escucharemos decir: “Esto es por mí y por ti”. Aunque El es el Hijo de Dios, también es nuestro socio, y hermano.

Finalmente, Pedro se benefició. Dios se deleitó aumentando la fe de Pedro, y purificando su adoración y amor. Este fue otro toque de gracia en el proceso de moldear a un hombre de Dios. Pedro debía aprender, como todos nosotros, que nuestra necesidad más grande no es financiera, tener buenas relaciones interpersonales, y ni siquiera poseer buena salud. Nuestra necesidad principal es de fe, es decir, tener la habilidad de confiar en Cristo para que supla cada una de nuestras necesidades. Nuestra mayor necesidad es la de comprender la alianza única y particular que tenemos con El como nuestro Señor y hermano, y que es quien nos cuida a cada paso en el camino.

Años más tarde, Pedro comprendió esa lección mucho mejor y escribió: *Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros* (1 P. 5:6-7).

El Cristo que coordinó los elementos del milagro para pagar los impuestos, es el mismo que hoy dirige nuestros pasos. Lo único que necesitamos hacer es vivir con una actitud de sumisión y fe, para hallar que nuestra sociedad con El es lo suficientemente fuerte ayudándonos a resistir los contratiempos de la vida.

Cuando Pedro abandonó su empresa pesquera, y se hizo socio en la industria pesquera de Cristo, no tenía idea de que vería tal despliegue de poder divino. No sólo tendría la oportunidad de compartir el corazón del Maestro, también la moneda del Maestro.

Y algún día cuando veamos a Jesús, todos le escucharemos decir: “Esto fue por mí y por ti”.

8

El toque humilde del Maestro

(Lee Juan 13:1-20)

El mundo es un lugar sucio, espiritualmente hablando. Las películas que vemos en televisión, la deshonestidad prevalente en los negocios y un general abandono de los valores morales, se constituyen en influencias que presionan a muchos creyentes a comprometer sus convicciones. Las tentaciones que enfrenta la generación más joven son, históricamente en su totalidad, inigualables.

Pero el verdadero enemigo no está afuera, está adentro. Nacemos con una naturaleza que tiende hacia los intereses carnales. Los deseos oscuros internos, sólo son muy receptivos a los estímulos externos. Y aun entre nosotros quienes estamos comprometidos con una vida de pureza, encontramos que cada centímetro de progreso es una competencia.

¿Cómo podemos vivir limpiamente? En 1986, un pirómano entró a la Iglesia Moody de Chicago, y se robó algunos elementos de mi oficina, decidiendo luego in-

cendiar el órgano, el piano, el púlpito y varias sillas de roble.

El daño que el humo le hizo al templo fue extenso, y limpiar el edificio nos tomó miles de horas. No importaba con qué frecuencia limpiábamos las sillas del auditorio, los libros y los escritorios de las oficinas, pues aun podíamos encontrar cenizas ocultas en las rendijas de una silla, o en la gaveta de un escritorio.

Increíble, las acciones de un hombre que tal vez le tomaron 10 minutos, ensuciaron unas cuatro mil sillas del auditorio, los himnarios, los pasillos y los salones de la escuela dominical, por no mencionar las oficinas. Aunque el pirómano fue arrestado, y pasó algún tiempo en la cárcel, las consecuencias de su delito no disminuyeron.

De igual manera ocurrió con Adán y Eva, un sólo acto de desobediencia hizo que la suciedad del pecado cayera sobre cada corazón humano. A través de los siglos, el hombre ha intentado limpiarse por sí mismo, pero aunque lo intentemos cuantas veces lo deseemos no podremos borrar las manchas. El hollín del pecado se ha fijado en el espíritu humano, un lugar que no puede ser alcanzado por los detergentes populares.

De nuestros corazones debe ser desarraigado uno de los pecados más comunes, el orgullo. Esa sutil actitud que nos hace creer que somos mejores que otros. El orgullo hace que tengamos una vida de oración casual, porque creemos que necesitamos a Dios sólo durante las emergencias. Aún después de aceptar a Cristo como Salvador, el orgullo nos puede mantener lejos de ser verdaderos siervos.

Una tarde, ya bastante avanzada, los discípulos estaban debatiendo sobre la pregunta: *¿Quién es el mayor en el Reino de los cielos?* (Mt. 18:1). Ellos esperaban que Cristo estableciera su reino, razón por la cual se preguntaban, *¿quién podrá ser el primer ministro? ¿Quién*

servirá como secretario de estado? Esa misma noche, Cristo tenía en su itinerario celebrar la última cena con ellos. En ese ambiente, El les dio una lección poderosa acerca de la humildad y la limpieza espiritual.

Como podríamos esperarlo, Pedro estaba involucrado en ese discurso altamente necesario. Cristo utilizó sus reacciones y preguntas para enseñar algunas lecciones que todos nosotros necesitamos aprender. Una vez más, el Escultor divino cinceló un poquito más aquellas actitudes carnales en el carácter de Pedro. También comprobó su habilidad para limpiarle de cualquier mancha impura que se escondiera en su corazón y conciencia.

En aquellos días la gente usaba sandalias abiertas o de amarrar, y los pies se ensuciaban mucho a medida que andaban por caminos polvorientos. Se esperaba que los siervos le lavaran los pies a los huéspedes para hacerles sentir cómodos, al igual que bienvenidos. Jesús le había pedido a sus discípulos que prepararan el aposento alto, para comer con ellos la cena de la Pascua. Cuando los 13 hombres llegaron, no había ningún siervo disponible. Los discípulos se miraron unos a otros, preguntándose quién se inclinaría para lavar sus pies. Jesús los sorprendió: *...se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ceñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido (Jn. 13:4-5).*

Consideremos las tres lecciones que Cristo le enseñó a Pedro y a los demás discípulos. Lecciones que todos debemos aprender.

Lección sobre la servidumbre

Los discípulos debieron haber quedado sorprendidos y avergonzados. ¡El Hijo de Dios estaba ceñido con una toalla, y se inclinaba para lavar los pies de cada discípulo! ¡Cómo podía El rebajarse tanto! ¡El Creador

les estaba lavando los pies a sus criaturas! Increíble, Dios se encontraba arrodillado.

De hecho, aquellas manos crearon el universo, El pronunció la palabra para que existiera, y ahora ellas estaban lavando pies sucios. Lógico, Cristo se sentía seguro viviendo con el pleno conocimiento de que no necesitaba mantener la esperada postura de un rey. El podía humillarse a sí mismo porque las expectativas de otros no eran importantes. Su seguridad personal interna, era la fuente de esa paz permanente que controlaba cada uno de sus movimientos, y su fortaleza.

La frase clave de esta historia está en Juan 13:3: *...sabiendo Jesús*. La confianza de Cristo estaba tan profundamente arraigada, que bien podía descender a una posición baja sin que su dignidad se viera amenazada. ¿Qué sabía El, específicamente, que le permitía creer que lavar unos pies sucios no estaba por debajo de su dignidad?

Primero: *El conocía su misión*. Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn. 13:1). En esta hora se reunirían la oscuridad de Getsemaní y el horror de la cruz. Sin embargo, esta era precisamente la razón por la cual Cristo había venido al mundo; la voluntad de Dios se estaba cumpliendo.

Segundo: *El conocía sus recursos*. *...sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos...* (Jn. 13:3). Sí, aun los planes sutiles de Judas, realizados bajo la instigación de Satanás, estaban plenamente bajo el control de Cristo. Esto le daba a El la confianza de que su propio futuro no estaba en manos del azar, sino en la seguridad de la voluntad de Dios.

Tercero: *El conocía su origen*. *...sabiendo... que había salido de Dios...* (Jn. 13:3). El recordaba las glorias del cielo, el compañerismo con el Padre y el plan de que

vendría a redimir una parte de la raza humana. El estaba seguro de su misión celestial.

Finalmente: *El sabía su destino. ...y a Dios iba...* (Jn. 13:3). Entre el punto de su origen terrenal y el de su destino final, yacía la agonía de Getsemaní y el horror de la cruz. Sin embargo, porque El sabía cómo terminaría todo, podía enfrentar esa prueba confiando: *...el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios* (He. 12:2).

Con un sentido tan claro sobre su misión, Cristo era capaz de tomar cualquier lugar bajo, en medio de sus discípulos. Lo que hacía no era tan importante para El, como para quien lo hacía. Aun una tarea ordinaria llega a ser extraordinaria si es hecha con la motivación correcta.

Hoy, muchas personas buscan un trabajo que puedan amar, y es maravilloso cuando lo encuentran; pero millones nunca lo hallarán y sin embargo, experimentarán satisfacción. Pablo enseñaba que aun los esclavos tenían el honor de trabajar para Dios en lugar de hacerlo para los hombres, si miraban su condición desde la perspectiva divina (Ef. 6:5-8). Podemos buscar una vocación acorde con nuestra capacitación, aptitudes y dignidad. A veces los candidatos son rechazados porque tienen demasiada educación o experiencia, ya que les será difícil estar satisfechos con una responsabilidad menor.

¡Nunca alguien tan sobrecalificado como Cristo, el Hijo de Dios, ha estado lavando los pies de sus discípulos! Aquel que era más alto que los cielos había descendido mucho más que un esclavo. No es de sorprenderse que, con frecuencia empleara a un niño para enseñar el significado de la verdadera grandeza.

Lección acerca de la sumisión

Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo (Jn. 13:6-8).

Una lectura superficial de este intercambio puede conducirnos a concluir que la afirmación de Pedro reflejaba humildad. Sin embargo, lo opuesto es más probable. De una manera sutil e imperceptible, su falta de disposición a dejar que Cristo le lavara los pies era una forma de orgullo.

Primero que todo, Pedro se sentía incómodo porque sabía que Cristo estaba haciendo lo que él (Pedro) debía hacer. No es fácil que alguien te lave los pies, especialmente si está por encima de ti en el orden de autoridad. Algunos cristianos creen que el lavamiento de los pies es una ordenanza para la Iglesia, y lo practican varias veces al año. Los hombres les lavan los pies a los hombres, y las mujeres a las mujeres. Pero, ¿qué hacen ellos antes de asistir a esa ceremonia en la iglesia? Correcto, adivinaste. ¡Todos se lavan los pies! Por naturaleza, no queremos que alguien nos lave los pies, y sin embargo, ahí estaba el Dios del universo arrodillado haciendo justamente eso. Pedro estaba avergonzado puesto que el recibir un regalo de servicio nos recuerda la necesidad personal de servir. En el proceso es herido nuestro orgullo.

Segundo: Pedro, por estar en desacuerdo con Cristo, realmente estaba idemostrando su orgullo! Después de todo, si el Hijo de Dios deseaba lavarle los pies, ¿quién era él para contradecirle? Tres veces los evangelios registran que Pedro estuvo en desacuerdo con su Maestro. Recordemos que cuando Cristo les explicó que iría a la cruz, Pedro le reprendió: *¡En ninguna manera esto*

te acontezca! (Mt. 16:22). Como ya hicimos la observación, si Cristo hubiera oído el consejo de Pedro, el propio apóstol se habría perdido para siempre.

Aquí también Pedro estuvo en desacuerdo insistiendo en que Cristo no le lavara los pies. Y más tarde, esa misma noche, Pedro sacó su espada y le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote. (Probablemente tenía la intención de matarlo, pero falló). Cristo respondió: *Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?* (Jn. 18:11).

Sentirnos incómodos a la hora de recibir los regalos de Cristo, realmente es orgullo, aunque parezca humildad. El orgullo también dice: "He pecado demasiado como para que Dios me perdone". Aunque Dios nos dice que la muerte de Cristo fue un sacrificio completo por el pecado, creemos saber más que Él. Bajo el disfraz de la humildad, algunas personas creen haber encontrado un pecado que no puede ser cubierto por la obra de la cruz. ¿Realmente sabemos más que Dios?

Cristo le respondió a Pedro: *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo* (Jn. 13:8). En esta historia, hay mucho más de lo que a primera vista captan nuestros ojos. Cristo estaba pensando no sólo en lavarle los pies a Pedro, sino también en el lavamiento espiritual, tan necesario para cada uno de nosotros.

Pedro, pensando sólo en el lavamiento físico, responde: *Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza* (Jn. 13:9). Si poca limpieza es buena, imucha es mejor!

Pedro siempre sentía profundamente, aunque lo más probable es que con frecuencia no pensaba de igual forma. Su amor por Cristo era resuelto, claro y público.

Lección sobre la limpieza

Pedro había malentendido el simbolismo. Ya había

recibido un baño; y no necesitaba otro. Como sólo sus pies estaban sucios, Cristo explicó: *El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos* (Jn. 13:10).

Así, Jesús le lavó los pies a Pedro, y luego se sentó a ampliar las explicaciones sobre lo que acababa de hacer. Con ese acto no sólo le limpió los pies, sino que también serviría como una ilustración de la limpieza espiritual, y como un ejemplo del servicio humilde.

Los pies limpios son el cuadro de un corazón limpio. El polvo de las calles simbolizaba la mugre de este mundo. Cristo estaba enseñando sobre lo que significa estar limpios, y también acerca de lo necesario que es distinguir entre “un baño”, y tener los pies limpios. Dos palabras griegas expresan el significado de las dos clases de lavamientos que encontramos en este pasaje. Baño (*luow*), se refiere a la regeneración o justificación. Es la limpieza total que tiene lugar cuando aceptamos a Cristo como Salvador, y llegamos a ser uno de los suyos. Dios nos declara tan justos ¡como Cristo! Este baño nos limpia para siempre, y lo necesitamos sólo una vez. Se trata de un lavamiento que quita nuestros pecados pasados, presentes y futuros, ya que El: *... anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz* (Col. 2:14).

Con frecuencia los recién convertidos preguntan: Si peco, después de ser salvo, ¿necesito ser salvo de nuevo?” La respuesta es: ¡No! El baño de la regeneración nunca pierde su poder. Una vez que aceptamos a Cristo como Salvador, somos sellados con el Espíritu Santo hasta el día de la redención (Ef. 4:30); somos adoptados y llegamos a ser parte de la familia de Dios (Ro. 8:15); unidos a Cristo como miembros de su Cuerpo (Ef. 5:30); y nuestros nombres escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo

(Ap. 13:8). Dios no va a deshacer lo que ha realizado con tanta seguridad. El no deja a sus hijos para que otros los adopten, ni tampoco los pierde en una batalla mientras los cuida.

Hay un segundo baño (*nipto*), el lavamiento de los pies. Esta limpieza tiene lugar repetidamente todos los días, cuando admitimos nuestros pecados delante de Dios. Es el lavamiento de 1 de Juan 1:9: *Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.* Puedes medir tu madurez espiritual preguntándote cuánto demoras en volver a tener comunión con Dios, después de ser consciente de que has pecado. Los cristianos carnales permiten que sus pecados se acumulen; quienes caminan en el Espíritu confiesan sus pecados tan pronto como son conscientes de haberlos cometido. Algunas veces esto es denominado: "Mantener al día las cuentas con Dios".

Pedro aprendió que ese lavamiento demanda sumisión. Significa permitir que Cristo nos lave, aunque sintamos vergüenza porque otra vez cometemos el mismo pecado. Con frecuencia, quienes se han enredado en un círculo de fracasos, caen en ellos porque sencillamente su sumisión a Cristo no es completa. La confesión significa que estamos completamente de acuerdo con Dios, e incluso que le cedamos el derecho de cometer ese pecado nuevamente. La meta de la confesión es restaurar nuestro compañerismo con Dios y darnos una base para la victoria y la libertad espiritual.

¿Qué quiso decir Cristo cuando le dijo a Pedro ... *¿Si no te lavare, no tendrás parte conmigo?* (Jn. 13:8). Como creyente, Pedro ya estaba unido a su Maestro, y después de su ascensión sería un miembro del Cuerpo de Cristo. Cuando Cristo le dijo a Pedro que su lavamiento era necesario para poder tener parte con Él, se estaba refiriendo al compañerismo personal. Este es el

significado de la palabra *parte* en Lucas 10:42, donde Cristo elogia a María por haber escogido *la buena parte, la cual no le será quitada*. En 2 de Corintios 6:15, Versión King James en inglés, Pablo dice que los cristianos no tienen ninguna "parte" con los demonios. Quiere decir que no tenemos ninguna comunión con ellos.

En pocas horas, Pedro negaría a Cristo, y lamentaría profundamente su debilidad y temor de proclamarse amigo de Cristo. Espiritualmente hablando significa que nuevamente se ensuciaría, y que necesitaría volverse a lavar los pies. Humildemente tendría que aceptar de nuevo el lavamiento de Cristo, pero sin experimentar otra vez el *baño de la regeneración*.

Cristo nos invita a su mesa, pero debemos tener los pies y las manos limpios: *He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo* (Ap. 3:20). Llegar con el fango y la impureza del mundo es privarnos de la dulzura de su amor y la intimidad que El desea fervientemente.

Cuanto más cerca del Calvario lleguemos, más mugre veremos en nuestros pies. Aun las partículas más pequeñas de fango se vuelven visibles cuando nos paramos en la presencia de Cristo. Incluso el pecado más insignificante se torna en una piedra de molino alrededor de nuestros cuellos porque, *...un poco de levadura leuda toda la masa* (1 Co. 5:6). Tozer dijo: "Aquella parte de nosotros que procuramos rescatar de la cruz se torna en la silla de nuestros problemas".

Un hombre en el círculo de los discípulos no tenía los pies lavados (figurativamente). Jesús le dijo a Pedro: *...vosotros limpios estáis, aunque no todos* (Jn. 13:10). Juan, quien estaba registrando esta historia, añadió: *Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: no estáis limpios todos* (Jn. 13:11).

Pedro necesitaba que sus pies fueran lavados; Judas

inunca había tenido el lavamiento! Aparentemente, este apóstata podía hacer los mismos milagros de los otros discípulos, pero era un hipócrita tan astuto que no atraía ninguna atención especial. Cuando Cristo le dijo al grupo: *De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar* (Jn. 13:21), se hicieron acreedores de un premio eterno porque no sospecharon de Judas, sino que le preguntaron: *¿Soy yo Señor?* (Mt. 26:21-22).

Imagínate: Durante los tres años que Judas estuvo con Jesús, jugó tan bien a la religión, que los discípulos no sospechaban que él traicionaría al Señor. El transitó el camino, y habló la Palabra con increíble hipocresía, pero al fin y al cabo no estaba lavado, y se perdió para siempre. Aunque Cristo le había lavado los pies a Judas, nunca había hecho lo mismo con su corazón. Y aun hoy, existen muchos a quienes creemos cristianos, pero la verdad es que algún día serán revelados como fraudes, completamente llenos del fruto de la hipocresía. Cristo dijo de Judas: *Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido* (Mt. 26:24).

¿Cuál es el punto final? Si no has sido lavado por Cristo, estás sucio, no importa qué tan atractivo parezcas. La humildad que ocasionó que Cristo se inclinara desde la gloria del cielo hasta la mugre de una vasija, es la misma humildad que debemos tener para entrar al reino de los cielos. Sólo El puede pronunciar la Palabra para que nosotros quedemos limpios, hacer la limpieza que nos conduce al cielo y mantenernos limpios a medida que caminamos atravesando este mundo sucio.

Pedro aprendió que la humildad es el atributo de un hombre de Dios, que hace de una piedra áspera, una suave, y de un pecador, uno un poco más semejante a Cristo.

¿Permitirás que El te lave?

9

Del remordimiento a la restauración

(Lee Lucas 22:31-62)

“De todas las palabras tristes que enuncia la lengua, y escribe una pluma, las más tristes son: ‘hubiera podido ser’”. Así escribió el autor John Greenleaf Whitier.

Todos nos podemos identificar con esta afirmación, porque sabemos lo doloroso que puede ser el remordimiento. Perder una oportunidad o cometer un error doloroso, puede conducirnos al borde de la desesperación. Seguimos pensando cuán diferente pudo haber sido, si hubiera...; tú puedes concluir la frase.

Hay dos clases de remordimiento. En primer lugar veamos el que es ocasionado por un error humano. Un misionero, mecánico de aviones que tenía un excelente registro en la reparación de esta clase de aparatos, un día acababa de apretar a mano una tuerca, cuando fue llamado a otro lugar. Completamente distraído por el nuevo problema, olvidó apretar la tuerca con una llave. El avión salió con siete personas a bordo. La tuerca suelta ocasionó el goteo de gasolina en el motor, y

finalmente el avión se incendió y se estrelló, causándole la muerte a los siete ocupantes.

Durante el funeral, el mecánico veía los siete ataúdes en una sola fila, y oleadas de remordimiento caían sobre él, causándole una gran agonía en el alma y el espíritu. Un lapso momentáneo, y siete vidas habían sido apagadas, siete viudas y niños que habían perdido a sus padres. Ponte en los zapatos de este mecánico, y siente, en cuanto te sea posible, el profundo remordimiento que él experimentaba.

Pudiste haber ido manejando cuidadosamente a lo largo de una zona residencial. El andén estaba lleno de carros, pero momentáneamente te distrajiste mirando a una persona que estaba a un lado de la calle. Cuando tus ojos se reenfocaron en la vía que seguías, viste a un niño que apenas caminaba, cruzar la calle. Frenaste con todo el impulso, pero ya era demasiado tarde. Cuando la ambulancia llegó ya sospechabas lo peor.

Lo único que podemos hacer en situaciones como estas es confesar nuestro error y pedir perdón. Tal vez la madre del niño pueda comprender, a pesar de su profundo dolor. El misionero fue afortunado porque las viudas de los fallecidos le aseguraron que ellas no estaban airadas con él por haber cometido un error. Recibir el perdón de los ofendidos le permitió perdonarse a sí mismo.

Tales sentimientos de remordimiento no son iniciados por el Espíritu Santo. Todos somos vulnerables al error humano. Un error honesto difiere en gran manera de un pecado deliberado, aunque las consecuencias puedan ser similares. Dios no quiere que nosotros seamos destrozados por el remordimiento, puesto que aun tales errores caen dentro del círculo de su divina provi-dencia. Debemos perdonarnos a nosotros mismos; los errores deben quedar atrás.

De la desobediencia deliberada crece una forma de

remordimiento. Escogemos determinado estilo de vida aunque sabemos que está mal. Una pequeña voz nos dice que nuestra decisión es pecaminosa, pero seguimos nuestros deseos deliberadamente. Un día miramos en las páginas del álbum familiar, nos vemos en una foto, y de repente nos preguntamos cómo sería la vida si nuestras elecciones hubieran sido diferentes.

El remordimiento también puede venir al final de la vida, cuando la muerte se aproxima. Un amigo fue a ver en el hospital, a un antiguo empleador suyo, el editor de un periódico. "Sé que voy a morir", comenzó a decir, "he desperdiciado mi vida en una vana búsqueda de riquezas y reconocimiento público. Ahora reconozco mi error, y quiero arreglar con Dios". Más vale tarde que nunca, pero ¡oh, el dolor del remordimiento!

Pedro sintió tanto el dolor como la bendición del remordimiento. De manera interesante, el discípulo que amaba a Cristo tan fervientemente es el mismo que le negó con tanta vehemencia.

Lee cuidadosamente Lucas 22:31-34, ya que esta parte del Nuevo Testamento fija el escenario para la negación que Pedro, el discípulo de Cristo, lamentaría profundamente. Dios utilizaría ese evento para enseñarle acerca de la gracia, y para ayudarlo a hacer lo mejor de su futuro. De su error, nosotros también podemos aprender.

Jesús concluyó la última cena con la promesa de que los discípulos finalmente, estarían sentados en su mesa en el reino de los cielos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Pero después le dirigió a Pedro las palabras: *Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos* (Lc. 22:31-32).

Si Pedro iba a ser restaurado, obviamente la implicación era que estaba a punto de caer. Esta noticia no fue

bien recibida, particularmente por alguien cuyo compromiso con Cristo era ferviente, resuelto e incuestionable. El tenía todas las credenciales para ser un miembro ganador del equipo; así fue que decidió asegurarle a Jesús: *Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte* (Lc. 22:33).

A Jesús no le impresionó ese comentario. ¿Alguna vez has pensado que Dios tenía derecho a sentirse orgulloso de tu compromiso y promesa de obediencia? No podemos mantener nuestras promesas, excepto aquellas que le hayamos hecho en total dependencia, y reconociendo nuestra fragilidad. El patrón general es: Cuanto más grande sea la promesa, más fuerte será la caída.

Tu conoces el resto de la historia. Pedro, obviamente, *se jactaba demasiado; oraba muy poco* (se quedó dormido en Getsemaní); *actuaba con mucha ligereza* (le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote); *seguía de lejos al Señor* (desde una considerable distancia); y *pensaba con lentitud* (se acordó de la predicción de Cristo sólo cuando el gallo cantó).

Leemos: *Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la Palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces* (Lc. 22:61).

¿Por qué Pedro lloró amargamente? (Lc. 22:62). Porque estaba en la misma presencia de Jesús cuando lo negó, y El podía verlo cuando la criada vino y le dijo: *También éste estaba con él* (Lc. 22:56). Allí, en la presencia de Aquél a quien amaba lo negó diciendo: *Mujer, no lo conozco* (Lc. 22:57).

Y si esta negación es chocante para nosotros, recordemos que Pedro lo hizo por *segunda vez*! Y cuando algunos testigos mencionaron que lo habían visto con Cristo, él comenzó a maldecir y a jurar: *¡No conozco a*

este hombre de quien habláis! (Mr. 14:71). ¡Tres veces juró que no conocía a su Señor!

Pedro había estado con Jesús durante tres años. Había compartido la plataforma con él durante muchas reuniones bien concurridas, y Jesús le había sanado a su suegra. Pedro había hecho la conmovedora afirmación: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente* (Mt. 16:16). Ahora, el tono acusador en la voz de una mujer sacaba de los labios de Pedro una negación a admitir que conocía a su Salvador. Había algo en la mirada de Cristo que rompió el corazón de Pedro. Piensa en la vergüenza y el remordimiento que sentía!

¿Cómo trajo Cristo a Pedro de nuevo a la comunión con El? ¿Cuáles fueron las dinámicas de este encuentro? Gracias a Dios, El corre las cortinas y nos permite ver lo que realmente sucedió en la tierra y en el cielo. En el proceso se nos muestra cómo podemos regresar a Cristo, sin importar qué tan profundos sean nuestra culpabilidad y remordimiento. Cuatro verdades nos deben motivar.

Cristo intercede por nosotros

Sabiendo lo que iba a suceder, Cristo oró por Pedro. Se dirigió a su discípulo como Simón, puesto que esa noche de nuevo la roca se convertía en arena: *Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos* (Lc. 22:31).

Cristo oró por Pedro específicamente. Esto es claro en el Nuevo Testamento griego, cuando Jesús dijo: *“Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”*. La palabra griega para *os ha pedido* está escrita en plural. Satanás había pedido permiso para zarandear a todos los discípulos. Pero cuando continúa: *“Pero yo he rogado por ti”*, la palabra *ti*, está escrita en singular. El

enfoque de la oración de Cristo era Pedro, pues el era quien necesitaba fortaleza especial en ese momento.

¿Por qué oró Jesús por Pedro? ¿Porque Pedro tenía una alta posición en el grupo? Ciertamente no. Pedro era egoísta, de modales rudos, y un inconsistente seguidor. ¿Lo hizo porque era valiente, y capaz de tomar decisiones sabias?

Nuevamente has errado. Jesús oró por Pedro debido a que él era muy débil, y tropezaba fácilmente con su propia percepción espiritual. Muéstrame a un hombre desdichado, emocionalmente vuelto pedazos, que clame a Dios en la agonía de su alma; muéstrame a una mujer que ha caído y está abatida por su pecado, que es inestable e incapaz de recuperar sus emociones, y yo te mostraré a una persona sobre la cual la gracia y misericordia de Jesús descansan.

Recuerda la historia del pastor que tenía 99 ovejas obedientes en su manada. Sin embargo, había una perdida que durante la noche estaba afuera, y esa era justamente a la que el pastor buscaba (Lc. 15:4-6). Jesús ve a cada una de las personas que está leyendo esta página, pero está particularmente buscando a quien le sigue de lejos; a aquel cuya fe casi ha decaído y que se siente fuera del abrazo divino. El ha orado por ti personalmente, como lo hizo por Pedro. Con un gran significado, la oración de Jesús no fue una generalización que dice: "Bendícelos a todos". El ora en contra del ataque venidero de Satanás. El ora para que la victoria del diablo se convierta en derrota. Cuando el trigo crece, una capa llamada broza protege el grano. En el proceso antiguo, durante los días de Jesús, esta capa era separaba del trigo por un animal que caminaba sobre los bultos, para después tirar esta mezcla al aire con el fin de que el viento soplara la cascarilla, y la separara del trigo. Los modernos equipos de agricultura emplean un cernidor.

Jesús le estaba diciendo a Pedro: “Satanás quiere zaran-dearte y demostrar que tú no eres más que broza”.

Nuestra exposición a la tentación, ¿tiene algo que ver con los espíritus malvados? Sí. Tal vez Pedro no se había dado cuenta de que su temor se originaba en el diablo. Pero el Señor abrió el velo para que nosotros miráramos detrás de las escenas, y conociéramos que en esta batalla hay más de lo que a primera vista observamos. En el mundo de los espíritus una fuerte batalla estaba progresando en busca del corazón de Pedro.

30 años más tarde él escribiría: *Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo* (1 P. 5:8-9). El diablo busca destruir nuestro testimonio cristiano. En el mundo invisible hay un conflicto constante; hay una batalla en la cual nosotros estamos involucrados.

Cuatro personajes intervienen en la tentación: Cristo, los ángeles, Satanás, y por supuesto nosotros, quienes estamos en medio del conflicto. Lewis Sperry Chafer, el fundador del Seminario de Dallas, decía constantemente: “Un pecado secreto en la tierra es un escándalo visible en el cielo”. Satanás nos acusa; Cristo ora por nosotros, y los ángeles observan el amor de Dios y su justicia ejercida a favor nuestro. *La información que consideramos como clasificada en la tierra, es de dominio público en el cielo.*

Cada cristiano atraviesa el proceso del colador. Para algunos puede ser la enfermedad, pérdida del trabajo, o la ruptura de una relación. Pero para muchos es la tentación, la constante lucha interna del alma donde nuestra alianza con Cristo es probada. Satanás no sólo nos tienta sino que, probablemente, ha hecho planes meticulosos para nuestra caída, y como una serpiente

enroscada, espera atacar en el momento apropiado. El magnifica el poder de la tentación, y lucha para que sigamos el camino fácil, queriendo que nuestras vidas desacrediten a Cristo.

Podemos imaginarnos a Cristo hallándonos como lo hizo con Pedro: "Satanás ha pedido permiso, y le ha sido concedido, para que tú seas probado, pero yo he orado para que tu fe no falte mientras la tentación termina. Cuando salgas de ella, fortalece a tus hermanos. Aprende de tus fracasos y sigue adelante".

Tenemos un amigo fiel que nos representa en el cielo. Cristo, como nuestro sumo sacerdote, está a nuestro favor delante de Dios el Padre. *Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado* (He. 4:15). Cristo no sólo murió por nosotros, sino que actualmente vive para nosotros. El es completamente consciente de la fortaleza y estrategia de Satanás, pero está de parte nuestra, y por supuesto es capaz de levantarnos cuando caemos.

Cristo nos comprende

Recordemos que Jesús le había dicho a Pedro: *Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces* (Lc. 22:34). ¿Predijo Cristo el fracaso de Pedro simplemente para comprobar su omnisciencia? No, porque Cristo nunca usó sus atributos divinos para impresionar a nadie. El usó su poder y conocimientos para beneficiar a su pueblo. Jesús estaba facilitando que Pedro regresara a la comunión con El después de la caída que se aproximaba. Deseaba que Pedro se acordara de que El sabía de antemano las circunstancias en las cuales se encontraría, y el temor que le ocasionaría caer. *La Gracia fue anunciada antes*

de que Pedro cayera. Cristo, con su corazón amoroso confiaba en Pedro.

El conocía dónde se iba a sentar Pedro, y que una criada caminaría cerca de él y le acusaría de pertenecer a Jesús. El Salvador sabía que había un gallo en ese sector al cual se le retendría su canto hasta que llegara el momento justo de alertar a Pedro sobre su pecado. El relato bíblico revela que mientras Pedro aún hablaba, el gallo, en perfecta coordinación comenzó a cantar.

Una estudiante se me acercó una vez y me dijo: "No puedo enfrentar a Dios de nuevo con este mismo pecado. No puedo ir a la presencia de Dios con mi culpabilidad y vergüenza". Tal vez pensaba que Dios no podía manejar el desánimo que ella le había causado, pero nuestro Señor nunca es tomado por sorpresa. El conoce nuestras debilidades y la extensión completa de nuestra propensión al pecado. Jesús conoce aquellos detalles personales que ni siquiera nosotros mismos hemos admitido. Cuando Jeremías dijo: *Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Además añadió: Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón...* (Jer. 17:9-10). A diferencia de un padre terrenal, Cristo nunca nos dirá: "¡Yo nunca esperaba que hicieras eso!"

No podríamos permanecer de pie ni un momento sin la gloria de su gracia. Nuestra caída ya es conocida por el Salvador, quien nos restaurará a la comunión con El, y nos dará una tarea adicional. *Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos caerán en el mal* (Pr. 24:16). Gracias a Dios, el pozo de la gracia nunca quedará seco.

Cristo tiene compasión de nosotros

Cristo ora por nosotros, porque El conoce nuestras circunstancias y debilidades, y manifiesta su compasión. El ve nuestros dolores, la ira, la vergüenza, el amor que

le tenemos, y el remordimiento que el pecado nos ha ocasionado. A El le importa nuestra condición.

Si tú has experimentado profundo remordimiento, tienes idea de la tortura por la que Pedro pasó durante tres largos días. El había prometido que se pararía firme al lado de Cristo hasta la muerte, y ahora se había derrumbado bajo un poco de presión. Imagínate lo que sintió cuando le llegó la noticia de la crucifixión de su Maestro. “¡La última oportunidad para probar mi lealtad! *Le negué, no una, ni dos, sino itres veces! Por el resto de mi vida ino podré cambiar el pasado... No puedo perdonarme!*” El juramento personal resonaba en sus oídos.

Si ahora alguien le hubiera preguntado a Pedro: “¿Eres tú discípulo de Jesús?” Probablemente él hubiera dicho: “Era uno de ellos, pero ya no soy digno de tan alto honor. Ya no soy uno de los doce discípulos. El libro con el registro de mi vida ha sido cerrado”. Probablemente Pedro pensaba que él era de quien Cristo había dicho durante la última cena: “Uno de ustedes me traicionará”. Después de todo, tal vez el traidor no era Judas, sino Pedro; quien le había prometido ilealtad a su Maestro!

Cuando Cristo murió, fue puesto en la tumba nueva de un jardín cercano. Algunas mujeres que fueron a ungir su cuerpo, el primer día de la semana, se estaban preguntando quién les correría esa piedra tan pesada de la entrada cuando, para su sorpresa, se dieron cuenta de que ya había sido quitada.

Cuando entraron, vieron a un joven vestido con una bata blanca sentado a la derecha. Sorpresivamente, El les dijo que Jesús ya no estaba allí puesto que ihabía resucitado! Entonces el ángel añadió: *Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro...* (Mr. 16:7). ¡Y a Pedro!

¿Por qué recibió Pedro esa mención de honor? Cristo sabía que si él no recibía una invitación específica por

nombre propio, nunca se hubiera sentido digno de ser incluido entre los discípulos. Esa fue la propuesta de Cristo; el Maestro le extendió su mano a un compañero caído.

Aún mostraría más gracia. Lucas relata la historia de dos discípulos que caminaban rumbo a Emaús, cuando sin que lo notaran, Jesús se unió a ellos. Después de que El se les reveló, ellos regresaron a Jerusalén esa misma noche para encontrarse con la noticia de que: *Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón* (Lc. 24:34). ¡A Simón!

En 1 Corintios 15, el apóstol Pablo relacionó aquellos a quienes Cristo se apareció después de su resurrección. Interesante, Pedro (Cefas) encabeza la lista. Esto confirma que Pedro fue el primero que vio a Jesús después de la resurrección. Ya no tenía que sentirse como uno que ha sido desechado, pues Jesús con gran compasión lo había perdonado.

Por sus acciones, Cristo le estaba diciendo: “Pedro, caíste, pero no permanecerás así; te dio vergüenza decir que me conocías, pero yo me alegro confesando que te conozco. Tú has pecado, pero te has arrepentido con lágrimas, y has sido perdonado. Te amo, Pedro”.

Aún los brazos de Jesús se extienden hacia nosotros, sin importar cuáles hayan sido nuestros fracasos. Esos brazos son suficientemente largos y tiernos para abrazar aun a la persona más descarriada y negligente que ha negado al Salvador. Jesús tiene sus ojos fijos en nosotros, diciendo: “Yo tengo compasión de ti. Te aseguro que puedes volver a tener comunión con el Dios vivo”.

Cristo nos restaura

Haddond Robinson cuenta la historia de un hombre llamado Roy Riggles, quien cogió una bola de fútbol y corrió 59 metros en la dirección equivocada durante un juego en el Rose Bowl para la UCLA. Uno de sus

compañeros de equipo logró pasarlo y tumbarlo justo antes de que lograra el puntaje para el "Georgia Tech", es decir, el equipo contrario.

Debido a que esa jugada ocurrió en el primer tiempo, la multitud se preguntaba qué haría el técnico Nibbs Price con Roy Riggles para el segundo tiempo. Sintién-dose humillado, y llorando como un bebé, Riggles se colocó una cobija alrededor de sus hombros y se sentó en un rincón con el rostro entre las manos. Cuando llegó el momento de regresar al campo, el técnico dijo sencillamente: "El mismo equipo que jugó en el primer tiempo, jugará durante el segundo".

Riggles no se movió. El técnico repitió las instrucciones, pero el jugador llorando dijo: "No lo puedo hacer; te he humillado. He arruinado a la Universidad de California; me he arruinado a mí mismo; no podría enfrentar a la multitud en el estadio".

Entonces, el técnico Nibbs puso las manos sobre los hombros de Riggles y le dijo: "Roy, párate y regresa. El juego tan sólo va por mitad". Y cuando Roy Riggles regresó, los jugadores del "Georgia Tech" decían que nunca antes habían visto a un hombre jugar fútbol como Roy Riggles lo hizo durante el segundo tiempo.

En una de las escenas más tiernas de la Biblia, Jesús le dio a conocer a Pedro que el juego aún no había terminado. Pedro había regresado a la pesca porque probablemente pensaba que el trabajo para Cristo había terminado. Pero Jesús se le unió a lo largo de la costa de Galilea como lo había hecho tres años atrás. Una vez más, El dio las instrucciones: *Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis* (Jn. 21:6). Ellos obedecieron y icogieron 153 peces!

Increíble, después de llegar a la playa se dieron cuenta de que Jesús *ya* tenía preparado el desayuno para ellos! No sabemos cómo llegaría el pan y el pescado, pero ¿por qué tenemos que especular, si estamos

hablando de Cristo, el Señor? Durante el desayuno El cruzó las siguientes palabras con Pedro.

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. El le dijo: Apacienta mis corderos (Jn. 21:15). Cristo usó la palabra griega *Agape*, término que se refiere a la forma más elevada del amor. Pedro respondió con *Phileo*, una referencia del amor fraternal. Cristo pudo haberse dado cuenta del cambio de palabras, y por lo tanto respondió: *Apacienta mis corderos*. Esto insinúa que tal vez Pedro no estaba listo para su ministerio de forjar a otros.

Jesús, entonces, le preguntó de nuevo: ¿Tienes amor *ágape* por mí? Pedro, aún no seguro de su propio corazón, le respondió: *Sí, Señor; tú sabes que te amo (Phileo)*. Jesús le respondió: *Pastorea mis ovejas (Jn. 21:16)*. Sí, Jesús confiaba en que Pedro no sólo apacentaría los corderos.

Jesús le hizo la misma pregunta por tercera vez, y utilizó la palabra *amor* que Pedro ya había empleado: *Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? (Phileo, Jn. 21:17)*. A Pedro le perturbaba que su compromiso de amor fraternal no fuera suficiente, y entonces repitió su afirmación de amor, pero esta vez empleando la palabra más diferente: *Agape*.

Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús aceptó esta respuesta y le dijo: *Apacienta mis ovejas (Jn. 21:17)*. No importaba qué tan inseguro de sí mismo se sentía Pedro, Cristo quería que él supiera que había sido plenamente restaurado. Fue llamado a desempeñar el alto honor de apacentar las ovejas del Señor.

Pedro había negado a Cristo en tres oportunidades, e igual número de veces tuvo el privilegio de reafirmar su amor por El. Los oscuros días de la humillación habían terminado. El remordimiento había sido reemplazado por la responsabilidad, la comunión y la acep-

tación completa. La oración de Cristo había sido respondida porque ahora Pedro restauraría a sus hermanos.

La oración de Cristo no impidió que Pedro cayera, pero resultó en su restauración. Fue rescatado del abismo y ahora tenía la capacidad de fortalecer a sus hermanos. Las ovejas del Señor serían apacentadas y la roca permanecería firme.

A veces, quienes más han descendido son los más efectivos en fortalecer los pies de aquellos que han resbalado. A Pedro, el conocimiento de su propio corazón le permitió predicar de manera efectiva. Sus debilidades personales lo llevaron a escribir con sensibilidad y profundidad, sus dos cartas. Millones han sido fortalecidos debido a las lecciones que Pedro aprendió en la escuela del fracaso.

El proceso del colador

Tres personas fueron cernidas aquella noche en Getsemaní. En primer lugar, Cristo, quien resultó ser grano. Tal vez, Satanás realmente intentó matar a Cristo en aquellos oscuros momentos de tortura, pero a pesar del dolor y la tentación, Él, de hecho demostró ser trigo legítimo.

En segundo lugar, Judas también pasó por el colador aquella noche. Besó a Jesús en la mejilla como muestra de amistad, y sin embargo, hacía parte del complot que le crucificaría. Su remordimiento era tan grande que fue y se colgó, demostrando así ser pura cascarilla.

En tercer lugar, Pedro también fue puesto en el colador y, como la mayoría de nosotros, demostró ser en parte trigo y en parte cascarilla. El proceso de pasar por el colador fue una de las formas utilizadas por Dios para separar la cascarilla del trigo. A medida que Pedro vio su impotencia y aprendió a depender del Espíritu Santo, mucha de ésta fue llevada por el viento.

Pedro y Judas hicieron algo similar. Los dos negaron a Cristo. Judas, en lugar de arrepentirse, permitió que el remordimiento lo dominara, y rehusó el perdón que hubiera podido limpiar su conciencia contaminada, decidiendo así ir a la eternidad con el remordimiento.

Pedro, por otro lado, respondió a la mirada del Salvador. Su remordimiento y restauración hicieron que su amor por Cristo se intensificara. Aquellos a quienes se les perdona mucho, aman mucho.

Mientras caminaba por un bosque de árboles rojos en California, observé que hacía muchos años, un árbol había caído. Ahora un nuevo árbol crecía derecho hacia el cielo, usando al caído como parte de sus raíces. Aunque tiempo atrás, el árbol caído había perdido su gloria, ahora era parte de una nueva estructura.

Dios usa los remordimientos y fracasos para fortalecer nuestra fe y nuestro testimonio. Si estamos dispuestos a aprender de la experiencia, nuestros fracasos no serán desperdiciados. Nunca es demasiado tarde para regresar.

Como Roy Rigless, algunas veces cogemos el balón y corremos en la dirección equivocada. Tropezamos, caemos y nos llenamos de tanta vergüenza que no queremos intentarlo de nuevo. Y entonces Dios, por su gracia, viene y nos dice: "Levántate... regresa; el juego tan sólo va por mitad". Este es el evangelio de la segunda oportunidad; el evangelio para quienes han caído con mucha frecuencia. El evangelio del Técnico amoroso.

Cristo aún ora por nosotros. El conoce nuestras debilidades y las circunstancias que nos ocasionaron la caída. El, lleno de compasión, está dispuesto a restaurarnos a la comunión y utilidad. Permitámosle simplemente que provea la sanidad que sólo El puede dar.

Pedro tuvo que aprender que, aun cuando traicionamos a Cristo, El no lo hace. Aunque podamos ser rudos, y torcidos, el Escultor divino nos moldeará conforme a

su plan especial, y cuando somos lesionados, El sana las heridas.

El juego aún no ha terminado. Unete al Maestro para desayunar en Galilea.

- (Apartes del capítulo 9 fueron adaptados del libro escrito por Erwin Lutzer: *Manejando tus emociones*, Wheaton, Ill.: Victor Books, 1983, Cap. 10).

10

Asido y fortalecido por el Maestro

(Lee Hechos 2:14-36; 3:11-26;
4:18-22)

¿Puede ser transformada la naturaleza humana? o, ¿es la rutina del comportamiento demasiado profunda, y la materia básica de la psiquis humana demasiado calcificada? ¿Estamos estancados con nuestro tipo de personalidad, sin importar qué tan negativa, iracunda o temerosa pueda ser?

C. S. Lewis dice: “Puede ser difícil que un huevo se convierta en pájaro, pero imposible que aprenda a volar mientras aún es un huevo. Actualmente, nosotros somos como huevos, pero no puedes seguir siendo indefinidamente un huevo. Tenemos que ser empollados, o nos pudriremos” (*Cristianismo Simple*, York, MacMillan, 1960, Pág. 169). ¡Gracias a Dios que El nos ayuda a empollar!

Pedro le ofrece esperanza a quienes creen que el cambio es imposible. Cristo le había prometido que llegaría a ser una roca, una piedra en el fundamento de

la Iglesia. Y tal como hemos aprendido, si el cambio se iba a operar, sería Cristo quien lo realizaría. Primero, el corazón de Pedro sería cambiado por el poder de Cristo. Segundo, las circunstancias y la misma presencia de Cristo serían el cincel que moldearían a Pedro hasta convertirlo en el hombre que Cristo deseaba que fuera. Ya hemos notado cambios en su vida, pero ahora el contraste se vuelve aún más asombroso. Con la venida del Espíritu Santo, Pedro es por supuesto, un nuevo hombre. Desde el comienzo de su amistad, él tenía una devoción resuelta por Cristo. Pero era compulsivo, vacilante y a veces cobarde. *En los evangelios él está en la fase del capullo, pero en el libro de los Hechos se convierte en mariposa.* O, para explicarlo de manera diferente, el huevo fecundado es empollado.

Hechos 2, es más conocido porque describe cómo el Espíritu Santo vino sobre los creyentes, y empezaron a hablar en lenguas, es decir, en los idiomas de aquellos países fronterizos con Israel. Este don especial le fue dado al pueblo judío como una señal de que la era de los gentiles había llegado. Las Buenas Nuevas ya no estarían limitadas al hermoso idioma hebreo, sino que serían predicadas en los diversos idiomas de los gentiles, representados en Jerusalén. El don de lenguas siempre se manifestó en idiomas reales que podían ser interpretados por quienes conocían la lengua específica. Algunas veces, Dios también le daba al intérprete la habilidad de comprender, de manera sobrenatural, un idioma extranjero. El estaba haciendo la poderosa afirmación de que el evangelio ahora se extendería por todas las naciones del mundo.

Pero, más importante que ese don especial, fue la transformación que Dios produjo en los apóstoles, mediante la llenura del Espíritu Santo. El regalo prometido llegó con el sonido de un viento recio y con un poder que haría de este pequeño grupo de creyentes, un equipo que sacudiría al mundo.

50 días habían pasado desde la resurrección de Cristo, de los cuales gastó 40 preparando a los discípulos para la gran tarea que les esperaba. Entonces, en el momento de su ascensión, les pidió a los discípulos que esperaran en Jerusalén hasta que recibieran la promesa del Espíritu Santo. Después de 10 días en el aposento alto, el milagro sucedió. Aunque todos los discípulos fueron renovados como resultado de la venida del Espíritu Santo, Pedro, el vocero, es el más claro ejemplo de una transformación. Escasamente se parece al hombre vacilante que vemos en los relatos de los evangelios. Consideremos el contraste.

De la confusión a la comprensión

Un niño que estaba procurando unir las piezas de un rompecabezas, se desesperó, debido a que las partes no parecían formar un cuadro simétrico. Sólo cuando descubrió que algunas piezas de otro rompecabezas habían sido revueltas descuidadamente en el mismo grupo, entendió por qué no tenía sentido el cuadro que estaba tratando de armar.

En los evangelios, Pedro tenía algunas piezas importantes del rompecabezas, pero el cuadro grande no encajaba. El había estado en desacuerdo con Jesucristo; le había dicho a su Maestro que no debía permitir que le clavarán en una cruz. Como mencioné anteriormente, Pedro tenía buenas intenciones, pero si Cristo hubiera aceptado su sugerencia, él mismo no habría sido redimido. Aunque tenía la percepción suficiente para reconocer a Cristo como el Hijo de Dios, sencillamente no había comprendido el significado de la cruz, ni el propósito de Dios en la redención.

Ahora, Pedro predica un elocuente sermón, explicando con asombrosa profundidad el propósito de la cruz, y cómo ésta encajaba en el plan eterno de Dios (Hch. 2:14-36). Este mensaje que comprende 22 ver-

sículos, contiene no menos de 12 citas del Antiguo Testamento. Pedro relaciona la profecía y la divina providencia, y termina su discurso con estas palabras: *Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole...* (Hch. 2:22-23).

Por fin, Pedro puso la cruz en el centro del programa de Dios para el planeta tierra. Ahora comprendía que el sufrimiento de Cristo había sido preordenado como el instrumento divino para la salvación. El proclamó este hecho públicamente, sin temer la hostilidad de los hombres, aunque sabía que odiaban lo que estaba diciendo. No importaba que todo el mundo estuviera en contra suya, Cristo estaba junto a él.

¿Por qué este cambio en el entendimiento de Pedro? El Espíritu Santo, prometió Cristo, guiaría a los discípulos a la verdad, porque El es el Espíritu de sabiduría y de revelación. El Espíritu Santo alumbró la mente, ayuda a captar el más profundo significado de la Escritura, y a hallar el sentido de la relación que Dios tiene con el mundo. *Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido... Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente* (1 Co. 2:12, 14).

Actualmente, los de la Nueva Era también reclaman iluminación, una forma de revelación que les inicia en el camino de la "sabiduría escondida". Algunos tienen experiencias místicas que les impulsan a otro mundo. Esto, por supuesto, es un engaño satánico. Por un lado,

estas revelaciones son contrarias a la Escritura; por otro, finalmente dichas experiencias conducen a la confusión, la exaltación del hombre y a las ataduras satánicas. Tengamos cuidado de distinguir entre los dos espíritus que se oponen en el mundo.

Cuando Dios da sabiduría y revelación, es siempre a través de una mejor comprensión de las Escrituras, y nunca aislando la Palabra divina. Satanás es también un espíritu de confusión, que insta a pensamientos que conducen a la frustración y a la incertidumbre. La revelación de Dios trae estabilidad, dirección y sabiduría.

Gracias al Espíritu Santo, la *mente* de Pedro fue iluminada, y los malosentendidos se disiparon a medida que él comenzó a ver con mayor claridad los propósitos de Dios. Hoy el Espíritu Santo hace lo mismo por nosotros, a través de la Palabra.

Del temor a la confianza

Una fábula india cuenta de cierto ratón que vivía en constante angustia debido a su temor por el gato. Un mago se apiadó de él y lo volvió gato, pero entonces empezó a temerle al perro. Así que lo convirtió en perro, pero inmediatamente le comenzó a temer al tigre. Al ser transformado en tigre, le comenzó a temer al cazador! Al final, el animal estuvo contento con volver a ser ratón. Siempre hay algo a lo cual le tememos. Si no es a la pobreza, es a la enfermedad, al crimen, o a la muerte. La única respuesta frente al temor es *la convicción de que Dios estará con nosotros sin importar cuál sea la situación.*

Recordemos que Pedro reaccionó negando que conocía a Cristo, cuando la sierva le interrogó. De hecho, él juró firmemente sosteniendo que nunca había visto al Señor. Pedro temía, el tener que sobrellevar la persecución por su fe, al ser identificado con Cristo.

Ahora escuchémosle hablar con libertad y poder. No

sólo responsabiliza directamente a la nación de Israel por la muerte del Señor, sino que también afirma que ellos serán llamados a rendir cuentas por lo que hicieron.

En su segundo sermón, Pedro dice: *Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos* (Hch. 3:14-15). Estas no son las palabras de un hombre temeroso de morir por su fe! El sabía que era un blanco expuesto a las autoridades políticas y eclesiásticas. Sin embargo, entró a su nuevo papel con absoluta confianza y fe.

Nuestros días de libertad religiosa pueden estar contados. Hoy todo el mundo es libre de creer lo que desee, pero, ¡ay de la persona que sugiera que su creencia debe ser transmitida a otros! La religión, se nos dice, es un asunto privado, y por lo tanto muchos se oponen a la idea de que nos sintamos libres para compartir la fe, y mucho más si se trata de “convertirlos” a una religión en particular.

Hemos estado tan intimidados por los grupos liberales que insisten en que seamos “políticamente justos”, que algunos cristianos no han estado dispuestos a mantenerse firmes en la justicia. Nos hemos sentido tan atemorizados por los recientes desarrollos, que muchas iglesias buscan el consejo de los abogados cuando están a punto de oponerse al aborto, los derechos de los homosexuales o la pornografía. Nos hemos atemorizado y reducido a un silencio nebuloso.

¿Dónde obtuvo Pedro su fortaleza? Cuando Cristo prometió el Espíritu, dijo: *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a*

vosotros (Jn. 14:16-18). En griego hay dos palabras para *otro*. Una significa "similar" y la otra "el mismo". Cristo emplea el segundo término para indicar que el Espíritu Santo sería un ayudador, como *el mismo Cristo cuando estuvo en la tierra*. En otras palabras, el Espíritu Santo ha venido a tomar el lugar de la presencia física de Cristo; esta es la razón por la cual el Espíritu no podía ser completamente vertido hasta que Cristo ascendiera al cielo y fuera glorificado.

Cristo dijo: *Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros...* (Jn. 16:7). Mientras estuvo en la tierra, con su cuerpo físico, Jesús sólo podía estar en un lugar. Ahora que se ha ido al cielo y ha enviado al Espíritu Santo, está tan presente con nosotros como lo hizo con los discípulos sobre la tierra hace tanto tiempo. El Consolador, el Espíritu Santo, está parado donde nosotros lo estamos; se sienta donde nosotros lo hacemos, escucha cuando hablamos y soporta lo que vemos. Nunca nos deja ni nos abandona, y podemos tener la plena seguridad de su presencia, sin importar la circunstancia que vivamos.

Cuando el temor y la fe se alojen en el puerto de nuestro corazón, es importante que sólo a la fe se le permita tirar el ancla. Y cuando servimos en fe, sabemos que no estamos solos. El espíritu que energizó al tímido Pedro, es el mismo que nos da el coraje para declarar la Palabra de Dios con poder y confianza.

Del desánimo a la determinación

Cuando Cristo fue crucificado, los discípulos le abandonaron y huyeron. Aunque ellos renovaron sus fuerzas cuando supieron de la resurrección, tenían muchas preguntas acerca de lo que iban a hacer después de la ascensión. Observemos la transformación que el Espíritu Santo realizó, y la determinación que se produjo en ellos.

Leemos que las autoridades fueron influenciadas por Gamaliel después de que los apóstoles estuvieran en la cárcel. Y convinieron con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo (Hch. 5:40-42). Mientras más los azotaban, imayor era su testimonio!

El primer cambio que hemos observado, afectó la mente de Pedro, quien ahora tenía entendimiento espiritual. El segundo movió sus emociones pasando del temor a la confianza y al coraje. El tercero se manifestó con una *voluntad transformada*: Nada podía desviarlo de obedecer el mandato de Cristo. Aquí los discípulos, a pesar de ser flagelados, es decir, azotados con 39 latigazos, se regocijaban y aceptaban como un honor soportar por el nombre de Cristo, tanto el dolor como la humillación.

De paso observemos que el haber sido llenos con el Espíritu Santo no protegió a los apóstoles de la violencia física. Muchos de ellos fueron azotados y luego ejecutados por causa de su fe. El Espíritu Santo no les eximió de los azotes, pero les dio la gracia para enfrentarlos. El Espíritu Santo no nos libra de los accidentes, el abuso o las injusticias comunes a los hombres, pero *provee* la gracia que nos permite sobrellevarlos para la gloria de Cristo.

Piensa en los miles de mártires que perecieron en Roma sin protección contra las llamas, o las bestias salvajes. Sin embargo, muchos testificaron que el Espíritu Santo les dio los recursos internos para tratar con las presiones externas. Pedro y los otros apóstoles se alejaron de las golpizas llenos de gozo, y sintiéndose honra-

dos de haber tenido el privilegio de sufrir por Cristo. La entereza emocional y la estabilidad dio paso a una determinación de servir a Dios con más fidelidad. Y *todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo* (Hch. 5:42).

Sería un gran error presumir que tal poder le fue dado a Pedro simplemente porque era uno de los apóstoles, o porque era un líder espiritual de la Iglesia. El Nuevo Testamento enseña que el mismo Espíritu que moraba en Pedro vive en nosotros, y lo hace de tal manera que no necesitamos ser prisioneros de nuestras debilidades, temores y percepciones. Esa profunda transformación puede alcanzar la mente, las emociones y la voluntad. Sí, nosotros también podemos ser diferentes.

Muchos cristianos creen que la doctrina de la llenura del Espíritu Santo es demasiado misteriosa, que está fuera del alcance para un cristiano común y corriente. Ellos piensan que únicamente los misioneros, y quizá los pastores, son dignos de obtener esta bendición espiritual.

No es así. Cristo invitó a las personas a ir a El para saciar su sed espiritual. Entonces leemos: *Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado* (Jn. 7:39). Por favor, recuerda que así como miramos a la cruz para nuestro perdón, también debemos mirar al Cristo que ascendió, para el don del Espíritu Santo.

Si al comprar un libro que viene en dos tomos, se te quedara uno en el mostrador, puedes regresar y reclamarlo sin costo adicional. De la misma forma, Cristo nos dio un regalo en dos volúmenes: El perdón y el poder espiritual. Ambos son nuestros cuando creemos en El. El perdón se basa en la cruz, y el poder en la ascensión. Los dos hacen parte de nuestra herencia.

Sí, el Espíritu Santo es un regalo, pero El es también

un regalo *de compasión*. En contraste con los demonios, que conducen compulsivamente al ser humano, trayendo la desesperación y la tiranía, el Espíritu Santo es tierno, pero con frecuencia su ministerio es rechazado. El es representado como una paloma, esa ave tan sensible que si se le insulta o ignora, dobla las alas. Gracias a Dios, el Espíritu no nos deja cuando desobedecemos, pero de continuar haciéndolo con el paso del tiempo, dejaremos de oír su voz. Esto explica por qué hay cristianos que viven en pecado evidente, y ya no escuchan la voz del Espíritu. Dios es muy irreal para ellos porque su depresión, culpabilidad y desesperación anulan el ministerio del Espíritu Santo. Esta es la razón por la cual Pablo dijo: *Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención* (Ef. 4:30).

Cuando caminamos siendo sensibles al Espíritu, El nos capacita para refrenar la lengua, apartarnos del pecado, alejarnos de la maldad, y deshacernos de los vicios que nos plagan. También tenemos el valor de compartir la fe, aunque la gente nos considere como parte de “los fanáticos”.

El poder del Espíritu aumenta a medida que la voluntad personal disminuye. No precisamos de mecanismos psicológicos para lidiar con las presiones de la vida. Necesitamos más fe, más entrega, más de la cruz. Nuestro Señor dijo: *De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto* (Jn. 12:24). Esta muerte al ego significa ponerle fin a nuestra autodeterminación.

El trigo sepultado en pirámides durante 4.000 años creció cuando fue sembrado. Aunque la vida estuvo adormecida por cientos de años, las condiciones apropiadas ocasionaron que el grano surgiera con vida nueva. De igual manera, el sol del amor de Dios y la tierra

de su Palabra nos pueden dar vida, si estamos dispuestos a morir a nuestros propios planes y ambiciones. La entrega puede ser a medias y condicional, pero también completa y final. Sólo esta clase de sumisión atrae las bendiciones completas del Espíritu.

El Espíritu no nos empuja, pero nos guía; El no nos agujonea compulsivamente, sino que nos estimula con ternura. Pero sólo quienes han muerto a su propia voluntad pueden disfrutar el regalo de su presencia. Pedro era un hombre común y corriente, pero dependía del Espíritu con una fe extraordinaria. Lo que tenemos es importante sólo si lo ponemos en las manos de Cristo; tal actitud hace la diferencia. El Espíritu es *residente*, pero sólo nosotros podemos hacerle *presidente*.

El cincel de las circunstancias se combina con la soberanía del Espíritu, haciéndonos vivir para Cristo. La mente, las emociones y la voluntad obedecen a la iniciativa divina. El Escultor se deleita terminando el trabajo que inició.

Nosotros también podemos sentir el toque experimentado por Pedro.

11

El rastro de su sombra

(Lee Hechos 3:1-10; 5:1-11;
8:14-24; 10:44-48)

Es muy probable que te acuerdes de aquellas personas que han tenido un impacto especial en tu vida. Justo en el momento oportuno pudiste haber recibido consejo de un profesor del colegio, o posiblemente un amigo cristiano te apoyó durante una época de sufrimiento particularmente difícil. En mi caso personal, fueron mis padres; gracias a sus oraciones Dios mantuvo mi vida sobre los rieles.

Una caricia amorosa, la motivación de los amigos, o compartir el evangelio, son formas mediante las cuales dejamos huella en la arena de la vida. Tales servicios son registrados, y Cristo nos asegura que aun un vaso de agua fría dado en su nombre no pasará desapercibido.

Cuando el Espíritu Santo vino en el día de Pentecostés un puñado de hombres y mujeres ejerció un profundo efecto sobre su generación; impacto que se prolonga hasta hoy. Nos motiva el hecho de que tuvieron que

asumir un costo personal muy alto, debido a que se pararon firmes por Cristo. Dios les dio la habilidad de hablar en idiomas que ellos nunca habían escuchado, y hubo sanidades que confirmaron su poder y autoridad. Pedro tenía tal don para hacer milagros que, ...*sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que al pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos* (Hch. 5:15). Aunque no se afirma explícitamente, es razonable presumir que cuando la sombra de Pedro caía sobre las personas estas eran realmente sanadas. Dios estaba con Pedro de una forma evidente y poderosa.

Para bien o para mal, todos nosotros, mientras caminamos por los senderos de la vida, tenemos una sombra. Todos dejamos el mundo un poco mejor, o un poco peor. Nada de lo que tocamos permanece igual.

Veamos tres cuadros en la vida de Pedro con los cuales su “sombra”, su influencia afectó las vidas de otros.

La sombra de un toque sanador

En Hechos 3, leemos acerca de un hombre parálítico desde su nacimiento, a quien todos los días ponían a la puerta del templo para que mendigara de los adoradores que allí entraban. Aunque aquel hombre estaba al lado de la puerta del magnífico templo, su estado era lamentable. Algunos amigos lo habían ubicado allí para que pudiera mendigar, y en cuanto a lo que tenía que ver con él, estaba condenado a una vida de continua miseria.

Cuando Pedro y Juan entraban, el inválido los miró esperando recibir una limosna. Sin embargo, Pedro vio más allá de su necesidad física, y con el ojo de la fe observó que Cristo, el Príncipe de la vida estaba cerca de él. Ahí en la calle estaba la debilidad, pero en el Señor

estaba el poder de la vida. En medio de la desesperación, hubo esperanza.

Este mendigo inválido era un vivo cuadro de la nación de Israel. Inválida, cargada de pecado, e impotente, Israel acababa de rechazar al Príncipe de la vida. La nación había resistido a Aquél que podía sanar lo más íntimo de su alma. Si la gente sólo hubiera aceptado el toque sanador de Cristo.

Pedro, mirando la incapacidad del hombre, sintió compasión. No tenía dinero, pero sí algo mucho mejor. Más importante que la plata y el oro, iera robustecer la fortaleza de este hombre desmotivado!

Entonces Pedro le dijo: *No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazareth, levántate y anda. Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos...* (Hch. 3:6-7). ¡El comenzó a caminar! El poder del Cristo resucitado se había conectado con la débil forma de un inválido. ...*y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el templo, andando y saltando, y alabando a Dios* (Hch. 3:8). No es necesario decir que esto causó gran sensación en el templo, y que quienes tenían un corazón dispuesto para el Señor, se regocijaron.

F. B. Meyer dice que hay cuatro tipos de personas en el mundo: (1) Aquellos que no tienen nada para dar; ni plata ni oro, ninguna bendición, motivación, o utilidad, y pasan por la vida sin ayudar a nadie. Simplemente se refugian en su pequeño mundo. (2) Aquellos que tienen plata y oro, pero no tienen un espíritu poderoso. Se trata de las personas que generalmente mantienen la plata y el oro para sí mismos, y no comparten. Estos son los pobres del universo. (3) Aquellos que, como Pedro, no tienen plata ni oro, pero están llenos de fe, visión, motivación y un toque sanador. Estos son ricos delante de Dios. (4) Aquellos que ofrecen oro y plata, además

de las riquezas espirituales. Estos también son ricos para con Dios. (*Pedro*, Pág. 148).

Se dice que cuando Tomás de Aquino fue a visitar al Papa en Roma, mientras observaban los tesoros del Vaticano, el pontífice le dijo: "No podemos decir como Pedro, el primer papa: 'No tengo plata ni oro'. A lo cual Aquino replicó: "Si, pero tampoco puedes decir: '*...en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda*'".

La riqueza no es la norma de valor. La pobreza de Cristo es un poderoso recuerdo de que uno no necesita poseer abundantes bienes de este mundo para ser rico delante de Dios. Cristo enseñó que es difícil para el rico, si no imposible, entrar en el reino de los cielos.

Cristo no espera que entreguemos lo que no tenemos. La mayoría de nosotros no tiene el don de sanidad, pero sí algo que es igualmente precioso, y aun más importante. Podemos entregar el regalo de la oración, el de un oído atento, el de la hospitalidad, o el de la compasión. Y más importante aún, podemos ofrecerle a otros el regalo de la vida eterna.

Más significativo que el estado físico de este hombre, era el hecho de que, casi con seguridad, llegó a tener fe en Jesucristo. La sanidad física era tan sólo una gota en el océano, comparada con la vida eterna que él recibió a través de la fe. Con gozo entró al templo, sitio del cual su deformidad congénita siempre lo había excluido. Y cuando las personas que le conocían vieron lo que había sucedido, Dios fue glorificado.

Y, ¿qué pensó Pedro de este sorprendente evento? Conscientemente desvió todas las alabanzas, recordando a las personas, que este milagro no había sucedido por su piedad personal, sino por el poder de Cristo. *Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros* (Hch. 3:16).

A medida que examino mi vida, observo que soy el producto de los regalos de muchas otras personas. Entre ellos están mis padres que me nutrieron y oraron por mí, los amigos que creyeron en mí, y aquellas personas que me dieron la oportunidad de servir. En el transcurso de mi vida yo he sido un feliz recipiente de las influencias fieles de cientos de personas. He recibido con generosidad, y ahora es mi responsabilidad, idar con generosidad!

La sombra de Pedro transformó al hombre paralítico. Nuestra sombra puede contribuir para que hombres y mujeres lleguen al Salvador, quien puede llevarles a la morada eterna. Como alguien dijo: "Si puedo manejar la eternidad, idebo poder manejar el día de hoy!"

La sombra de una reprensión ardiente

Cuando el Espíritu Santo vino sobre la comunidad cristiana, hubo un desbordamiento espontáneo de generosidad. *Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad* (Hch. 4:34-35). Este dinero era utilizado para los gastos de los apóstoles, y también, para suplir las necesidades de los desamparados y las viudas. La participación era completamente voluntaria; no era necesario dar una cantidad determinada. Algunos, como Bernabé, hacían grandes sacrificios sencillamente porque sentían que era un privilegio poder tener parte en ese movimiento de creciente avivamiento. Era comprensible que quienes vendían sus posesiones y le entregaban el dinero a los apóstoles ascendieran a una posición de alta estima. Aquellos que deseaban conservar sus propiedades tenían la libertad de hacerlo.

Ananías y su esposa Safira querían participar de la gratitud que recibían quienes eran generosos. Habían

oído hablar acerca de la devoción por la gente en personas como Bernabé, y además querían estar en una posición de alta estima. Sin embargo, también deseaban guardar algo de dinero para ellos, así que Ananías vendió una propiedad y, *sustraño del precio* (Hch. 5:2). Ellos, por supuesto, tenían derecho a hacerlo.

Lo que hizo malas sus acciones no fue el hecho de haberse quedado con una parte del dinero, sino que pretendían dejar la clara *impresión* de que le estaban dando todo su dinero a los apóstoles. Imaginemos que sólo le entregaron 500 dólares a los apóstoles, aunque habían vendido la heredad por 1.000. Ellos hicieron creer que la cantidad que le estaban entregando a los líderes de la iglesia correspondía al valor total de la venta. De hecho, era “una mentira blanca”.

Pero Dios conocía toda la verdad y se la comunicó a Pedro, quien dirigiéndose a Ananías, le dijo: ...*¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentado a los hombres, sino a Dios* (Hch. 5:3-4). Ananías murió a manos de Dios, y momentos más tarde también su esposa, después de atravesar la puerta. El castigo fue severo, pero Dios estaba grabando en los corazones de la Iglesia Primitiva que: (1) Toda mentira está dirigida contra El, y sólo en una instancia secundaria lo es en contra de otros. Después de todo, el Señor es el dador supremo de la ley en el universo y son *sus leyes* las que violamos cuando no decimos la verdad. Y (2), no debemos jugar con la verdad cuando le estamos sirviendo a Dios (o en ningún otro tiempo, en realidad). La reacción de la Iglesia a este juicio inmediato, fue bastante apropiada: *Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas* (Hch. 5:11).

Finalmente (3), Satanás fue puesto en evidencia como mentiroso y padre del engaño. El inyectó esos pensamientos en la mente de la pareja, sin que ellos se dieran cuenta. Pensar que esa falsedad era su propia idea, se constituyó en el motivo por el cual no tuvieron miedo a decidir ser deshonestos. Pero Dios tomó en serio la hipocresía de ellos, y ahora la usa como una poderosa lección para todos nosotros.

Sí, algunas veces la sombra de Pedro era un toque sanador, pero también podía ser una punzante repreensión. No necesariamente toda nuestra influencia necesita ser motivante para que sea efectiva. A veces debemos señalar el pecado, y ser odiados por ello. Nuestra meta, por supuesto, es la restauración de los hijos de Dios a la comunión con el Todopoderoso y los demás. No todos responderán, sin embargo estas difíciles tareas son también parte de nuestra responsabilidad e influencia.

La sombra del alcance del evangelio

Según Hechos 8, Felipe fue a Samaria para predicar el evangelio, y las multitudes creyeron. Pero Dios no envió el don del Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan fueron a los samaritanos e impusieron las manos sobre ellos. *Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo* (Hch. 8:17). Hoy en día cuando alguien acepta a Cristo como su Salvador, inmediatamente recibe el don del Espíritu Santo. Pero el libro de los Hechos es la historia de cómo la Iglesia pasó de la infancia a la adultez. Debido a la fuerte rivalidad entre judíos y samaritanos, era muy importante que los apóstoles llegaran a Samaria para comprobar la unidad de la iglesia.

La presencia de Pedro y de Juan dio la seguridad de que el mismo Espíritu Santo que había descendido en la iglesia de Jerusalén, ahora venía a quienes eran considerados parias (los samaritanos). Así que Pedro fue uno de los líderes que abrió la puerta del evangelio a

este despreciado grupo étnico. Comenzaba a ejercitar las llaves del reino; otra puerta que pronto Pedro abriría. Los gentiles conformaron el siguiente círculo de personas que sería bien recibido en la iglesia (Hch. 10). Cornelio, quien vivía en Cesarea, no era un personaje muy común. Se trataba de un hombre sincero en la búsqueda de Dios, que se había cansado del paganismo tan ampliamente practicado en sus días. Aunque era gentil, cuando entró en contacto con el Antiguo Testamento, se convenció de que era la revelación divina. Su alma llegó a tener tanta hambre del Creador que empezó a orar permanentemente y a hacer buenas obras, intentando hacerse un prosélito, es decir, un convertido al judaísmo. Con todo eso, sin embargo, aún no sabía que debía poner su fe en el Mesías de Israel, el Señor Jesucristo.

Dios no actuó con descuido frente a la búsqueda de una realidad espiritual, por parte de este hombre. El ángel que vino a él, le dijo: ... *Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios* (Hch. 10:4). Exactamente a las tres, una tarde, Cornelio tuvo una visión: El ángel de Dios vino a decirle que enviara una delegación a Jope para buscar a Pedro, quien estaba hospedado en una casa cerca al mar, a 4,8 kilómetros de distancia. Sus hombres salieron enseguida, pero, comprensiblemente, no realizaron el viaje completo aquella tarde.

A las 12 meridiano del día siguiente, Dios le dio a Pedro una visión especial que lo libraría de sus raíces legalistas; sabría que El también le abría la puerta a los gentiles. Pedro descansaba esperando el almuerzo en la terraza. Aunque estaba hambriento se durmió y vio en el sueño el cielo abierto, y un objeto como una gran sábana que descendía hasta el piso, sostenida por las cuatro esquinas. Sobre ella había toda clase de animales cuadrúpedos, aquellos que, de acuerdo a la ley del Antiguo Testamento, los judíos no debían comer. Y le

vino una voz: ...*Levántate, Pedro, mata y come*(Hch. 10:13). Pero él rehusó, insistiendo en que esos animales no eran “limpios”. Sin embargo la voz persistió: *Volvió la voz a él la segunda vez: lo que Dios limpió no lo llames tú común*(Hch. 10:15).

Mientras Pedro reflexionaba sobre la visión, los hombres enviados por Cornelio llegaron buscándole. Escuchó la increíble historia sobre cómo Cornelio deseaba saber más acerca del Dios verdadero, y el relato de la visión que este gentil había tenido. ¡La coordinación del tiempo era perfecta!

Ahora Pedro comprendía el completo significado de su propia visión: Dios estaba tratando de decirle que las distinciones entre los judíos y los gentiles detalladas en el Antiguo Testamento, habían desaparecido. De hecho él podía entrar en el hogar de un gentil y compartir las Buenas Nuevas del evangelio. Esto significaba un cambio radical en lo que él había aprendido.

Al día siguiente Pedro se puso en camino, y un día después llegó al hogar de Cornelio. Luego de presentarse, dijo: ...*En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia* (Hch. 10:34-35). Después hizo una presentación del evangelio. Mientras aún hablaba, el Espíritu Santo cayó sobre aquellos que estaban escuchando su mensaje. Como una evidencia más determinante de que ahora los gentiles hacían parte del plan de Dios, los nuevos creyentes hablaron en lenguas y fueron bautizados en agua. Una vez más Pedro estaba ejerciendo su derecho de abrir las puertas del evangelio. Las “llaves” habían abierto otra puerta.

Vale la pena observar que Dios usó un ángel para comunicarse con Cornelio, pero que no le reveló el evangelio, más bien, le dijo cómo encontrar en contacto con el hombre que le traería las Buenas Nuevas. Los ángeles del cielo podían entregar sermones más efecti-

vos que los de Pedro, pero el plan de Dios consiste en utilizar hombres y mujeres, sin importar cuán imperfectos seamos. El cincel le fue aplicado a Pedro, no a los ángeles que le rodeaban.

La crítica que le hicieron por comer en la casa de un gentil, surgió como un efecto de la visita que Pedro le hiciera a Cornelio. Esto, de acuerdo a la ley del Antiguo Testamento, no era sólo una violación de la etiqueta, sino también un compromiso doctrinal. Sin embargo, Pedro defendió sus acciones contándole a los otros apóstoles la historia completa. Terminada su explicación dijo: *Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!* (Hch. 11:18).

Así que Pedro caminaba por la vida, afectando con su sombra a todo aquel que conocía. Podía ser un toque sanador, una reprensión punzante o una oportunidad gozosa, pero nadie quedaba igual después de haber estado frente a ese sobresaliente hombre.

Tu sombra y la mía

¿Qué de nuestras sombras? Recordemos que el mayor impacto que podemos causar no está en la plata y el oro que tengamos la capacidad de dar, sino en la vida que nos es posible practicar. La sombra de una persona en su casa, negocio, o en la calle, tiene efectos que perdurarán por la eternidad. Cuando tiras una piedrecita en un lago, las ondas continúan aun después de que ésta ha llegado hasta el fondo. Mucho tiempo después de que nos hayamos ido, para bien o para mal, nuestra influencia continuará.

Con frecuencia nuestro mayor impacto, es inconsciente. Tenemos influencia en otros, no sólo con lo que decimos, pero principalmente con la forma como vivimos. Propendemos a comportarnos mejor cuando la gente nos observa, pero si nos convertimos en modelos

positivos, aun si creemos que nadie nos está observando, producimos una clase de impacto que perdura y es especial para Dios.

Finalmente, nuestra sombra depende de la relación que tengamos con el Hijo. Sólo aquellos que viven en la luz proyectarán una sombra positiva, efectiva y eterna. Cuando andamos en tinieblas, no hay sombra, es decir, ninguna influencia que haga mejores a aquellas personas que nos rodean. Algunos viven sólo para sí mismos y así morirán. Alguien dijo: "En la eternidad seremos lo que ahora somos, sólo que nuestras características se acentuarán". El egoísmo y la maldad se convertirán en más egoísmo y maldad después de la muerte. El justo estará más gozoso, y será más generoso y amoroso.

Tal vez tú y yo estamos desanimados hoy, y nos sentimos como si no tuviésemos nada para dar. Pero déjame recordarte que una vez recibido el don del Espíritu, todos tenemos algo para dar. Dios no espera que demos de lo que no tenemos, pero sí que respondamos con algo de lo que hemos recibido. *De gracia recibisteis, dad de gracia*(Mt. 10:8).

A. J. Gordon cuenta que cuando vio en la distancia a un hombre bombeando agua, se preguntó cómo un ser humano podía trabajar tan consistente e incansablemente. Pero a medida que se acercaba se dio cuenta de que no era un hombre, sino una máquina con figura de hombre la cual, a su vez, estaba siendo alimentada por un pozo artesanal según el agua iba saliendo por la tubería. De igual manera, no se trata de dar de lo que no tenemos, sino de que todos tenemos qué ofrecer, porque Cristo prometió el Espíritu Santo, el cual crea ríos de agua viva dentro de nosotros.

Dondequiera que nuestra sombra caiga, influenciaremos la vida de otros, y recibiremos una recompensa eterna. Pero sólo quienes miran al Hijo, tendrán la sombra que permanece para siempre.

12

Sostenido en la mano del Maestro

(Lee Hechos 12:1-25)

Dios espera que veamos su mano aun en la noche de nuestra experiencia. Con frecuencia debemos descender a la oscuridad para poder ver la luz. Para aquellos que tienen fe, con frecuencia las huellas de las manos de Dios pueden ser vistas en los lugares menos esperados.

Hemos aprendido que Dios hizo de Pedro un hombre valiente y que dependía constantemente de El, cuando en realidad se caracterizaba por ser impulsivo y temeroso. Por ser quien recibió las “llaves del reino de los cielos”, él, sin desviarse, les proclamó el evangelio a los samaritanos y a los gentiles, a pesar de los tremendos obstáculos. Bajo la buena mano de Dios él también realizó sorprendentes, milagros y tuvo el privilegio de mirar que en su vida pasada era plena, evidente y clara la guía de Dios.

Sin embargo, hubo momentos cuando parecía que los enemigos de Pedro iban a triunfar. Todo lo aparente indicaba que su vida estaba a punto de ser cortada. Dios

puso a Pedro en un rincón de donde no tenía ninguna forma de escapar. Su futuro sería determinado por unas fuerzas que estaban más allá de su control, tal como ocurre con el conductor cuyo timón se desconecta. Hay momentos en los cuales nuestro destino está literalmente fuera de nuestras manos.

Sin embargo estas experiencias sólo profundizaron el caminar por fe de Pedro. Su conocimiento de Dios y sus caminos florecieron en medio de esas fuertes pruebas que bien podrían haber intimidado a otro hombre. Aunque en la tierra había oscuridad, Pedro sabía que las luces se encontraban en el cielo.

Recordemos que la noche cuando Cristo fue traicionado, Pedro había prometido: ...*Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte* (Lc. 22:33). Pero esa misma noche se quedó dormido cuando debía estar orando, y un poco más tarde, negó a su Señor. Ya habían pasado 14 años, y en varias ocasiones Pedro había cumplido la primera parte de su promesa; pues pasó muchas noches en la cárcel debido a su amor por Cristo. En Hechos 12, encontramos la dramática historia de uno de esos encarcelamientos, y un milagroso escape. La historia entreteje tres vínculos que, en la cadena de la divina providencia, testifican acerca del poder soberano y la sabiduría de Dios.

Pedro arrestado

Leemos: *En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarlos* (Hch. 12:1). Esta es una referencia al rey Herodes Agripa Primero, el nieto de Herodes el Grande, quien había ordenado la matanza de los niños cuando Cristo nació en Belén. Este nieto, conocido por su crueldad, se deleitaba complaciendo a los judíos. Como prueba de esto, él asesinó a Jacobo, el hermano de Juan, con una espada. *Y viendo que esto había agradado a los judíos,*

procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura. Y habiéndole tomado preso, le puso en la cárcel, entregándole a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno, para que le custodiasen; y se proponía sacarle al pueblo después de la pascua. Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él (Hch. 12:3-5).

Pedro fue arrestado injustamente, puesto que no había violado las leyes morales ni políticas. Su único crimen era no complacer el capricho arbitrario del rey, cuya intención cruel estaba trabajando en contra de Pedro, y exponiéndolo a morir mediante la espada.

Actualmente, cuando caemos en una situación similar, de inmediato pensamos en los recursos legales que tendremos en una corte con leyes justas. Pero, por supuesto que en los tiempos bíblicos los tiranos reinaban según su propio capricho, y no con base en normas equitativas. Pedro no tenía la oportunidad de ser escuchado ante un tribunal para dejar su nombre en limpio. En 1988, John Demjanjuk de Cleveland, Ohio, fue condenado a muerte por una corte israelí debido a que creían que él era "Iván el Terrible", el cruel director en uno de los campos de concentración y muerte de Hitler. Gracias a Dios, en el esfuerzo por demostrar su inocencia, él ha podido apelar a tribunales tanto norteamericanos como israelíes. Pedro sin ningún apoyo humano cerca, le tenía que encomendar su caso a Dios, exclusivamente. Pero Dios siguió a Pedro hasta la prisión. Nuestro Señor no tiene que limitar su entrada a las horas de visita. El no tiene que observar las restricciones que enfrentamos nosotros cuando llevamos un amigo al aeropuerto y llegamos a la señal: "Solamente los pasajeros pueden entrar". Como aprendió José, aun a la cárcel Dios entra con su pueblo y lo acompaña cuando tiene que cruzar la frontera de un país a otro. El va con nosotros al colegio, la fábrica, el hogar y el hospital. ...porque él dijo: *No te desampararé, ni te dejaré; de*

manera que podemos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre (He. 13:5-6).

Pedro se encontraba en la cárcel custodiado por 16 soldados, que probablemente trabajaban en turnos y grupos de a cuatro. En cada brazo de Pedro había uno encadenado, otro vigilaba la entrada del calabozo, y el otro la entrada de la prisión. Así que en turnos de seis horas, los 16 soldados trabajaban las 24 horas para asegurarse de que Pedro no se moviera. Después de todo, ¡él ya registraba en sus antecedentes, fugas de la cárcel! Herodes pudo haber oído de cómo años atrás Pedro había sido rescatado milagrosamente. Como la reputación del rey estaba en juego, no quería correr riesgos.

¿Cuáles eran las opciones de que Pedro escapara vivo? No muchas. La única luz en la oscuridad se encuentra en una frase corta: *...pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él* (Hch. 12:5). Clarence McCartney, dijo: “Nunca existieron tantos factores en contra de la oración. Por un lado, Herodes, los 16 soldados, las lúgubres paredes fortificadas del calabozo, y el mismo poder romano. Por el otro, un puñado de hombres y mujeres unidos en oración. ¡Qué combate tan desigual! y aun así, como con frecuencia ha sucedido desde entonces, fue la reunión de oración la que salió victoriosa” (*Pedro y su Señor*, Pág. 211).

Pedro estaba en prisión de acuerdo al plan y a los propósitos de Dios. La divina providencia le había conducido al calabozo, y sólo ella podía planear que saliera vivo. La misma noche, antes de que Herodes planeara sacar a Pedro de prisión para ejecutarle, éste estaba dormido en medio de los dos soldados. Su sueño en el jardín de Getsemaní, 14 años antes, significó descuido, pero su sueño en el calabozo significaba *fe... a su amado dará Dios el sueño* (Sal. 127:2), cuando éste encomien-

da su vida completamente a su cuidado. Pedro sabía que su destino no estaba en las manos de Herodes.

Pedro rescatado

Hay un segundo eslabón en la cadena de la providencia divina. Hechos 12:7-10, dice:

Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos. Le dijo el ángel: Cíñete, y átate las sandalias. Y lo hizo así. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme. Y saliendo, le seguía; pero no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino que pensaba que veía una visión. Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salidos, pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él.

Aquí se había usado con sensatez el poder divino. El Señor ejerció su *poder sobre la gente*, debido a que los guardias durmieron durante toda esta penosa experiencia. Aparentemente a ellos se les había dado algunas píldoras cósmicas para dormir a fin de que no pudieran estar atentos al milagro que estaba sucediendo delante de sus débiles ojos. Ellos no vieron ninguna luz, ni escucharon pasos, y ni siquiera el ojo vigilante de los soldados pudo desviar los propósitos de Dios.

Luego, el Señor ejerció su *poder sobre la materia*, debido a que las cadenas cayeron y la puerta de hierro se abrió automáticamente, justo como sucede cuando vamos a salir de un supermercado. Ningún obstáculo, ya sea la voluntad de un soldado o la naturaleza inanimada, puede erguirse en contra de los propósitos de Dios.

La otra parte de la historia es bien conocida: Pedro salió a la noche fría y se dio cuenta de que no había

estado soñando. Inmediatamente fue a la casa de María, la madre de Juan Marcos, donde la iglesia estaba orando. *Cuando llamó Pedro a la puerta del patio, salió a escuchar una muchacha llamada Rode, la cual, cuando reconoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corriendo adentro, dio la nueva de que Pedro estaba a la puerta.* (Hch. 12:13-14).

Podríamos esperar que estos queridos santos ile hubieran creído! Ellos estaban orando en la voluntad de Dios, con el grado de fe necesario para que Pedro fuera milagrosamente librado de la muerte que le esperaba. Pero tenían dos explicaciones adicionales para los animados comentarios de Rode. (1) *Ellos dijeron: ¡Estás loca!* Esta joven, temieron, había sucumbido al stress emocional que la persecución les estaba ocasionando. Y si esta explicación era inadecuada, ellos tenían otra. (2) *¡Es su ángel!* (Hch. 12:15).

¡En verdad sorprende que algunos de los expertos santos de Dios tienen explicación para todo! A veces es tan difícil creer que Dios contesta la oración, pues cuando lo hace, le atribuimos su bondad a causas naturales. Irónicamente, *Pedro pudo salir de la cárcel ipero no atravesar la reja que le permitía entrar al lugar donde estaban reunidos en oración!*

Dios esperó hasta que la fe de su pueblo casi se había extinguido, para, justo en el momento de mayor necesidad, realizar el milagro. A Pedro no se le extrañó en la cárcel sino hasta que amaneció; así que tuvo que haber sido liberado entre las tres de la mañana, cuando llegó un nuevo turno de soldados, y las seis, en el momento de ser relevados. Con su típica moderación, Lucas informa: *Luego que fue de día, hubo no poco alboroto entre los soldados sobre qué había sido de Pedro* (Hch. 12:18). Airado, Herodes ordenó ejecutar a esos guardias.

Pedro reivindicado

El tercer vínculo en la cadena providencial de Dios fue la muerte de Herodes. Este rey se movilizó a Cesarea y, según Josefo, vestido con tela de plata, la cual emitía destellos, se dirigió a sus seguidores. Leemos: *Y el pueblo aclamaba gritando: ¡Voz de Dios, y no de hombre! Al momento un ángel del Señor le hirió, por cuanto no dio la gloria a Dios; y expiró comido de gusanos*(Hch. 12:22-23).

Josefo, en su libro, *Antigüedades de los judíos*, nos da los detalles de este evento. Describe la gran multitud que vino para ver a Herodes quien, durante el segundo día, se puso el atuendo hecho de plata. Algunos de sus seguidores le aclamaban diciendo que era un dios y no un hombre, y entonces, murió comido por gusanos.

Obviamente, el rey no debió aceptar la adoración que le dirigían, pues cuando la gente lo quiso deificar, él debió decirle que sólo era un hombre. Debido a que tomó para sí la gloria que le pertenecía únicamente a Dios, fue cortado mediante una dolorosa muerte causada por gusanos.

En este capítulo se repite una frase importante. El versículo 7, en el capítulo 12 dice que el ángel del Señor tocó a Pedro, el 23, que el ángel del Señor hirió a Herodes. Por supuesto, no lo puedo comprobar, pero creo que fue el mismo ángel! El ángel tocó a Pedro para enseñarle que algo bueno iba a suceder en su vida. Pero el ángel hirió a Herodes para hacerle saber que algo malo vendría sobre él. En la primera intervención el ángel fue mensajero de vida y esperanza. En la segunda, de muerte y desesperación.

Pero, ¿qué significa todo esto? ¿Por qué estos preparados eslabones en el plan de Dios para la vida de Pedro? El Señor nunca realiza los milagros para que simplemente nos detengamos y maravillamos de su poder. El no

abre una puerta de hierro para fascinar a los curiosos, y cerrar la boca del mundo incrédulo. Siempre existe un propósito oculto; misterios profundos que debemos aprender de estos bien dispuestos sucesos.

Aquí hay tres lecciones que Pedro aprendió como resultado del milagro que Dios hizo en Jerusalén:

Primero: *Dios es soberano*. Notemos que Jacobo fue asesinado con la espada, pero no Pedro. Jacobo, el hermano del apóstol Juan e hijo de Zebedeo, fue el mártir. El estaba entre los tres discípulos que favorecidos, fueron invitados por Cristo al monte de la transfiguración, y a compartir la agonía de Getsemaní. ¿Dios abandonó a Jacobo? Aunque no conocemos las palabras finales de aquel mártir, también podemos creer que era un hombre de fe, y que el Señor estaba con él hasta el final, aunque su vida fue truncada. El también murió dentro de la voluntad de Dios.

Por supuesto que la iglesia estaba orando por la liberación de Pedro, pero probablemente también por Jacobo. A pesar de todo, Dios pudo haber librado a Jacobo con o sin las oraciones de la iglesia, y haber hecho lo mismo con Pedro, independientemente de las súplicas. Sabemos que la iglesia estaba orando dentro de la voluntad de Dios, aunque no con una fe sobreabundante. El hecho es que Dios deseaba que Jacobo *muriera* para su gloria, y que Pedro *viviera* para su gloria. Solamente Dios toma esas decisiones.

Alguna vez has pensado, ¿cómo Pedro fue capaz de dormir, a sabiendas de que su ejecución estaba planeada para la mañana siguiente? Tal vez él tenía la seguridad en su corazón de que no moriría como víctima de la espada de Herodes. 14 años antes, Cristo, personalmente, le había dado una promesa: *De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto*

dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios... (Jn. 21:18-19).

Pedro sabía: (1) Que llegaría a ser un anciano. (2) Que su muerte incluiría el estiramiento de sus brazos. La tradición dice que Pedro murió como mártir, crucificado con los pies hacía arriba, porque no se sentía digno de morir de la misma manera como la había hecho el Maestro, a quien amaba tan fervientemente. Con estas palabras atesoradas en su corazón, Pedro fue capaz de dormir en prisión sabiendo que su hora aún no había llegado.

Pedro dormía porque confiaba en la promesa de Jesús. El sabía que ninguna combinación entre los demonios y los hombres le quitaría la vida, sin haber terminado su tarea. Por supuesto, envidiamos a Pedro, deseando recibir de los labios de Cristo una palabra específica y de acuerdo a nuestra necesidad. Pero sí tenemos tal palabra: *La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo* (Jn. 14:27). Sí, Dios es soberano y podemos descansar en sus promesas, sabiendo que nuestro destino está en sus manos.

Segundo: Pedro debía aprender que *Dios es victorioso*. Este capítulo comienza con Herodes en control quien había matado a Jacobo y tenía planes específicos para hacer lo mismo con Pedro. ¡Interesante! Finaliza con Pedro vivo y sano, mientras Herodes sufre una muerte vergonzosa y atroz. Nunca debemos juzgar por su apariencia las circunstancias de la vida, sino a la luz del eterno plan de Dios. Este capítulo es un pequeño ejemplo del infortunio que tendrán Satanás y sus poderes, en el día final. El diablo siempre pierde. Realmente aunque parezca que está ganando sólo importa la batalla final.

Maquina el impío contra el justo, y cruje contra él sus dientes; el Señor se reirá de él; porque ve que viene su día (Sal. 37:12-13).

Finalmente, Pedro debía aprender que *Dios es Poderoso*. Dios puede abrir una puerta de hierro y hacer que los atentos soldados se duerman. El puede hacer lo que desee con las fuerzas de la naturaleza y con las intenciones perversas de los hombres. *Aun cuando nos encontremos en las manos de los hombres, realmente estamos en las manos de Dios.*

¡Es mucho mejor estar encadenado y en prisión, pero libre de espíritu, que en un palacio, atado por los estragos de la condenación e ira personal, que atormentan el alma! Hay calabozos mucho peores que las áridas prisiones de Jerusalén o Roma. Herodes, aunque técnicamente libre, se encontraba encadenado por poderes más fuertes que aquellos soldados a los cuales había encargado de cuidar a Pedro.

Tal vez tú te sientes en prisión dentro de tu hogar, trabajo, colegio o fábrica. Es probable que te sientas encadenado o sujeto a los caprichos de quienes te rodean. Aun peor, puedes sentir el martirio interno por la vergüenza, frustración e ira que otros te han ocasionado. Quizá no exista un camino fácil para que salgas de tu cámara de tortura privada, pero te insto a que aceptes la paz que Dios te ha prometido, a recordar sus promesas, y a que busques la ayuda de un amigo confiable y sabio.

Podrías ser esclavo de tu propio invento. Recuerdo que durante la edad media, un herrero se jactaba porque nadie podía romper las cadenas que él fabricaba. Pero un día, puesto en prisión, observó que las cadenas que lo ataban estaban marcadas con el logotipo de su propia fábrica. Hay una prisión del alma, la prisión del temor, la culpabilidad y el remordimiento; éstas y miles de voces más, claman por su libertad.

Cuando Cristo estaba en Nazaret, entró en la sinagoga para leer en el libro del profeta Isaías, la sección que dice: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto*

me ha ungió para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor (Lc. 4:18-19). ¡Nuestro Señor es un especialista en liberar a los cautivos!

La experiencia de cómo Pedro fue excarcelado, nos recuerda que no existe una cadena que sea demasiado fuerte, un calabozo demasiado profundo, ni reja que sea demasiado alta porque, todo lo contrario, Dios es mucho más grande que todo eso.

Charles Wesley, hermano del famoso evangelista John Wesley, con frecuencia meditaba en su propia conversión espiritual. Después de varios meses de agnía, dudando y, formulándose muchas preguntas, la luz del Evangelio iluminó su alma y se sintió como si hubiera sido liberado de alguna terrible prisión personal. Para celebrar esa gran liberación, escribió el himno: "Maravilloso es el gran amor", uno de los cánticos más impactantes de todos los tiempos. Observamos las poderosas imágenes que surgieron cuando este prisionero espiritual experimentó la libertad de Cristo:

En vil prisión mi alma padeció, atada en pecado y oscuridad; pronto en mi celda resplandeció la clara luz de su verdad.

Cristo las férreas cadenas destruyó;

quedé libre, ¡Gloria a Dios!

¡Oh maravilla de su amor, por mí murió el Salvador!

El cuerpo de Pedro estaba en prisión, pero su corazón estaba libre. Hasta en la oscuridad su corazón vivía un amanecer. El hombre temeroso había sido transformado en un intrépido Pedro. La arena se había convertido en roca.

Como siempre, las promesas de Cristo se cumplieron.

Epílogo

LA HERENCIA DE UNA VIDA

Si deseamos fijar las huellas de Dios sobre las cosas que hacemos en la tierra, sólo existe una razón válida y de peso para hacerlo, debemos poner nuestra vida en isus manos! *Únicamente el puede tomar lo que elaboramos y, perpetuarlo.*

Dios ha puesto eternidad en el corazón de cada hombre. Intuitivamente buscamos significado y valor, esperando dejar una herencia perdurable después de que hayamos partido de esta tierra. Aparte de nuestra relación con Dios, ningún impacto como tal es remotamente posible. Únicamente el Creador nos puede conferir dignidad, y sólo por su gracia podremos hacer una contribución que perdure.

Pedro, el pescador, tuvo una influencia que permanece hasta hoy, y sólo el cielo revelará el impacto completo de su fidelidad. Debido a que Pedro permaneció firme en Cristo, como lo hizo en el comienzo de la Iglesia, todos hemos sido afectados positivamente por su vida, su testimonio y sus escritos. El Cristo que utilizó

el cincel para tallar a Pedro, ahora usa a Pedro para esculpirnos a nosotros quienes también estamos siendo moldeados por la Mano divina.

Nunca olvidemos que nosotros, al igual que Pedro, también podemos hacer contribuciones perpetuas al servicio de Cristo. Ciertamente es, ninguno de nosotros escribirá un libro que sea parte de la Escritura inspirada; probablemente tampoco practicaremos una vida que sea tema de sermones y libros, ni influenciaremos a incontables millones de personas a través de nuestro conocimiento de Cristo, y nuestro ejemplo como mártires. Dios, no espera que hagamos lo que Pedro hizo; El sólo desea que le sirvamos con la misma decisión, fe y amor. La consistente enseñanza de Cristo es que quienes tienen pocos talentos pueden recibir la misma recompensa que aquellos que tienen muchos. De hecho, un vaso de agua fría dado en el nombre de Cristo, no pasará desapercibido.

Podemos unirnos a Pedro si imitamos su liderazgo con obediencia y amor. Podemos, con nuestro estilo, hacer lo que él hizo, y recibir el mismo galardón. Su influencia, al igual que la nuestra, permanecerá debido a:

Lo que creemos

Unámonos a Pedro en su confesión de que Cristo es "el Hijo del Dios Viviente". Si lo hacemos, el mismo milagro que Dios realizó en el corazón de Pedro tendrá lugar en el nuestro. Y con nuestra fe nos hacemos miembros de la Iglesia que Cristo prometió edificar.

Pedro tuvo el privilegio de estar en el monte de la transfiguración donde escuchó al Padre, cuando dijo: *Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia* (2 P. 1:17). ¡Cuánto deseamos habernos podido unir a ese pequeño grupo! Sin embargo, Pedro enseñó que si bien no estuvimos con Cristo en la tierra, no hemos

perdido nada que pudiera limitar nuestro caminar con El. Con base en su experiencia en el monte de la transfiguración, dice: *Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones* (2 P. 1:19). ¡Por medio de la Palabra podemos tener una experiencia tan cierta, como la de El!

Al norte de Columbia Británica, el río Fraser corre a lo largo de una montaña, y luego se separa en dos poderosas corrientes, de las cuales una desemboca en el Océano Atlántico y la otra en el Pacífico. Este punto del río es conocido como la Gran División. Cristo también es *una Gran División*, que separa a la humanidad en dos grupos con final distinto: cielo o infierno; vida eterna o miseria eterna.

Nuestra fe está afianzada tan fuerte como la de Pedro, en la deidad de Cristo y en su muerte por nosotros. Por creer lo que Pedro creía, compartimos su galardón.

Lo que hacemos

¿Qué hizo Pedro con lo que sabía? Compartía su fe con todos aquellos que querían escuchar. Ya fuera en el Día de Pentecostés o en la casa de Cornelio, él explicaba las verdades del evangelio. Nunca se cansó de contarle a otros que la muerte de Cristo, a manos de hombres malvados, había sido la respuesta providencial de Dios para la necesidad del hombre. El pecado le clavó allí, pero por medio de la fe, El se constituye en el que carga los pecados de todo aquel que cree.

Pedro, para confirmar las maravillosas obras de Dios, también hizo milagros. Aunque este don parece haberse desvanecido durante el tiempo de los apóstoles, nosotros también tenemos la oportunidad de hacer buenas obras. Como Cristo prometió, ninguno que deje padre

o madre, se quedará sin galardón, por su compromiso. Y aquellos que son fieles en lo poco ocuparán un mejor lugar en el reino de los cielos.

Recuerda que Dios nunca nos deja ver el efecto completo de la buenas obras que hacemos aquí en la tierra. Todo eso permanece oculto de nosotros, aunque será revelado en el tribunal de Cristo. Toda buena obra deja en movimiento una serie de "efectos dominó", que se extiende hasta la eternidad. No tenemos idea de las conexiones escondidas que encajan en el mosaico divino.

Tal vez la razón por la cual los muertos no reciben el galardón por sus buenas obras inmediatamente, sino que deben esperar hasta el rapto, es para que los efectos producidos por sus vidas, puedan ser plenamente vistos. *...Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen (Ap. 14:13).*

Lo que nosotros lleguemos a ser

"Carácter", dijo D. L. Moody, "es lo que un hombre es en la oscuridad". Lo que nosotros hacemos para Dios no es tan importante como lo que El hace en nosotros. Este es el motivo por el cual Pedro enumeró las virtudes por las que debemos luchar, con la ayuda de Dios. Al final de cuentas, este es el secreto de la verdadera grandeza.

...por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la

piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 P. 1:4-8).

¿Por qué deberíamos darnos resueltamente a tales cualidades del carácter? Porque cuando Cristo vuelva y la tierra esté ardiendo, lo único que permanecerá serán las personas que hayamos influenciado y cuya vida interior hayamos desarrollado. Carros, ropa, posición y placer, todos terminarán al principio de la eternidad. Sólo la fe, la esperanza y el amor, junto con el fruto de un carácter piadoso, pasarán de esta vida a la otra.

De Pedro aprendemos:

1. *Todo el mundo tiene un efecto eterno.*

Sí, aun los no creyentes vivirán eternamente, en la presencia de su propio pecado y rebelión. Los creyentes vivirán eternamente en el cielo, galardonados por el grado de su fidelidad mientras caminaron por la tierra. El propósito de la vida es la preparación para la eternidad.

2. *Nuestras vidas son una mezcla de buenas y malas obras; trigo y broza (cascarilla).*

Después de cerca de 14 años de ministerio valiente y poderoso, Pedro aún regresa a sus temores pasados. Nadie menos que el mismo apóstol Pablo tuvo que reprender a Pedro cuando sus acciones eran contrarias al evangelio. Veamos lo que Pablo dice al respecto: *Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar (Gá. 2:11)*. Entonces continúa la explicación: Específicamente, Pedro fue influenciado por los judaizantes quienes insistían acerca de que era necesario volverse judío para ser salvo. Por causa del temor, Pedro dejó de comer con los gentiles, pues parecía estar de acuerdo con los judíos legalistas. Pablo lo reprendió públicamente por su inconsistencia.

Pedro tenía sus fallas, momentos de duda y temor. El estaba lejos de ser perfecto, pero luchaba para desarrollar lo positivo y disminuir lo negativo. Como alguien dijo: "Lo que importa no es dónde estás espiritualmente sino la dirección hacia la cual te estás movilizándolo". Lo que hace la diferencia no es lo que hacemos, sino para quién lo hacemos.

3. Después de todo, sólo importa la evaluación de Dios, y no la opinión humana.

¿A quién le importaban, los planes del Sanedrín, o las intenciones de Herodes? Siempre ha sido el plan de Dios ganar con unos pocos, en lugar de hacerlo con muchos. También ha sido su propósito esperar hasta la eternidad para revelar la extensión completa de su victoria constante.

La tradición dice que Pedro murió como mártir (tal vez en Roma), y que solicitó ser crucificado con los pies hacia arriba, debido a que no se sentía digno de morir en la misma posición de su Maestro. Como una antigua lámpara, las generaciones futuras podrían ver la herencia y la luz, que dejó tras él.

Y nosotros tenemos la oportunidad de compartir su galardón.